



Arqueología del cercado grande de los santuarios

HELENA PRADILLA RUEDA
PROFESOR UPTC

GERMÁN VILLATE SANTANDER
PROFESOR UPTC

FRANCISCO ORTIZ GÓMEZ
FUNDACIÓN ETNOLLANO

Colaboradores:

Cerámica:
María Eugenia Plata S.

Cerámica, dibujo y cartografía:
Jaime Gutiérrez W.

Fotografía:
Roberto Avila

Excavaciones y laboratorio:
Giovani Cervantes
Manuela Espitia
Abel Granda
Jaime Gutiérrez
Francisco Jiménez
César Madero
Martha Marín de Villate
Luz Mireya Monroy
Miriam Montoya
Nelcy Morantes
Elizabeth Moreno
Germán Peñuela
Luz Soraya Pineda
Luz Marina Pinzón
María Eugenia Plata
Nury Quintero
Idalid Torres
Norberto Cuchimaque
Evaristo Mesa

Agradecimientos:

Gerardo Ardila
Germán Bernal
Pedro Botero
Martha Bueno
Alberto Cadena
Marianne Cardale
Gonzalo Correal
Ana María Falchetti
Benjamín Herazo
Rossie Kidd
Salvio Luengas
Héctor Polanco
María Teresa de Rey
Jose Vicente Rodríguez
Fernando Silva
Camilo Villa
Luis Eduardo Wiesner Gracia
Beatriz Eugenia Villate

Trabajadores:

Norberto Cuchimaque
Evaristo Mesa

Tanto la historiografía como las crónicas y documentos de la época colonial coinciden en otorgar una particular importancia al asentamiento indígena de Tunja. El hecho de que, precisamente, el tesoro de Hunza hubiera sido el mayor encontrado en el altiplano cundiboyacense, le concedió el carácter de sitio de riquezas. La jerarquía que los primeros cronistas dieron al Zaque corroboró el sentido de capital política y, desde los primeros tiempos de la ciudad española, se hizo referencia a su papel religioso.

A la llegada de los españoles, en el asentamiento indígena de Tunja existían cuando menos diez cercados y dos lugares de mercado referenciados en crónicas y documentos. La tradición de la ciudad conserva memoria de una buena cantidad de sitios religiosos del pasado que es posible documentar históricamente o de los cuales quedan rastros evidentes —como son el Pozo de Donato, los Cojines del Diablo, Las Moyas o La Cuca— y también existen abundantes referencias a hallazgos arqueológicos tanto en sitios aledaños como en la zona urbana. El Equipo de Arqueología de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (EA) ha podido constatar la presencia de vestigios antiguos, al oriente, en los predios que hoy ocupa el Batallón Bolívar en inmediaciones del fallido proyecto del aeropuerto de la ciudad y en los potreros próximos al actual barrio Los Muiscas; al occidente, en los terrenos que hoy pertenecen a los barrios La Fuente, La Calleja y Trigales y en la parte norte de la ladera de la Loma de San Lázaro; dentro de la ciudad, en el actual barrio de Los Rosales, en el de Santa Lucía, en el lugar donde hoy se levanta el hospital de San Rafael —nuevo hospital—, en el que ocupa el Claustro de San Agustín y, finalmente, en predios de la Universidad (Foto 1). Los terrenos de la UPTC, de vieja data han sido considerados como sitio de antigua ocupación indígena. Su estudio se inició en la década de los años 30 de este siglo y han sido objeto de múltiples intervenciones (Cuadro 1).

El vasto radio geográfico ocupado por los vestigios arqueológicos (Mapa 1) parece corroborar la visión historiográfica sobre la importancia del

lugar en la antigüedad que, además, fue ocupado durante muchos siglos. Una larga ocupación y un ámbito espacial de vastas proporciones, obligan a pensar en un sitio complejo; el yacimiento estudiado en predios de la Universidad y que constituye el objeto de este informe —denominado actualmente Laboratorio-La Muela (Foto 2)— es tan sólo una parte y, por ende, es imperativo establecer el papel que debió desempeñar dentro del conjunto.



Foto 1. Panorámica de Tunja. Al fondo, los terrenos de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC).

El yacimiento arqueológico investigado está ubicado en el centro de los predios de la Universidad, contiguo al Pozo de Donato —asiento geográfico del mito muisca de Hunzahúa— y está limitado al sur por el río La Vega o Farfacá, donde aguas arriba se encuentra el sitio de «Las Moyas» de San Ricardo, una roca plana con quince agujeros circulares, de posible utilización astronómica. Remontando el curso del río se encuentran una serie de «moyas» adicionales y un conjunto de por lo menos 50 piedras pintadas (Fotos 3 y 4). Por el norte, el yacimiento limita con las lomas que circundan la ciudad de Tunja. Entre las 25 estructuras líticas conocidas que se ubican en los actuales predios de la Universidad, deben destacarse un monolito de 6,62 m de longitud (Foto 5) y un círculo de 7 columnas de piedra denominado por Hernández de Alba (1937) «Templo de Goranchacha», atendiendo a la descripción de Fray Pedro Simón (ver sección Documental).

En el sitio objeto de este estudio existió una ocupación prolongada por una sucesión de grupos humanos distintos. En efecto, el estudio del material cerámico ha permitido establecer la presencia de dos ocupaciones que han sido referenciadas en diferentes lugares del alti-

Foto página inicial:

Pectoral proveniente del Municipio de Tunja, de la colección del Museo del Oro (M. O. 6.256).

Cuadro 1. Sitios arqueológicos de la UPTC. Resumen de intervenciones en los últimos 60 años.

Fecha	Intervención	Arqueólogo	Actividad arqueológica	Evidencias	Documentación
1933-37	Constr. Escuela normal: Ed. central		Sin información		
1935	Museo Hist. Nat. Bienestar Ed. Matemáticas	G. Hernández de Alba	Excavación Sin información	23 litos. 4 entierros	Rev. de Indias No. 7. 1937. Bogotá
1947	Patio Central	E. Silva Celis	Excavación	Doble serie postes	Rev. U. Nacional V. 5. 1947. Bogotá
1954	Esc. Normal Varones		Sin información		
1956	Res. J. Siber. Estadio. Capilla	Sin información			
1962	Laboratorios		Sin información		
1971	Coliseo. Invernadero. Bosque eucaliptos. Ed. Educ. Física.	Sin información			
1973	Barrio La Colina	E. Silva C. A. Gómez	Reconocimiento	Entierros	Entrevista a A. Gómez (L. Wiesner). Ms. 1985
1976	Zanja acueducto	Profs. UPTC.	Traslado Pozo de Donato	Lito: 6,80 m. altura	Película Audiov. UPTC
1978	Biblioteca	L. Wiesner	Recolección	6 entierros Lab. Arqueología UPTC	
1980	Huerto La Colina	N. Castillo	Excavación. 72 m2	Planta vivienda 6 entierros	Tesis de Grado. U. Nacional. 1981. Bogotá
1981	Cimientos Lab. Metalurgia	Equipo Arqueol. UPTC	Excavación. T3,4,6. Rescate	Plantas vivienda 9 entierros 40 entierros (20%)	Archivo Equipo Arqueol. UPTC
1982	UPTC	N. Castillo	20 pozos sondeo. Excavación	2 áreas ocupación. Estrat. Fecha C14. Tipol. cerámica	Arqueología de Tunja. FIAN 1984. Bogotá
1986	Predios UPTC	Equipo Arqueol. UPTC	Prospección. Pozos. Recolección.	Determinación áreas.	Informe ICES. 1988
1986	Cons. Agronomía. El Establo	Equipo Arqueol. UPTC	Excavación	Estratigr. C14 Tipología cerám.	Informe ICES 1988. Tesis J. Gutiérrez
1986	Vía acceso Lab. Metalurgia	Equipo Arqueol. UPTC	Rescate. Excavación.	Planta bohío tunerario. 35 entierros. Recuperación 30%. C14	Informe COLCULTURA. 1990
1986	Constr. Lab. Hoja Caduca.	Equipo Arqueol. UPTC.	Pozos sondeo. Rescate.	10 entierros Recuperación 30%	Archivo E. Arqueol. UPTC
1988	Constr. Educ. a Distancia		Sin información		
1989 Jul.	Invernadero Hoja Caduca	Equipo Arqueol. UPTC	Rescate. Excavación	35 entierros Recuperación 60% C14	Archivo E. Arqueol. UPTC
1989 Oct.	Ampliación Hoja Caduca	Equipo Arqueol. UPTC	Rescate	4 entierros	Archivo E. Arqueol. UPTC
1990 Dic.	Cafetería estudiantes		Sin información	3 entierros	
1991 Ene.	Ed. ingeniería	Equipo Arqueol. UPTC	Rescate. Excavación	6 entierros Planta vivienda? C14	Informe Vicerrectoría Invest. UPTC. 1992
1992-93	Planta de pirolisis	Equipo arqueol. UPTC	Rescate. Excavación	8 entierros	Registros Campo
1993-94	Planta de pirolisis	Equipo arqueol. UPTC	Rescate. Excavación	13 entierros Planta vivienda C14	Informe IIFA*
1994	El Bosque	Equipo arqueol. UPTC	Rescate	18 entierros (saqueados) Planta vivienda	Informe IIFA*
1994	Carretera La Colina	Equipo arqueol. UPTC	Rescate	6 entierros	Registros Campo
1995	La Bomba	Equipo arqueol. UPTC	Prospección		En curso

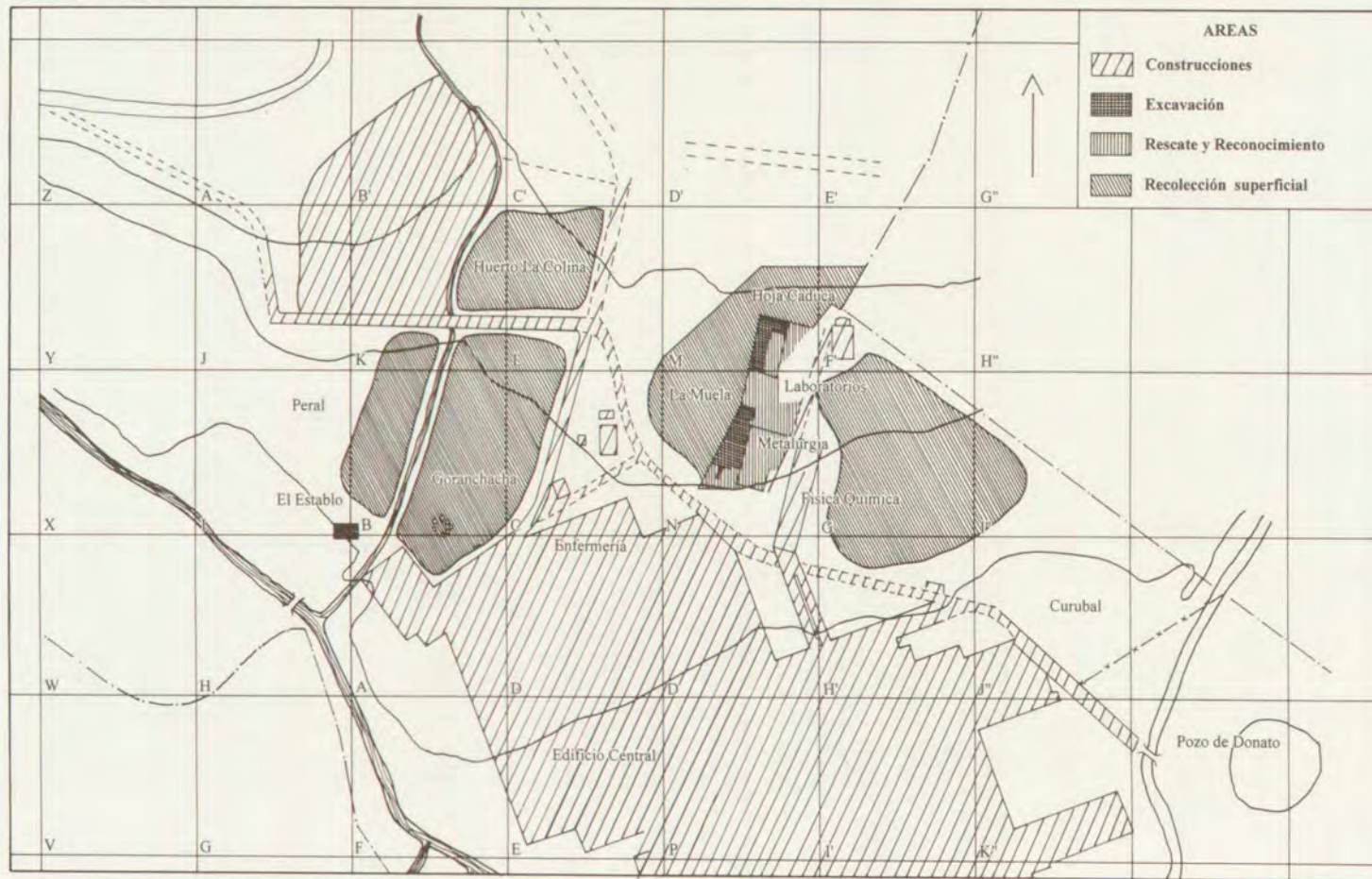




Foto 2. El lote Laboratorio-La Muela, sitio de los trabajos arqueológicos descritos en este artículo.



Foto 3. Zona del río La Vega o Farfacá.

plano: Herrera y Muisca. Al período Herrera —identificado como el de los primeros agricultores (Cardale 1987)— corresponden los vestigios más antiguos. Entre las actividades de las gentes de ese tiempo se encuentran la explotación de la sal y tal vez el trabajo de megalitos; a ellos se ha atribuido el trabajo del «Templo de Goranchacha» y de los demás litos hallados en la Universidad. Su cerámica —en la cual predomina una técnica de decoración con incisiones— es más abun-

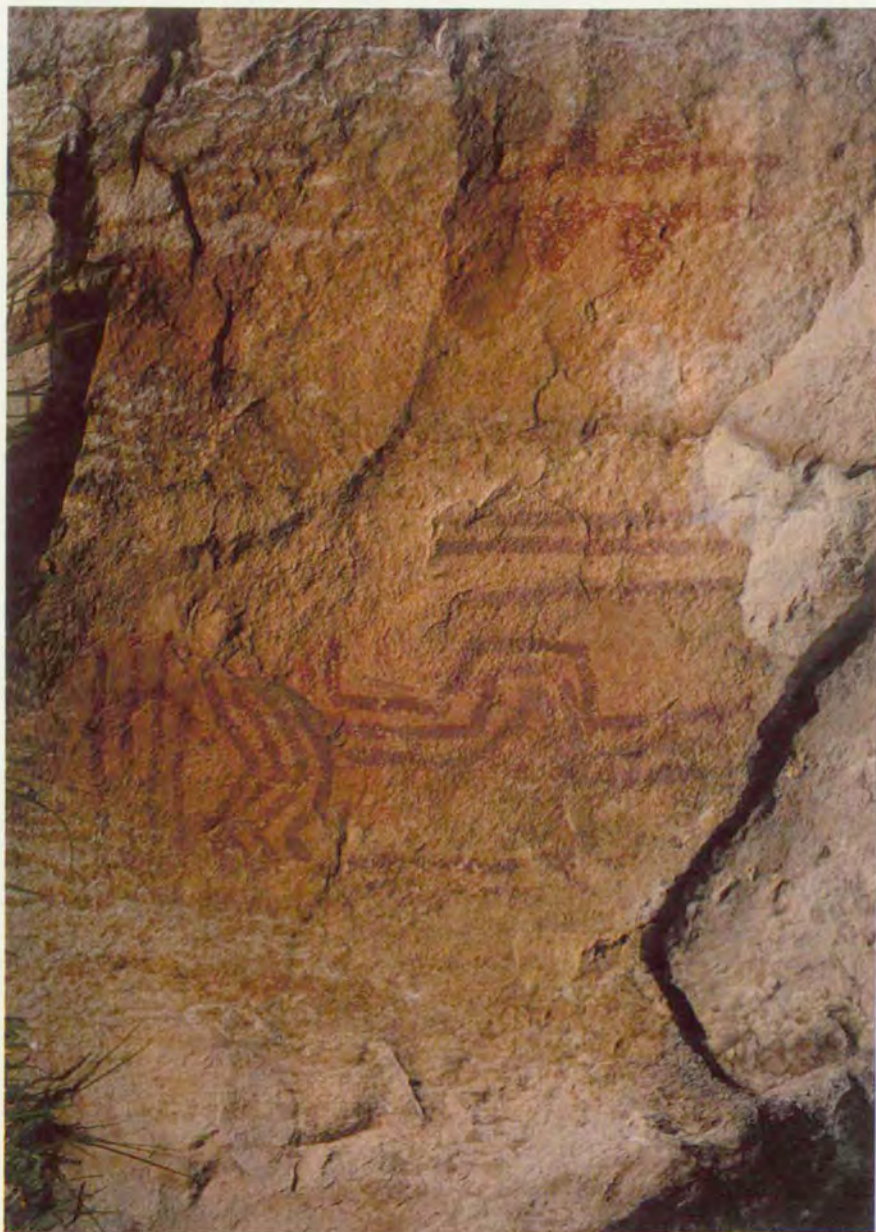


Foto 4. Roca con pictografías en el río La Vega.

dante en los estratos más profundos y, en particular, en la parte plana de la Universidad¹. En términos generales, puede afirmarse que la cerámica Herrera es abundante hasta los siglos IX-X, y que luego su presencia disminuye drásticamente (Castillo 1984, EA 1988). El segundo conjunto cerámico —en el cual predomina la pintura como

¹ A unos diez metros del sitio Laboratorio-La Muela, se excavó, en 1994, un enterramiento que creemos pertenece al período Herrera: el cuerpo estaba acostado con los miembros flejados, modalidad poco frecuente en los entierros muisca del sector; los únicos objetos asociados al enterramiento, son dos tios grandes —pertenecientes al tipo *Tunja Desgrasante Calcita* del período Herrera— colocados sobre el cráneo, intencionalmente deformado. La datación de los huesos arrojó la fecha de 1680 ± 60 B. P. calibrada, y $1870 \pm$ B. P. convencional (Beta 77495).



Foto 5. Monolito ubicado en predios de la UPTC.

técnica de decoración— corresponde a los muisca que aún habitaban el lugar a la llegada de los españoles y que seguramente permanecieron en él durante la primera Colonia. En el sitio objeto de este informe predomina esta cerámica propia de comunidades muisca.

La investigación documental permitió determinar que el sitio aquí estudiado fue denominado por los primeros españoles *Cercado grande de los Santuarios*, según consta en acta del Cabildo de la Ciudad de Agosto 14 de 1539 (ver sección Documental). Es sabido que se conocieron con el nombre de santuarios y adoratorios los templos donde los primeros españoles encontraban oro y los bohíos en los cuales los indígenas hacían ofrendas y entierros (Casilimas y López 1978; Londoño 1992), de manera que no es difícil aceptar que el yacimiento arqueológico investigado corresponde a un lugar que desempeñaba, a la llegada de los españoles, un papel espiritual y que tuvo importancia como sitio ritual de entierros perteneciente al asentamiento precolombino.

En efecto, el sector se distingue por una alta densidad de enterramientos humanos: por ejemplo, se han detectado 100 en la base del edificio central, 40 en las bases del edificio de Metalurgia, 37 en el invernadero de Hoja Caduca y 35 en el Laboratorio-La Muela. Es notoria la gran diversidad en cuanto a formas de enterramiento que debe reflejar, por un lado, los cambios que se dieron, a través del tiempo, en las costumbres funerarias y, por otro, la diferencia de condición y jerarquía de los individuos en una misma época.

Los entierros se agrupan a veces dentro de un bohío de habitación, como el de 3,5 m de diámetro excavado por Neila Castillo (1981) en el

Huerto de la Colina, en cuyo interior encontró restos de un fogón y, bajo su piso, seis enterramientos. También, en la zona de los laboratorios de Metalurgia, el EA excavó un sitio de vivienda de 15 m de diámetro con nueve entierros bajo un piso compacto. Otras veces, las tumbas se agrupan y se comunican entre sí; en el lugar que hoy ocupa el invernadero de Hoja Caduca, el EA registró siete tumbas relacionadas.

Pudieron determinarse distintas formas de cavar las sepulturas: pozos profundos de hasta 70 cm, medios pozos de 35 cm, pozos dobles y pozos con cámara. Desde el punto de vista de la disposición corporal se encontró que, en la mayoría de los casos, se recogieron los miembros superiores e inferiores del cadáver antes de colocarlo dentro de la tumba sentado o acostado hacia el lado derecho o izquierdo; sólo se tiene un caso de entierro en posición horizontal.

En el sitio objeto del presente informe, se encontraron dos bohíos de enterramiento contiguos —de 15 y 5 m de diámetro— con 19 entierros en su interior. A diferencia del bohío de habitación, caracterizado por un sitio compacto sobre lajas de tumbas, en el de enterramiento se encuentran tumbas exteriores, restos de animales y plantas depositados como ofrendas, pequeños hoyos dejados por postes de posibles barbacoas, tierra compactada con inclusión de materiales orgánicos y restos de combustión. Sobre el piso del bohío se hallaron hondonadas sobre las cuales se sostenían los muertos, «canales» que unían los diferentes entierros y, en el perímetro del bohío, huellas de postes y canales de desagüe.

No obstante la destinación funeraria predominante, el material encontrado permitió también estudiar elementos de la vida cotidiana de los muiscas. El hecho de la muerte —manifestado culturalmente en las formas de entierro del cuerpo— se contraponen a la vida que se expresa con ofrendas de maíz, frijol, carne de animales diversos, herramientas, vasijas, etc. Es así como, con el estudio del ritual y las costumbres funerarias, nos adentramos necesariamente en la vida cotidiana de estos grupos humanos.

La mayor cantidad de huesos animales hallados en el área de estudio corresponde a venados y curíes. Posiblemente, el alto consumo de su carne —subrayado por los primeros españoles— guardé alguna relación con la destinación ritual del lugar. El testimonio de las crónicas sobre la abundancia del venado y sobre el manejo y reglamentación de la cacería, junto con la frecuencia del animal en el registro arqueológico, nos hace pensar en la existencia de un gran conocimiento sobre la especie, cristalizado en hábitos y en la necesidad de normas de manejo. Además, los restos de venado, que casi en su totalidad corresponden a la especie *Odocoileus virginianus* —el venado de cornamenta— son de un tamaño superior al de ejemplares de otros registros arqueológicos: este mayor tamaño podría corresponder a las características de los venados de la zona fría, aunque también podría indicar un incipiente proceso de mejoramiento de la especie gracias a su manejo por parte de los muiscas (ver sección Fauna).

En cuanto a los curíes —también destacados por las crónicas como alimento frecuente— advertimos que, si se atiende, más que al volumen de carne consumida, al cálculo de número mínimo de individuos, resulta ser el animal más frecuente. Su abundancia parece natural ya que se trata de un animal doméstico sobre el cual no pesaban las reglamentaciones restrictivas que se impusieron al consumo del venado. En menor proporción se registran ratones, a veces enteros —cuando aparecen colocados a manera de ofrenda dentro de las tumbas— o fragmentados. Probablemente, fuera de contexto ritual constituían una carne apetecida, pues la etnografía de comunidades vivas como los tunebos así lo señala y ya los cronistas españoles se horrorizaban de su consumo.

Restos de aves, conejo, fara y lapa aparecen principalmente dentro del bohío de enterramiento pero, significativamente, un grupo de animales como el puma, los cánidos, el coatí de montaña y el cachicamo de las tierras bajas de oriente, aparece al sur del bohío en un área cuyo significado nos es desconocido. Los primeros animales —el venado, los ratones y el curí— proporcionaban alimento cotidiano; los segundos, en cambio, tienen sin duda un significado distinto. Se trata de animales menos frecuentes, que probablemente jugaban un papel simbólico diferente en la cultura muisca. También podemos afirmar que recolectaban caracoles —cuatro variedades diferentes— asociados a la dieta y al ritual.

Los macrorestos vegetales —principalmente tusas y granos de maíz y frijol— que se encuentran en la zona, aún cuando frecuentemente están calcinados y obedecen a necesidades propias del santuario, permiten hacer algunas aseveraciones de interés para el estudio de la agricultura (ver sección Material vegetal). A partir de aquellos restos se estableció la presencia de maíz de una variedad próxima al maíz Pollo —ya reseñado en múltiples sitios arqueológicos— y también al actual maíz Tunebo. Se determinó también la presencia del frijol cultivado —*Phaseolus vulgaris* L.— con un rango de medidas, si bien dentro de las normales, sistemáticamente más pequeñas que las del frijol sembrado en otras latitudes en épocas prehispánicas, como Cajamarca en el Perú y Calima en Colombia. Se encuentran en estudio los demás restos vegetales carbonizados para determinar su clasificación.

El material cerámico hallado en el sitio de estudio es abundante y variado. El análisis macroscópico y de secciones delgadas (ver sección Cerámica) ha permitido identificar una serie de tipos ya definidos para el altiplano cundiboyacense y, concretamente, para Tunja (Castillo 1984); también, adelantar observaciones que podrían precisar la definición de algunos tipos para la zona norte del altiplano. Respecto a la cerámica del período Herrera, identificamos los tipos *Tunja Desgrasante Calcita* y *Tunja Rojo sobre Gris o Crema* que comparten la misma pasta con inclusiones de calcita y cuarzo; el primero —menos acabado y con pasta más gruesa— exhibe la mayor variedad de formas, mientras que el segundo —con pasta más fina y decoración más brillante y pulida— tiene

como forma única el cuenco. También hallamos cerámica de dos tipos relacionados: *Carmelita Ordinario* y *Tunja Cuarzo Abundante*, de pasta más fina y oscura.

Respecto a la cerámica muisca encontramos, por ejemplo, que los tipos *Tunja Desgrasante Gris*, *Tunja Desgrasante Fino*, *Cucaita Desgrasante Blanco* y *Tunja Naranja Fino*, comparten una misma arcilla—cuarzoes finos, angulosos, contenidos ferrosos, arcillolitas— pero presentan diferencias en la mayor o menor cantidad y grosor del desgrasante, tal vez según la forma y función diferentes de las vasijas. Las formas de estos tipos parecen complementarias cubriendo las necesidades culinarias, de almacenamiento, transporte y servicio de alimentos y, también, una función funeraria. Por lo anterior, parece tratarse de variantes de un mismo tipo que podríamos denominar **Tunja Gris**. Los tipos *Tunja Naranja Pulido* y *Tunja Arenoso* tienen inclusiones similares de arena rica en óxido de hierro y cuarzo: el primero, exhibe una pasta más fina y formas más pequeñas—copas, múcuras y cuencos— y el segundo, una pasta más gruesa y formas de mayor tamaño. Además, aparecen en el sitio los tipos *Guatavita Desgrasante de Tiestos* y *Valle de Tenza Gris*, así como vasijas cuya decoración es muy similar a la de la cerámica Guane (ver Foto 18), evidencias que plantean interacción con otros grupos muisca y con comunidades vecinas.

La cerámica es un elemento que no falta en los ajuares funerarios (Fotos 6a y 6b). En las tumbas aparecen desde fragmentos de vasijas utilitarias hasta piezas enteras de uso exclusivamente ritual. La decoración de estas últimas es diferente a la que presenta la cerámica doméstica; las aplicaciones de figuras animales y los rostros que decoran las múcuras son característicos y la pintura se realizó más cuidadosamente, con un trazo definido. Algunas formas votivas no se repiten en la cerámica utilitaria; tal es el caso de las múcuras grandes y pequeñas y de las vasijas dobles (ver Foto 20).

Aún cuando los restos cerámicos son los más abundantes en el sitio, las herramientas fabricadas con este material son excepcionales. Se encuentran algunos pulidores y volantes de huso que, proporcionalmente, resultan en evidente inferioridad numérica con respecto a los de piedra.

Las herramientas y utensilios líticos fueron los más generalizados e indican la vigencia de una antigua tradición de percusión a veces con retoques—Abriense— industria que viene desde los primeros habitantes del altiplano, hace más de 15.000 años. Los lugares de origen de las materias primas utilizadas—lilitas y areniscas— han sido ubicados en los alrededores de la ciudad de Tunja (ver sección Material lítico). Excepcionalmente aparecen herramientas de materiales provenientes de áreas más lejanas como el valle del Magdalena. La función de los artefactos líticos cubre una amplia gama de actividades: metates y manos para moler y triturar maíz, otros granos y pigmentos; cuchillas y raspadores para la



Fotos 6a y 6b. Vasijas que conformaban el ajuar funerario de una tumba. Laboratorio-La Muela.

preparación de los alimentos, en especial, de las presas de cacería; numerosos yunques que hacían aprovechables los granos obtenidos por recolección; husos para la industria del tejido; raspadores para el trabajo en madera y ganchos de tiradera para la guerra. Igualmente, la piedra se usó para fabricar cuentas de collar y grandes lajas para tapar las tumbas. La variedad de artefactos, la multiplicidad de funciones que se dio a cada herramienta y las huellas de utilización y reutilización, obedecen a un

conocimiento generalizado de las técnicas de fabricación tanto de la talla como del pulido. Algunos procesos requirieron un mayor grado de especialización; tal es el caso de la elaboración y decoración de volantes de huso en areniscas de grano fino, de la fabricación y perforación de diminutas cuentas de collar y de la producción de ganchos de tiradera de pedernal, que demuestran una bien dominada técnica de pulido.

Respecto a la industria ósea, advertimos que casi la totalidad de los artefactos fueron confeccionados en huesos de venado —*Odocoileus virginias*—. Estas herramientas —aunque menos generalizadas que las líticas— cubrían todas las actividades; eran aptas, por ejemplo, para el aprovechamiento de las presas de caza, ya fuera como desangradores —punzones de ulnas— como raederas para las pieles —mandíbulas inferiores— o como perforadores de cuero. Igualmente se registraron ganchos de tiradera confeccionados en hueso, cinceles de presión, astas de venado usadas para el trabajo de talla del pedernal y agujas que prestaron su concurso en la industria del tejido. Cabe subrayar la utilización de huesos de animales para elaborar objetos de atuendo, como cuentas de collar y alfileres para sostener las mantas; huesos de aves, cánidos y felinos se emplearon en la elaboración de colgantes. En algunos casos puede apreciarse la reutilización de los artefactos previa adaptación. El examen de los instrumentos y de los restos óseos no utilizados permite inferir que hubo un buen conocimiento de la morfología del animal; por ejemplo, los metapodios fueron preferidos en la fabricación de espátulas, las ulnas en la de punzones, en tanto que los calcáneos y astrágalos nunca aparecen modificados. Los huesos de ave que fueron trabajados siempre corresponden a radios de la misma especie. Obtuvieron astillas por calor y manejaron la técnica de endurecimiento al fuego. Pulieron, afilaron y perforaron los instrumentos de hueso con herramientas de piedra y, es evidente que algunos artefactos, como agujas, alfileres, cuentas de collar etc., exigen cierta especialización.

A continuación presentamos, en primer lugar, la información documental que ayuda a comprender los datos arqueológicos en el contexto de los asentamientos prehispánicos muiscas en general, y del de Tunja en particular, para ofrecer enseguida los trabajos arqueológicos realizados en el sector Laboratorio-La Muela entre 1986 y 1991, que forman parte del informe de investigación presentado a COLCULTURA y a la Vicerrectoría de Investigaciones de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC).

Aproximación documental

La necesidad de contextualizar el trabajo arqueológico realizado dentro de los predios de la Universidad nos ha obligado a buscar una descripción amplia del asentamiento prehispánico de Tunja a partir de fuentes escritas de la época colonial. En tal sentido, se eligieron básicamente las actas

del Cabildo de la ciudad en los años próximos a su fundación, la «Descripción de Tunja de 1610 hecha por su Justicia Mayor», crónicas de la época española y algunos documentos adicionales.

Mediados por el concepto occidental de urbe, nos cuesta trabajo imaginar los asentamientos de los muiscas precolombinos. Muy pocos trabajos han tratado el tema para poder dilucidar el papel que las construcciones desempeñaron en el espacio «urbano» —si así puede llamarse— la distribución y utilización de ese espacio o el sentido de la nucleación. No obstante, vale la pena intentar reunir los datos que las crónicas y algunos documentos han traído hasta nosotros con el ánimo de aproximarnos a una descripción.

Los asentamientos prehispánicos

Los informes de los primeros españoles sobre el altiplano están influidos por su propia cultura; seguramente, ante la necesidad de describir las cosas diferentes que veían, hubieron de recurrir a las concepciones que les eran habituales y nominar por analogía. En ese orden de ideas es lógico suponer que los «pueblos» de indios o las «ciudades» de que hablaron, resultaban sensiblemente diferentes de los de planteamiento ajedrezado que se habían impuesto durante la reconquista española en tierras de moros y que, desde 1501, en tiempos del gobernador Ovando, se habían trasladado a tierras americanas como modelo de fundación; seguramente también diferían de la planta caprichosa de las ciudades europeas que los conquistadores pudieron conocer. Sin embargo, algo de lo que veían debía guardar alguna relación con los conceptos de ciudad y pueblo que traían, pues es frecuente la utilización de tales denominaciones al hacer referencia a los asentamientos aborígenes del altiplano. Entender en qué consistía ese parecido y establecer la diferencia es seguramente una forma adecuada de utilizar los datos que nos aportan.

Llama la atención el hecho de que hubiera, para los españoles, por lo menos dos formas de asentamiento claramente establecidas: una cosa eran los *pueblos* y *ciudades* y otra las *casas*, los *ranchos de indios*, los *buhíos* etc. que equivalían a asentamientos dispersos. Los pueblos, por el contrario, son reconocidos como formas de mayor nucleación. Por ejemplo, en el libro de Actas del Cabildo de Tunja, en un documento que otorga un predio rústico al fundador de la ciudad se usan, como parámetro delimitatorio, unos bohíos de indios: «...y atraviesa el camino real, hasta un cerro y una rinconada donde están unos ranchos de indios.» (Actas del Cabildo de Tunja 1539. Diciembre 24).

Esos ranchos de indios —atendiendo al sentido contextual del documento— no correspondían a un pueblo, sino que formaban un tipo de asentamiento disperso cuyas construcciones no llamaron la atención de los ediles ni por la belleza de su fábrica, ni por la abundancia de la población ni, mucho menos, por su importancia política o religiosa. En las

crónicas —como se anota más adelante— es posible ver referencias a casas aisladas o a bohíos cuyos dueños no ostentaban la suficiente importancia política como para considerarlos pueblos.

Otras veces se hace relación en forma concreta a pueblos de indios, como por ejemplo, cuando hablan de Iza o de Icabuco: «...pero sin hacerles más daño pasaron al pueblo de Iza.» «...la víspera de San Juan entraron al pueblo de Icabuco...» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 240, 247).

Aún cuando la idea de conjunto de construcciones suele flotar en el ambiente cada vez que crónicas y documentos se refieren a asentamientos prehispánicos, lo cierto es que hacen diferencia entre pueblos y casas; nos preguntamos entonces ¿cuáles son los parámetros que les hacen distinguir los dos tipos de asentamiento?, ¿Qué es aquello que los hace decir que Iza o Icabuco son pueblos y que otras construcciones son simplemente bohíos o ranchos de indios? Necesariamente hubo para ellos criterios que de alguna manera se relacionaban con el concepto español de pueblo.

Siguiendo la lectura de las crónicas, nos encontramos con textos en los cuales sus autores explican cómo logran diferenciar los pueblos de indios de otras formas de asentamiento; por ejemplo, al referirse a la región de Guachetá, distinguen entre el pueblo y el llano donde estaban esparcidas mil casas:

«El pueblo de San Gregorio, (...) donde se recogieron en la hora que vieron ir marchando los españoles por un llano adelante hacia su pueblo de Guachetá, por el cual llano así mismo había cantidad de mil casas y los moradores de todas ellas se recogieron con los del pueblo de San Gregorio o Guachetá...» (Aguado [1581] 1906: 120).

El cronista muestra claramente la diferencia entre las mil casas desparamadas por el valle y la nucleación adonde fueron a refugiarse que él denomina pueblo y que, según otros testimonios, consistía únicamente en un lugar donde las casas estaban más cercanas unas de otras. Habitualmente, el apelativo de pueblo está ligado al asentamiento de un cacique, alrededor de cuyo cercado se daba una mayor nucleación de las construcciones; el padre Simón, refiriéndose al mismo lugar de Guachetá, afirma que el cercado del cacique quedaba en medio de las casas del pueblo:

«Este valle cuando entraron los soldados era la mayor población que habían hallado hasta allí junta, porque en una legua escasa que tiene de largo y dos o tres tiros de mosquete de ancho, había más de mil casas o bohíos, todos poblados de gente, **y los más juntos que estaban casi a manera de pueblo**, porque los otros estaban como sembrados por todo el valle, estaban en un alto de muchos que tiene aquel valle a mano izquierda y parte del este. Como entraron los españoles, **estas casas tenían en medio la del cacique, que debiera ser de los más principales...**» [las negrillas son nuestras] (Simón [1625] 1981 T. III, 166).

De tal manera, podríamos empezar por pensar que el concepto de pueblo está ligado a dos parámetros iniciales: por un lado, a la mayor nucleación de las construcciones con la consecuente densidad de población más notoria y, por otro, a la residencia de la autoridad política, pues es precisamente alrededor del cercado del cacique que se nucleaba la población.

El obispo Lucas Fernández de Piedrahita nos trae una descripción general de los pueblos que vale la pena mirar:

«Luego siguieron su marcha descubriendo por aquellas fértiles dehesas tantas ciudades que se les presentaban innumerables los edificios de ellas; porque a los de las poblaciones se añadían las casas de campo, quintas y retiros que al contorno de los pueblos usan tener los indios más principales. Divirtióslos mucho el considerar la compasada fábrica de los grandes cercados que tenían los caciques o gobernadores puestos por el Zipa, pues además de la curiosidad con que se habían labrado, procedía de cada cual de los cercados una carrera o calle de cinco varas de ancho y media legua más y menos de longitud, tan nivelada y derecha que aunque subiese y bajase por alguna colina o monte no discrepaba del compás de la rectitud un solo punto.» (Piedrahita, [1666] 1973: T. I, 218)

La cita insiste en la nucleación, nos habla de innumerables edificios, pero distingue los de recreo y las casas de campo que tenían los indios principales alrededor de los poblados y, dentro de estos últimos, resalta los cercados de los caciques; es decir, que para el cronista hay un adentro y un afuera del poblado que conforman la totalidad del asentamiento.



Al referirse a los cercados de los caciques, su importancia es manifestada en la *curiosidad con que han sido labrados*; la mayoría de las veces que los cronistas se refieren a los poblados, lo hacen también al cercado del cacique, al punto que podríamos afirmar que, difícilmente, en las descripciones de *pueblos* o de *ciudades* de indios, deja de hacerse una mención subrayada de esos cercados. Esto corroboraría la tesis de que uno de los parámetros utilizados por los españoles para hablar de *pueblo de indios* fue la importancia política del lugar. Lo mismo parece comprobarse cuando los primeros españoles hablan de asentamientos que no

gozaban de la suficiente importancia política, pues entonces se refieren a ellos como casas y a su cacique, si lo había, suelen darle un apelativo despectivo o subrayar su condición inferior:

«...después de haberlos llevado por caminos inaccesibles de breñas y montañas, llegaban a algunas casas yermas o que tenían cuando mucho algún cacique ordinario...» (Simón [1625] 1981: T. III, 207).

De tal manera que seguramente puede hablarse de asentamientos de poca importancia que albergaron unidades mínimas de organización socio-política. Seguramente ese *cacique ordinario* de que habla el cronista, es tan sólo un *capitán menor* o *capitanejo* —como llaman los documentos coloniales a los jefes de ese tipo de unidades— y la importancia de los asentamientos necesariamente hubo de estar relacionada con las formas de organización socio-política imperantes a la llegada de los españoles.

Por el contrario, cuando el asentamiento indígena es entendido como de cierta importancia, está frecuentemente acompañado del epíteto de *corte* de tal o cual señor:

«Y así, el día siguiente descubrieron los majestuosos alcázares de la casa y cercado del Zipa, cuya grandeza en su género de fábrica podía competir con los palacios más célebres y las particulares casas de aquella población, corte de Bogotá...» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 220).

Se está estableciendo una comparación entre el cercado principal del señor de aquella población y los diversos cercados y casas que había dentro del mismo asentamiento que, para el cronista, constituían *la población, corte de Bogotá*.

Cuando Simón se refiere a Tunja, habla de «*esta ciudad y corte del Tunja*.» (Simón [1625] 1981: T. III, 157). De Guatavita se afirma: «*Guatavita, corte ilustre antes de príncipes*.» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 238). Por el contrario, en otros pueblos de menor importancia, solamente se reseña la existencia del cercado del cacique, como veíamos sucede al hablar de Guachetá. De manera que se señala una diferencia entre lo que los españoles llaman pueblos o ciudades, estableciendo dos categorías.

La denominación de *corte* hace, desde luego, relación a la importancia política del lugar, pues amarra la idea de pueblo a la de *señor*; cada pueblo —para la racionalidad del cronista— corresponde en principio a un señor determinado. Pero además nos hace pensar que ciertas poblaciones de importancia albergaban a más de un señor, para que pudiera hablarse de *corte*; en ellas seguramente, además del cercado del cacique principal, estarían los de otros caciques de menor rango² y las demás construcciones se nuclearían alrededor de ellos³.

2 Recordemos que en una cita, arriba transcrita, se establece una comparación entre el cercado del cacique y los de otros señores principales.

3 Como pudimos verlo en una cita de Piedrahita.

Las cortes entonces hacen pensar en asentamientos de mayor importancia. Cuando se hace relación a ellas se habla de un cacique al cual dan los testigos una mayor jerarquía y de otros *caciques* y *principales* de menor rango, de manera que no escapa a la mirada de los europeos de los siglos XVI y XVII la relación existente entre los asentamientos y la organización sociopolítica de los Muiscas.

Los cercados

Tanta insistencia en los cercados nos invita a buscar descripciones que permitan entender el papel que éstos desempeñaban en los asentamientos. Sabemos, por lo pronto, que eran la residencia de la autoridad política y que constituían un factor de nucleación, pero ¿hasta qué punto eran tan sólo residencias, o hasta qué punto constituían un espacio para el desarrollo de la vida comunal del asentamiento? Empecemos por revisar las descripciones de los cronistas; la que a continuación veremos corresponde a Bogotá:

«(...) y descubriendo por el camino más del todo que hasta entonces la grandeza en largo y ancho de este valle de Bogotá, que son doce o catorce leguas las que tiene de largo y siete de ancho por algunas partes, vio que por todo él se descubrían por aquellas espaciosísimas llanadas grandiosas poblaciones, tan juntas que todo él parecía un pueblo, y en ellas bien altos y vistosos edificios, en especial los que eran de los principales y caciques de las parcialidades, que los tenían cercados con una traza a su modo, tan vistosas que miradas desde lejos parecían unas inexplicables fortalezas, como lo eran para flacas armas y guerras que ellos usaban, si bien para piezas de bronce y otros instrumentos bélicos y máquinas gruesas, todo era fruslería».

«Pero estaban trazadas en cada esquina de los cercados, que eran cuadrados, y aún a trechos, en los lienzos de la pared, estaba hincado un madero muy grueso, de cuatro o cinco brazas de alto, y no siendo las paredes, que eran de cañas entretajadas, de más de dos brazas y media más, sobrepujábanla mucho, y en lo más alto de estos mástiles, que parecían árboles de navíos, estaban hechas unas gavias muy semejantes también a las de los navíos; y todas ellas y árboles desde arriba hasta cerca del suelo, tenían dado un baño de un barniz de almagre de bija con que los indios muchas veces y las indias se tiñen las mejillas cuando se ponen de gala, como nuestras españolas el arrebol. Con qué intentos tuviesen estas gavias y maderos teñidos de colorado, demás de ser para parecer bien, lo diremos cuando llegue la historia a tratar de las ceremonias que tienen y de los sacrificios. También trataremos de unas carreras o caminos que salían como hoy los vemos de los cercados de los caciques para ciertas partes donde tenían sus adoraciones.» (Simón [1625] 1981: T. III, 187-188).

Anotaríamos, en primer lugar —siguiendo el orden de la cita y para rematar una idea ya expuesta— que los cercados fueron privilegio de los principales y de los caciques de las parcialidades, es decir, de las autoridades políticas, dato que coincide con la obligación que tenían los muiscas de construir los cercados de sus caciques y capitanes, como se constata en los documentos de tributación: «(...) y demás del dicho tributo le hacían sus labranzas buhíos y cercados...» (AGN. Visitas a Cundinamarca, T. 8. Año 1594. En: Tovar Pinzón 1980: 47).

A partir de la descripción del cronista podemos empezar a precisar dimensiones y nos da la impresión de que los cercados fueron edificaciones de cierta consideración. Recordemos que su forma era cuadrada, que la estructura que los sustentaba era de maderos fuertes hincados a trechos y especialmente en las esquinas y que esa estructura sostenía los lienzos de las paredes confeccionadas en cañas entretejidas. Resultan de una altura notoria, pues las dos brazas y media de que habla la cita equivalen a seis varas de alto (4,20 m aprox.), en tanto que los maderos que sustentaban las gavias medían cuatro o cinco brazas es decir, entre ocho y diez varas (6,70 o 7,36 m aprox.).

El tamaño de las cercas también debió ser considerable; en la descripción de un cercado del Zipa destinado a guardar los pertrechos de guerra cuyas dimensiones, dada su destinación, debieron haber sido mayores de lo habitual, Simón ([1625] 1981: T. III, 184) habla de paredes de 2.000 varas de largo —es decir, algo más de 1.600 m por cada costado— lo que a nuestro modo de ver resulta exagerado. Castellanos ([1601] 1955: T. IV, 191) concede al mismo cercado una dimensión más real, al comentar que las cuatro paredes del cercado consideradas como una totalidad debían medir 2.000 varas, dimensión que, dividida por los cuatro costados, daría lienzos de 400 m.

En cuanto al interior de los cercados, debemos pensar que albergaban varios bohíos con usos diferentes; comencemos por ver los del cacique:

«...El Palacio principal de sus reyes, que eran unas casas grandes y redondas que remataban en forma piramidal, aunque las labran hoy casi todas cuadradas; cubríanlas de paja porque ignoraban el arte de la teja; las paredes formaban de maderos gruesos, encañados por las partes de fuera y dentro, argamasados con mezcla que hacían de barro y paja. Tenían pequeñas las puertas y las ventanas (uso común entre los indios) y dividían el interior de la casa en forma de caracol, en que tenían aposentos y retretes, o dejábanlas rasas con sólo un tabique de carrizo que servía de resguardo para impedir la entrada de los vientos por la puerta y la vista y registro de los que estaban afuera; y estas puertas labraban de cañas unidas con cordeles de fique, que es a manera de cáñamo, dejándolas a manera de celosía...» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 72).

La descripción de las paredes —construidas en bahareque y encañadas por dentro y por fuera con ánimo decorativo— demuestra cierta elaboración arquitectónica; sobre la distribución interior en forma de caracol, debe decirse que, aparte del cronista Piedrahita, no conocemos referencia alguna; quizá la arqueología pudiera constatar o desechar la afirmación. El interior de los bohíos se describe frecuentemente como oscuro, debido al tamaño pequeño de las ventanas y de las puertas que, según los testimonios, habían de trasponerse con dificultad; las paredes exteriores eran más bien bajas. El tamaño de los bohíos era variable: en el Valle de la Laguna (Samacá), por ejemplo, Ana María Boada (1987) excavó tres plantas de bohíos de 2,75, 4 y 7,40 m de diámetro, respectivamente. En Tunja, en predios de la Universidad, el equipo de arqueología pudo establecer la presencia de plantas de construcciones que oscilan entre los 5,50 y los 15 m.

Además de la vivienda del cacique, debieron existir otras para sus mujeres, así como edificios para el desempeño de ciertos oficios como cocinas, sitios de telares, etc. Llama la atención la presencia de edificaciones destinadas a albergar elementos propios del cargo de cacique —como el producto de la tributación— construcciones que los españoles encontraron en el cercado del Zaque:

*«Hallaron ansimismo tres buhíos
en forma circular, llenos de rollos
de finas telas varias en colores,
de la tributación de sus vasallos.»*
(Castellanos [1601] 1955: T. IV, 235).

Y aún más llamativo resulta encontrar, en el cercado del cacique, elementos destinados al servicio de la comunidad, como pertrechos de guerra, por ejemplo, que de alguna manera implican la protección del hábitat y de la vida de los asociados, una de las funciones del organizador de la comunidad:

«Tampoco dejaron los soldados de trastornar algunos bohíos dentro del cercado donde tenía el Tunja las armas y municiones que iba juntando para la guerra que intentaba hacer al Bogotá.» (Simón [1625] 1981: T. III, 255).

Y ahora que de la guerra se habla, es bueno anotar que las crónicas conceden a los cercados el carácter de fortaleza militar. Los cronistas Simón, Castellanos y Piedrahita se preocupan de explicar la eficacia bélica de aquellos edificios. Desde luego, cabe la posibilidad de que la comparación con fortalezas y la preocupación de los cronistas por medir su eficacia militar, correspondan de alguna manera a una trasposición del pensamiento español a la cultura muisca, pero la presencia de bohíos de almacenamiento de vituallas y aun la destinación específica de cercados para la guerra nos hacen pensar que, si bien no fue la defensa su objetivo

único, si fue uno de ellos. El padre Aguado, al referirse al cercado de Cajicá nos dice:

«...un pueblo llamado Cajicá, donde se había ya recogido el tirano Bogotá en unos aposentos que allí tenía hechos, cercados con ciertas cercas de paja y maderos que aunque toscamente hechos parecían muy bien. Estos aposentos y casas que aquí tenía Bogotá eran donde recogía las vituallas y municiones que para la guerra que contra Tunja pensaba hacer, juntaba y era necesario.» (Aguado [1581] 1906: 132).

La imagen visual que nos dejara el padre Simón y las que hemos venido trayendo a cuento para complementarla, presentan al cercado como algo más que la vivienda del cacique. Evidentemente tales edificios —de tamaños considerables, fortificados y suntuosos— parecieran destinados a desempeñar un papel centralizador para la sociedad; sus dimensiones y su elaborada fábrica, más que al carácter de residencia de un acumulador de fortuna, parecen corresponder a la esencia de un lugar público que, si bien era residencia de la autoridad política, también actuaba como centro ceremonial, sede de gobierno y fortificación para la defensa. El ánimo magnificente de su construcción —realizada por todos los miembros de la sociedad— hace que lo elaborado de su fábrica se convierta en un factor de prestigio frente a otras comunidades, al tiempo que, la destinación de algunos de sus espacios interiores a actividades de utilidad común o a funciones propias del gobierno, le confiere cierto sentido de espacio público; más aún, si pensamos que la residencia del cacique fue movible o mejor, que los caciques solían tener más de un lugar de residencia, tal como podría inferirse de las crónicas cuando hablan de las diferentes casas del Bogotá. Los cronistas insisten en hallar en Bogotá el asiento de su *cortè*, pero el hecho mismo de que fuera residencia del cacique, no es lo que dio a Bogotá ese apelativo, sino su carácter de centro de impulsión política y gubernativa del Zipa.

Da la impresión de que el carácter de espacio público de los cercados no se limitaba únicamente a las esferas política y de satisfacción de las necesidades de defensa, como creemos ha quedado establecido en líneas anteriores. Los cercados parecen haber cumplido también una función de centro ceremonial que se evidenciaría aún más al pensar en su exterior; recordemos la descripción de las gavias pendientes de esos grandes maderos que sobrepujaban la altura de las paredes y la destinación ceremonial que se les daba:

*«...porque ponían sobre las garitas
de aquellos mástiles que ya dijimos
algún esclavo vivo y amarrado,
tirándole con jáculos agudos,
al pie del mástil muchas escudillas
que ponían los unos y los otros;*

*y la sangre que el vaso recibía,
del mísero paciente destilada,
los dueños cuyas eran las vasijas
ofrecían al torpe santuario
con sus ridículas ceremonias...»*
(Castellanos [1601] 1955: T. IV, 194).

En la cerca se congregaban los asistentes al sacrificio de las gavias haciendo que el cercado fuera el espacio para ese tipo de actividad ceremonial. Del cercado partía además una «*niveladísima carrera/ en longitud de larga media legua*» (Castellanos [1601] 1955: T. IV, 193), es decir, de dos kilómetros de largo, poco más o menos, y cinco varas —o el espacio para que cupieran «dos carretas de Castilla»— de ancho. La destinación de ese espacio tan amplio es decrita por Piedrahita ([1666] 1973: T. I, 69-70):

«Otra de las ceremonias más ostentosas que hacían los mozcas eran las procesiones a que asistían sus Reyes o Caciques, respectivamente en ciertos tiempos del año, especialmente en el de siembras o cosechas, y formábanse estas en ciertas carreras anchas de más o menos media legua de longitud... Dividíanse en cuadrillas y parcialidades con diferentes trajes y disfraces...»

Castellanos ([1601] 1955: T. IV, 194) nos dice al respecto:

*«Más entonces en ellas celebraban
las fiestas que tenían de costumbre,
con muchos entremeses, juegos, danzas,
al son de sus agrestes caramillos
y rústicas cicutas y zampoñas
...
e ya cuando llegaban al remate
hacían a sus ídolos ofrendas.»*

Así pues, aquellas explanadas constituían un espacio público ceremonial para los sujetos a la autoridad del dueño del cercado; se nos ha dicho que partían de cualquier cercado, es decir, que los de los caciques menores y de los capitanes también disponían de ese espacio y, por tanto, en un asentamiento de aquellos que los cronistas llaman *corte* habría más de un espacio ceremonial de este tipo.

La dimensión de los cercados y la extensión de los espacios ceremoniales —carreras de dos kilómetros de largo— nos hacen pensar en asentamientos muy amplios, con una nucleación sensiblemente menos apretada que la de los pueblos españoles. Posiblemente esas carreras, que al decir de los cronistas solían rematar en un adoratorio, comunicaban dos espacios públicos, al tiempo que jalonaban y orientaban en alguna medida el asentamiento.

Los asentamientos de los particulares

Quizá el detenimiento con que crónicas y documentos han mirado los cercados esté ausente al tratar las viviendas de los particulares; sin embargo, es posible reunir unos cuantos datos al respecto. Lo primero sería advertir que no hay documentación que permita pensar en casas individuales; pareciera que los asentamientos muiscas obedecieron a las formas de la organización socio-política que les fue característica.

Como se documentó anteriormente, en la mirada del cronista los cercados siempre están asociados al nombre de un *señor*. Frecuentemente, se aplican términos de la jerarquía feudal para explicar las relaciones de poder dentro de la sociedad que se descubría, de tal manera que los conquistadores evidenciaron una relación entre la organización política y las formas de asentamiento que expresaron en los términos de la racionalidad política con que podían hacerlo; por eso nos hablan de *señores* y *feudatarios*; Aguado ([1581] 1906: 136), refiriendo la llegada de los españoles a Bogotá, dice: «...vieron muy grandes cercados así del propio señor de Bogotá como de otros muchos caciques sus comarcas y feudatarios...». También hablan de *señorío* y *vasallaje*: «...los indios deste repartimiento e capitanes de los demás desta tierra solían pagar y contribuir a sus caciques en reconocimiento de señorío y vasallaje...» (AGN. Visitas a C/marca. T. 5, F. 223v.). En cuanto a la administración se refiere, utilizaron una terminología militar, como correspondía a la racionalidad política de la reconquista española y de la conquista americana; por eso nos hablaron de *caciques* y *capitanes* y, a estos últimos, los diferenciaron según su importancia como capitanes mayores y menores o como *capitanes* y *capitanejos*.

En líneas generales, puede afirmarse que el término *cacique* —voz taína traída de las Antillas— fue aplicado por crónicas y documentos en forma genérica para referirse a aquellos nativos que detentaban de alguna manera la autoridad política, en tanto que el término de *capitán* se usó restringidamente para identificar funcionarios que, si bien detentaban poder, lo hacían en forma dependiente. Los conquistadores pues, se refieren claramente a dos categorías sociopolíticas a saber: los cacicazgos y las capitánías y, dentro de ellas, diferenciaron unas mayores y otras menores.

A través de los diccionarios de lengua chibcha, los investigadores han logrado establecer el nombre indígena de tales divisiones sociopolíticas confirmando la hipótesis anterior, de manera que, a más de los cacicazgos —generalmente asociados a un cercado y a un *señor*, es decir, a un *pueblo*— hoy podemos referirnos a capitánías mayores —o *Sibyn* en lengua chibcha— y a capitánías menores —o *Utas* en la misma lengua— (ver Rozo Gauta 1978. Villamarín 1981).

Seguramente esas *Utas* —unidades menores de organización sociopolítica— también constituyeron la mínima unidad de población y la mínima entidad territorial; frecuentes testimonios documentales así per-

miten asumirlo. Eduardo Londoño (1984: 157) trae el testimonio de uno de los conquistadores de la región de Villa de Leyva en el cual se describen los asentamientos de estas capitanías:

«En aquel tiempo que este testigo entró, los hallaron... poblados junto a la vega del río..., desparramados en una parte seis buhíos, en otra cuatro y en otra ocho o diez y desta manera estaban poblados en aquel tiempo.»

Ahora bien, la concepción de un espacio público utilizado por los miembros de un grupo social para actividades que comprometen en general a los asociados, de un espacio común a los miembros de un grupo, parece constituir la base sobre la cual se organizaron los asentamientos prehispánicos de los muiscas: el cercado mismo era un espacio público delimitado por una cerca y la carrera que de ellos partía —con una delimitación geométrica precisa— era la consagración de un espacio común.

Esa naturaleza de espacio público de un grupo social que caracterizó a los cercados, convirtiéndolos en núcleos de los asentamientos que los españoles llamaron *pueblos*, *ciudades* o *cortes*, seguramente no puede entenderse como gratuita sino que obedece a una concepción espacial del asentamiento que afectó, no sólo a las residencias de los principales, sino en general a las de toda la población. Uricoechea (1871) trae, en su diccionario, como acepción de la palabra **Uta**: «La plaza que está frente a la casa», de tal manera que estas unidades de población se nuclearon alrededor de un espacio común, lo mismo que los pueblos alrededor de los cercados y de los espacios ceremoniales. Siguiendo a Uricoechea, diríamos que las **Utas**, espacialmente, constituyeron una especie de cercado sin cerca.

Al revisar la documentación sobre la antigua Tunja, encontramos referencias a la presencia de capitanías —tanto mayores como menores— dentro del espacio del asentamiento, como más adelante se documenta; de manera que las *ciudades* y *cortes* de que hablan los cronistas, albergaron toda la organización sociopolítica de los muiscas, lo cual nos invitaría a pensar en asentamientos urbanos; sin embargo, las constantes quejas de los funcionarios españoles sobre la dificultad de reducir a los indios a vivir en pueblos, lo mismo que el reiterado testimonio de las visitas, plantean cierta contradicción. En efecto, testimonios como los que se anotan a continuación, dificultan aceptar la idea de asentamientos únicamente urbanos:

/A los indios de Tunjacipa/ ...siempre los ha visto ser sujetos al cacique de Boyacá y a él le sirven, aunque como dicho tienen viven y están poblados apartados del dicho cacique de Boyacá como una legua. (En: Londoño 1984: 156).

«...viven en donde tienen sus labranzas y que en otras visitas se han mandado a reducir a este pueblo y no lo han hecho.» (En: Mojica Silva 1948: 42 y sigs.).

Al revisar la documentación sobre ciudades y pueblos, encontramos testimonios de una gran nucleación y, al mirar otros documentos, hallamos precisamente la idea contraria, sin que podamos decir que unos documentos excluyan a otros o correspondan a momentos diferentes; lo anterior nos ha llevado a pensar que la vivienda muisca no fue estrictamente estacionaria, sino que tuvo cierta itinerancia, tal como puede inferirse de las frecuentes referencias hechas en los documentos coloniales a casas de caciques y a sementeras ubicadas en lugares distintos a los de la presunta residencia de sus dueños. Carl Langebaek (1987) y también Mojica Silva (1948) recogen varios de ellos; transcribiremos uno correspondiente a la delimitación de tierras hecha por Miguel de Ibarra en el resguardo de Simijaca:

«...tierras donde labran y cultivos en y sobre la laguna y sierras y faldas... así en la redondez de este pueblo como en tierra caliente y otras partes en donde han tenido y tienen sus principales labranzas.» (En: Mojica Silva 1948).

Seguramente, la utilización económica de los diversos nichos ecológicos practicada por los muiscas, imponía cierta itinerancia.

En este orden de ideas, es posible identificar lo que los españoles llamaron *pueblos* y *ciudades* como espacios de refuerzo de la identidad comunal y de oficialización de la actividad política y religiosa, como lugares de refugio y aprestamiento para la guerra y como sitios que satisfacían las necesidades de socialización de la economía.

Los sitios religiosos

Además de los cercados de los caciques y de las casas de los particulares, las crónicas nos hablan de otros lugares capaces de determinar el comportamiento de los habitantes de un asentamiento, como son los templos, los adoratorios y los bohíos de muertos, que conformaban un «espacio de culto». Empezaríamos por recordar los adoratorios que, según los testimonios que hemos venido leyendo en este trabajo servían, algunas veces, de remate a las carreras que partían de los cercados y, otras veces, tenían tal importancia que se convirtieron en adoratorios comunes que superaban los límites del interés religioso del asentamiento; sabemos que unas veces estaban constituidos por fuentes de agua, otras por cerros y otras por adoratorios erigidos en función de devociones generales, locales y aún particulares de caciques y capitanes.

Pero además de esos lugares de culto, es frecuente hallar referencias a otros, también dentro de la *ciudad*, entre los que debemos destacar el espacio de los muertos, que las crónicas describen como bohíos de enterramiento:

«...y como el cacique entendiese la sed y agonía de los nuestros que de oro tenían... dijoles que si oro querían que fuesen por el pueblo,

donde hallarían muy gran cantidad... Los españoles, con licencia de su general no fueron nada negligentes en irlo a buscar, el cual hallaron en bohíos muy viejos y antiquísimos que daban a entender ser sepulturas de muertos...» (Aguado [1581] 1906: 155).

Se podría afirmar entonces, que la vida de los asentamientos indígenas estuvo mediada por una ritualidad rica y variada que justificaba la nucleación; no otra cosa podríamos deducir de la abundancia de posibilidades de templos y santuarios dentro de ellos; seguramente, este criterio de tipo religioso —muy acorde a la idiosincrasia española del siglo XVI— fue fácilmente asimilado por los conquistadores, quienes reconocieron en él uno de los parámetros determinantes de vida urbana en la península. De tal manera que, a los parámetros ya establecidos —mayor nucleación, importancia política y razones de defensa— habríamos de agregar motivos de tipo ritual entre los factores que indujeron a los españoles a diferenciar los pueblos de indios de los asentamientos dispersos.

Los sitios de actividad económica

Dentro de los poblados muisca existieron lugares destinados a actividades económicas. La arqueología señala la existencia de huertas, de talleres, de hornos de sal, etc.; pero quizá más interesante resulte la presencia de lugares dedicados a actividades económicas que superan el interés de los particulares y aún el puramente local, como es el caso de los mercados.

Las reiteradas alusiones de los cronistas al «espíritu mercantil» de los muisca —que por demás los españoles no veían con buenos ojos— nos hacen pensar que los mercados debieron ser otro de los parámetros que jugaron un papel importante en los asentamientos. Para fray Esteban de Asencio los muisca eran «...astutos y grandes contratantes entre sí mismos», para el padre Simón, no solamente fueron astutos, sino «logreros» y Castellanos ([1601] 1955: T. IV, 154) confirma esa opinión, comparándolos con los judíos, expulsados de España, entre otras razones, por «logreros».

Los mercados necesariamente constituyeron un punto de referencia para los muisca. Si nos atenemos al testimonio del padre Simón, habríamos de pensar que en todo lugar de asentamiento hubo un mercado; pero existieron algunos de mayor importancia que requirieron el señalamiento de un sitio exclusivo para el intercambio:

«Lugares de mercado fueron casi todos que había de indios en estas dos provincias de Bogotá y Tunja. Pero los más principales se hicieron de ordinario en dos...» (Simón [1625] 1981: T. III, 402).

Tendremos que pensar entonces en dos tipos de mercados: los que se dieron dentro de los asentamientos y los que lograron la consagra-

ción de un sitio para su realización. Seguramente los primeros se realizaron en el propio cercado del cacique, tal como puede inferirse de algunos testimonios; en cuanto a los segundos, debe pensarse que los más importantes se realizaron en tierras convecinas y con el objeto de comerciar con etnias diferentes; pero también, indudablemente, los hubo dentro del territorio muisca con el propósito de cubrir radios de acción amplios dentro de su propio territorio (Villate 1975). Resulta además interesante anotar que, en algunos casos, los españoles identificaron los sitios de los mercados con los caciques, lo cual coincidiría con la afición al ejercicio del comercio que demostraron caciques y principales para sorpresa y escándalo de los españoles del siglo XVI, en cuya racionalidad económica el comercio era una actividad despreciable. En este orden de ideas, es posible pensar que, cuando se dio la existencia de un mercado importante relacionable con un cacique determinado, aquél se convirtió en un elemento de importancia para el asentamiento.

Una vez hechas estas observaciones sobre los asentamientos de los muiscas precolombinos en general, es conveniente ocuparnos del de Tunja en particular.

Aproximación al asentamiento prehispánico de Tunja

Respecto a la geografía física del sitio en donde se levantaba el asentamiento de Tunja (Mapa 2), es necesario retomar las más antiguas descripciones —tanto las de la *ciudad* indígena dejadas por los primeros testigos europeos como las primeras que se hicieron sobre la ciudad española— en busca de lograr nuestra propia composición de lugar. Afortunadamente para nosotros, la capital del Zaque no sufrió los traslados a que otras ciudades fueron sometidas y no hay duda alguna sobre el sitio inicial de su construcción; así, es posible comparar las referencias antiguas con la geografía actual para lograr una buena aproximación a la verdad. Empecemos por mirar esta nota del obispo cronista:

«Tenía el Tunja su corte dispuesta poco más de veinticinco leguas de Bogotá y puesta cinco grados y veinticinco minutos de la equinoccial de esta banda del norte, que viene a ser el sitio donde al presente está fundada la ciudad de Tunja. Su valle corre Norte Sur⁴ muy poco trecho pues, con menos travesía; es falto de agua y leña y por causa de la elevación de la tierra es muy frío y seco; y por los aires sutiles y nocivos que la bañan (principalmente el que llaman de Carare, que es el más continuo) se padecen pasmos y desecación del cerebro, de que resulta estar muy sujetos a perder el juicio sus habitantes. Pero como era este valle el centro de los estados del Tunja, puso en él su silla para repartir igualmente la influencia del dominio en sus vasallos.»

⁴ La orientación precisa de la ciudad es sur-occidente nor-oriental. Sin embargo, se ha preferido utilizar la orientación del documento para facilitar la comprensión.

«*Ciñenla dos colinas rasas, una a la parte del oriente, donde habitan los Chibataes, Soracaes y otras naciones que se extienden hasta la cordillera que divide los llanos de San Juan, de lo que hoy se llama Nuevo Reino; la otra a occidente llamada la Loma de los Ahorcados (...) o cuesta de la Laguna, por el valle que tiene a las espaldas.*» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 102).

Si nos atenemos a lo dicho, el espacio del asentamiento estaba comprendido entre las actuales Lomas de San Lázaro y las que separan a Tunja de Soracá, al oriente, y de Chivatá y Siachoque hacia el nororiente; tiene la forma de un corredor más bien estrecho, de orientación aproximada sur-norte. La parte occidental es la más alta y está construida sobre una leve inclinación de la Loma de San Lázaro, cuya ladera oriental se amplía para formar una especie de meseta inclinada que sigue suavemente el declive y que puede enmarcarse entre tres cárcavas o quebradas —secas la mayor parte del año— que bajan de occidente a oriente y que recibieron durante la Colonia el nombre de *barrancos*. Al noroccidente, después de la Loma de San Lázaro, está la de Motavita y, entre las dos, en un cañón estrecho y corto, corre el río La Vega o Farfacá que desciende hacia el valle. Las partes oriental y nororiental están constituidas por un valle más bajo, en medio del cual corre el actual río Chulo que nace al suroriente de la ciudad. Esta ubicación, no solamente coincide con la localización actual de la ciudad, sino que se ve confirmada en otros documentos:

«*A la parte del sur, media legua de Tunja, nace un arroyo que corre al Norte por el valle que está al Oriente de la ciudad; y a la parte Norte, como otra legua de la ciudad, otro arroyo que viniendo con una vuelta que hace hacia el Oriente abajo de la ciudad se junta con otro arroyo que es el principal, y así va corriendo al Norte engrosándose de muchas quebradas que entran en él, y tomando el nombre de los pueblos por donde pasa llámase el río de Sogamoso y de Chicamocha...*» [Descripción de Tunja 1610].

El valle del río en su parte norte —en proximidades de la confluencia del río La Vega que aparece referenciado en la cita anterior— se torna anegadizo en un área más o menos amplia; tal sitio se conoció hasta épocas recientes con el nombre de El Pantano y, en sus extremos oriente y occidente, se ubican dos nacimientos de agua que fueron reseñados en la temprana Colonia; en efecto, en la Descripción de Tunja de 1610 se afirmaba:

«*En el pantano que está como a dos tiros de arcabuz de la ciudad hay dos fuentes, una que corre de Oriente a Poniente, y otra que corre de Poniente a Oriente, de mucha y muy buena agua que bebe la ciudad. La que corre de Oriente se llama en lengua de los naturales la fuente Soya, y echa dos muy gruesos caños; la que corre de Poniente echa tres muy grandes, llámase la fuente de Aguayo...*»

Las dos fuentes son conocidas en la actualidad como la Fuente Grande —la de Aguayo— y la Fuente Chiquita —la de Soya—.

La ciudad española se ubicó en la parte suroccidental, que es la más alta, según puede deducirse tanto de su ubicación actual como de los documentos coloniales: «*La ciudad está puesta en una media ladera llana cerca de una tierra o loma.*» (Descripción de Tunja, 1610). Creció —en la parte más meridional que es la menos pendiente— recostada sobre la sección sur de la ladera oriental de la Loma de San Lázaro, que los documentos han llamado La Cuesta de La Laguna o La Loma de los Ahorcados. Esta parte alta estuvo dividida por las cárcavas o quebradas —barrancos—, secas la mayor parte del año, que sirvieron de límites entre los sectores de la ciudad (Descripción de 1610).

En la parte alta de la ciudad hubo dos fuentes de agua adicionales. Una de ellas fue utilizada como primer acueducto y la otra, sin ninguna obra de ingeniería, surtió a una parte del poblado; aún hoy es posible reconocerla con el nombre de «la Pila Salada»:

«Hay otra fuente, media legua de la ciudad a la parte del Poniente, cuya agua se trae por una acequia y sirve para la fuente de la plaza y monasterios y casas particulares...»

*«En la plaza principal hay una fuente de cantería de muy moderada fábrica, y por no estar encañada el agua hasta su nacimiento, sino un pequeño trecho, el más tiempo del año está sin agua y los vecinos traen el agua de fuera de la ciudad en cabalgaduras porque aunque **hay otra fontezuela dentro de la ciudad, que en todo tiempo tiene agua, es tan poca que en un día no se pueden llevar treinta botijas arriba, y así solo se sirve de ella la vecindad.***» (Descripción de Tunja 1610).

Descritos los elementos de la escenografía y conocido el escenario, intentemos ahora colocarlos en su lugar. Recapitulando, en breves líneas, el apartado sobre los asentamientos muisca en general, diríamos que para ellos, el pueblo era un conjunto de espacios comunes que satisfacían necesidades políticas, de defensa, religiosas y económicas y que, alrededor de ellos, podían nuclearse atendiendo a la forma de organización sociopolítica que les fue característica; el redescubrimiento de esos espacios comunes que mediaron su vida, es el objeto que debemos abordar en las líneas que siguen.

La descripción que presentamos de la geografía de la ciudad, nos permite intentar dividir el espacio en dos grandes sectores y varios subsectores sobre los cuales ubicaremos las construcciones y los elementos de los cuales tenemos alguna noticia documental.

Empezaremos por delimitar dos grandes sectores geográficos en donde se hallan evidencias de utilización prehispánica. El primero —la parte

HUNZA A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE
TUNJA
1994

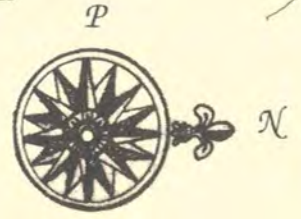
Germán Villate Santander Investigación
Histórica
Jaime Gutiérrez Wilches - Cartografía y Diseño
Francisco Ortiz Gómez - Coordinación

CONVENCIÓNES

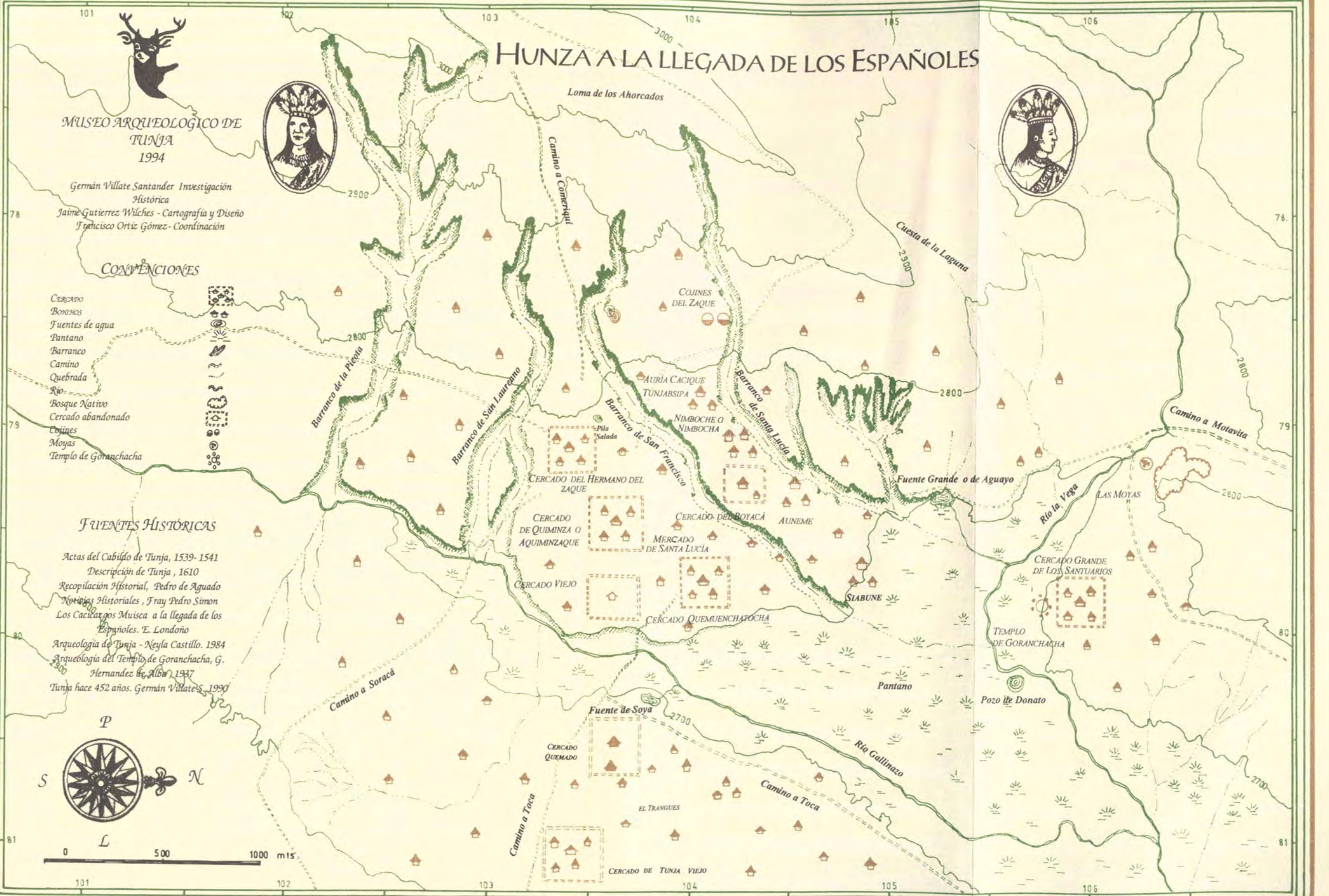
- CERCAJO
- BOSQUES
- Fuentes de agua
- Pantano
- Barranco
- Camino
- Quebrada
- Río
- Bosque Nativo
- Cercado abandonado
- Cujines
- Moyas
- Templo de Goranchacha

FUENTES HISTÓRICAS

- Actas del Cabildo de Tunja, 1539-1541
- Descripción de Tunja, 1610
- Recopilación Histórica, Pedro de Aguado
- Noticias Históricas, Fray Pedro Simón
- Los Caciques Muisca a la llegada de los
Españoles. E. Londoño
- Arqueología de Tunja - Neyla Castillo, 1984
- Arqueología del Templo de Goranchacha, G.
Hernández de Alba, 1937
- Tunja hace 452 años. Germán Villate S., 1990



0 500 1000 mts



alta de la ciudad— estaría constituido por la ladera suroriental de la Loma de San Lázaro, en donde creció la ciudad española, zona que llamaremos *sector alto*. El segundo —o *sector bajo*— estaría formado por el valle oriental, por cuyo centro corre el río Chulo.

El sector alto estaba dividido por los barrancos referenciados anteriormente. El primero de ellos desciende desde la media ladera de San Lázaro, con una orientación general occidente-oriente y, en un rápido curso, termina en el valle oriental; sirvió de límite sur a la ciudad española, fue conocido como Barranco de San Laureano por la ermita que en honor del santo se construyó en su orilla y, en 1564, fue señalado como muladar público (Acta del Cabildo de Tunja. Julio 1 de 1564). Constituyó no solamente la puerta de entrada de los conquistadores sino la posterior del camino colonial a Santa Fé y del republicano a Bogotá.

El segundo barranco desciende igualmente de la media ladera pero, siguiendo un curso caprichoso con orientación general occidente-nororiente, viene a morir en el valle del río Chulo al norte de la ciudad española. Fue conocido como Barranco de San Francisco, por cruzar exactamente detrás del convento del mismo nombre y, en la misma fecha y por idéntica providencia, se declaró muladar público como el anterior.

El tercer barranco se conoció como el de Santa Lucía y en su orilla se edificó la ermita del mismo nombre; desciende de la media ladera de San Lázaro y, conservando una orientación casi paralela al de San Francisco, viene a morir cerca de la fuente de Aguayo al norte de la ciudad.

Estos tres barrancos dividieron la parte alta de la ciudad en dos subsectores. El primero, comprendido entre los barrancos de San Laureano al sur y de San Francisco al norte, es el de mayor extensión y en él se ubicaban los dos nacimientos de agua referenciados en documentos —La Pila Salada y la fuente de donde se tomó el primer acueducto—. Este subsector presenta dos ligeras planicies, una un poco más alta que la otra. El segundo subsector estaría comprendido entre los barrancos de San Francisco y de Santa Lucía; tiene una extensión menor y un declive un poco más marcado que el anterior.

El segundo gran sector de la ciudad estaría constituido por el valle oriental y la vega del río Chulo; aunque es anegadizo en diversos lugares, presenta no obstante sitios ligeramente más altos aptos para la habitación humana. En su parte más septentrional está dividido por el río La Vega o Forfacá que desciende por el cañón que forman la Loma de San Lázaro y la de Motavita, para unirse al río Chulo en las proximidades del Pozo de Donato.

Sector alto

En el sector alto pueden detectarse, a través de crónicas, algunos sitios de habitación indígenas; en efecto, en el primer subsector —el compren-

dido entre los barrancos de San Laureano y de San Francisco— sabemos de la existencia de tres cercados a cuya localización sería posible aproximarse. Si siguiéramos la ruta de los conquistadores, según la detallan los cronistas, tendríamos que:

«...ya que el General estaba muy cerca de Tunja, en una aldea pequeña, le salió a recibir un cacique feudatario del señor principal y con muchos indios, diciendo que Tunja lo enviaba a recibirlos, el cual se daba por su amigo, según que antes lo había enviado a decir, y que le rogaba que aquella noche, para evitar el alboroto y escándalo de la gente de su pueblo se quedasen a dormir en aquella aldea donde serían bien proveídos de lo necesario, y que otro día se verían y hablarían.»

«El General temiendo las cautelas de este bárbaro y pareciéndole que eran aquellas ostentaciones de paz muy fingidas, curó de no detenerse aunque entre sus propios soldados hubo pareceres que por ser ya algo tarde y no saber qué gente hubiese consigo el cacique Tunja, ni si estarían con las armas en la mano, ni de paz, debían quedarse a dormir en aquella aldea; y así prosiguieron el viaje hasta entrar, aunque ya tarde, en el propio pueblo del Tunja. Los indios por apartar a los Españoles de donde el señor principal estaba, lleváronlos a un cercado grande de un hermano suyo, dentro de la propia población, que por ser tan grande y hecho curiosamente para el modo de edificar los indios, creyeron ser del propio Cacique, pero la guía que llevaban los apartó de este engaño y les dijo cómo no era aquél el cercado y casas del Cacique, sino otras más principales que estaban más abajo a las cuales se fue luego el general con toda su gente...» (Aguado [1581] 1906: 151).

La crónica nos habla de una aldea que quedaba fuera de lo que reconoce como el «propio pueblo del Tunja» y de dos cercados que ya quedaban dentro de la ciudad. Siguiendo el orden de la narración —y habida cuenta de que la ruta de entrada de los españoles, lo mismo que la puerta del camino colonial a Santa Fé, toman como referencia la ermita de San Laureano— es apenas lógico entender que necesariamente se ubicaron en el primer espacio del asentamiento urbano español, es decir, en la ladera de la Loma de San Lázaro y entre el barranco que sirvió de límite sur a la ciudad y el del convento de San Francisco y, que el segundo cercado, quedaba «más abajo» que el primero.

Si comenzáramos por hablar del segundo cercado —el del propio Zaque— quizá el más documentado, anotaríamos que la tradición historiográfica tunjana ha considerado el sitio del convento de San Agustín como el asiento del cercado del Zaque a partir de una doble información de crónicas y documentos; en efecto, el padre Simón ([1625] 1981: T. III, 422), al describir el cercado del cacique Goranchacha —un antecesor de Quimuenchatocha a quien encontraron los españoles— dice: «...y *tendiéndole por el suelo en todo el camino mantas finas y pintadas, co-*

menzaban a caminar desde sus palacios **que eran donde ahora está fundado el convento de San Agustín...**». De esta manera, el cronista ubica el cercado en la planicie más baja de esta ladera donde, en efecto, se construyó el claustro de San Agustín que aún se conserva. Y, en actas del cabildo de Tunja puede leerse:

«...en esta dicha cibdad o obra de dos tiros de bayesta della está un cercado que dicen de Tunja el cual si no se evita que no se gaste, será cabsa a que los vecinos que tienen muchos indios traerán la madera del a sus casas...» (Agosto 11 de 1539).

La arqueóloga Neila Castillo (1984) excavó un sitio en la manzana contigua al claustro y halló cerámica que considera posterior a la conquista; otro tanto anota de la encontrada en las zanjas abiertas en el piso de la propia capilla del claustro con ocasión de su restauración. Sin embargo, en las «tapias pisadas» de las construcciones coloniales aledañas y en las que enmarcan el solar del claustro, encontró abundantes fragmentos de cerámica precolombina, de tal manera que sería posible admitir la presencia de un asentamiento indígena en ese lugar.

En cuanto al primer cercado al cual arribaron los españoles —el del hermano del Zaque— pensamos que debió quedar en una de las planicies de la parte alta de la ladera, puesto que «*la guía que llevaban los apartó de este engaño y les dijo cómo no era aquél el cercado y casas del Cacique, sino otras más principales que estaban más abajo*». De manera que, sabiendo que los españoles entraron por la parte alta de la ciudad y que hallaron primero este cercado, es lógico suponer tal ubicación. Además, un documento de 1610 —citado anteriormente— señala la existencia de una fuente de agua en este sector, por lo cual sería particularmente propicio para la habitación humana, tanto como para que precisamente en él creciera la ciudad española.

En el mismo sector de la ciudad, debió estar situado el tercer cercado del cual tenemos noticia: el de Quiminza, último de los Zaques. Los cronistas suelen coincidir al afirmar que la ciudad española se fundó en la misma *ciudad* del Zaque y, entre ellos, el padre Simón precisa el sitio, afirmando que se estableció sobre el cercado de Quiminza:

«A donde habiendo descansado algunos dos o tres días, el de la Transfiguración, que es a seis del mes, pareciendo a él y a sus compañeros a propósito para fundar la ciudad el mismo sitio donde tenía fundado el cacique, por estar en medio de la provincia, tomó posesión en nombre del Rey en el cercado que decían de Quimenza de una ciudad, haciendo todas las ceremonias acostumbradas en las nuevas poblaciones, a quien puso por nombre Tunja.» (Simón [1625] 1981: T. IV, 51 y sigs.).

Seguramente este cronista conoció el acta de fundación de la ciudad, en la cual puede leerse:

«Y luego in continenti, este dicho día seis del dicho mes de agosto susodicho, estando en un llano en presencia de mí el dicho escribano y testigos de yuso Escripatus, encima del cercado que dicen de Quiniza [sic] el muy noble señor capitán Gonzalo Suárez dixo: «...poblaba y fundaba la dicha cibdad de Tunja en el llano encima del dicho cercado que los indios dicen de Quiminza por concurrir en él las ca(lidades que) para semejante asiento de cibdad se requerían...» (Acta de fundación de Tunja, Agosto 6 de 1539).

Es frecuente la confusión entre el cercado de Quemuenchatocha y el de Quiminza debido quizá a que, como ambos detentaron el carácter de Zaque de Hunza, tiende a pensarse en ellos como una sola persona. Lo cierto es que el primero de ellos era un hombre «...ya varón anciano/ de gruesa y espantable corpulencia/» (Castellanos [1601] 1955: T. IV, 228), a quien sucedió su sobrino Aquimín —llamado por los españoles indistintamente Aquiminzaque o Quiminza— hombre joven, de unos 22 años, quien se convirtió al cristianismo y fue bautizado y cuya muerte ocurrió después de fundada la ciudad (Zamora [1701] 1980: T. I, 265 y sigs). Conscientes de la dualidad de personas, es posible entonces entender que el cercado de Quiminza que aparece en el acta de fundación de Tunja y en donde, según el padre Simón, se fundó la ciudad, es distinto del cercado de Tunja referenciado por el mismo cronista y por el acta del cabildo de el 11 de Agosto de 1539 como cercado de Tunja.

Tendríamos entonces tres cercados ubicados en este primer subsector de la parte alta de la ciudad, comprendido entre los barrancos de San Laureano y de San Francisco.

En el segundo subsector —ubicado entre los barrancos de San Francisco y de Santa Lucía— puede hablarse de un cacique y dos capitanes que tuvieron allí su asentamiento; en efecto, el cacique de Boyacá vivió en Tunja antes de la llegada de los españoles y tuvo su cercado en el lugar donde luego se construiría la ermita de Santa Lucía; cerca de él se poblaron varios de sus capitanes con sus gentes. El testimonio de un capitán indígena —dado bajo la gravedad del juramento— en el desarrollo de un pleito colonial estudiado por Eduardo Londoño, resulta particularmente interesante, pues muestra cómo el patrón de residencia se enmarca dentro de un territorio:

«...A los dichos Auria e Auneme e Nembocha... los conoce desde antes de que los cristianos // entrasen en esta tierra, que los conoció que estaban y vivían aquí abajo a donde agora está la carnicería desta ciudad de Tunja e que allí junto a donde agora es Santa Lucía estaba poblado el cacique de Boyacá y toda su gente y estos tres indios los conoció allí juntos poblados un poquito apartados, y que por esta causa sabe que eran sujetos al cacique de Boyacá.» (Testimonio de Comarí, capitán del repartimiento de Foacá. En: Londoño 1984: 268).

Como punto de reflexión sobre la naturaleza de los asentamientos que los españoles llamaron pueblos, ciudades o cortes, cabe destacar que ellos incluyeron las sementeras, tal como puede deducirse del testimonio de otro de los testigos del mismo pleito:

«Este testigo al tiempo que entraron los cristianos ya era hombre y tenía mujer y tenía hijos; y que conóció a los dichos Auria cacique Tunjabsipa y /a su sobrino Auneme que con toda su parcialidad... antes que los cristianos entrasen a esta tierra tenían sus bohíos y tierras y labranza en la parte// y lugar donde están las carnicerías de esta ciudad, y el cacique de Boyacá estaba más adelante poblado y los dichos Auria y Auneme capitanes eran sujetos al cacique Boyacá...» (Testimonio de Pirarigua heredero de Ramiriquí y natural del repartimiento. En: Londoño 1984: 271).

Respecto a la organización política, resulta particularmente interesante destacar cómo, las tres categorías sociopolíticas que en su lugar se explicaron —cacicazgo, capitanía mayor o **Sibyn** y capitanía menor o **Uta**— se hallaban presentes en el asentamiento. En efecto, un testimonio más, dado dentro del mismo pleito, así permite entenderlo:

«...El dicho indio nombrado Nimbocha le conoce por indio grande y que tiene sus parientes poblados de por sí junto al dicho ...Auria// y es indio viejo e conocido y a él le entienden sus parientes y le tienen como capitán, más es sujeto al dicho Auria él y sus parientes...» (Tunja, mayo 1572. En: Londoño 1984: 271).

De manera que podríamos hablar por lo menos de tres unidades de asentamiento en este subsector de la ciudad de Tunja.

Sector bajo (valle oriental)

El valle oriental, utilizado por los españoles como sitio de huertas para los vecinos y aún como haciendas de algunos privilegiados —hacienda del fundador— fue, para los indígenas, un lugar más densamente poblado que en la época colonial. Seguramente era un terreno mucho más fértil que el que constituía el sector alto de la ciudad y poseía, no solamente las mayores fuentes de agua —utilizadas luego por los españoles para abastecer a la ciudad— sino que contaba con las corrientes de los dos ríos que registran los documentos coloniales. En este sector es posible hablar de por lo menos cuatro cercados y de varios bohíos pero, debe anotarse, que los documentos se refieren a algunos como «bohíos viejos», lo cual podría hacer relación a sitios de enterramiento y no a sitios de vivienda.

Comencemos por hablar de un cercado abandonado que un alcalde solicita al Cabildo para albergar a sus indios; dada la localización que propone el documento, es posible ubicarlo en las estribaciones de la ladera de San Lázaro, abajo de la Iglesia Mayor, en línea recta hacia el río:

«Joan de Pineda Alcalde pidió a sus mercedes le hagan merced de un cercado que está debaxo de donde le tienen señalado su solar, para hacer en él donde tenga sus indios, y está hacia el río, sus mercedes se lo proveyeron...» (Agosto 22 de 1539).

El solar de Joan de Pineda estaba junto al de la Iglesia Mayor y, a espaldas de él, se dio otro solar para Joan Esquivel, según consta en acta de agosto 18 de 1539. Un poco más al norte —pero seguramente al mismo nivel— aparecen unos bohíos también abandonados que reclama otro vecino de la ciudad:

«En este cabildo pidió el dicho señor Joan de Salcedo sus mercedes le den unos bohíos viejos que están debajo de su solar del dicho Joan de Salcedo(...)» (Agosto 29 de 1539).

Al señalar el lugar para huertas de la ciudad se utilizó como punto de referencia un cercado quemado y otro que, en ese momento estaba habitado por Tunja el viejo⁵; dada su ubicación, seguramente es el mismo que aparece referenciado como *cercado quemado* o *poblezuelo quemado* en acta del Cabildo de Febrero 11 de 1541, al otorgar a Joan Sanchez una huerta ubicada sobre el camino al mercado después del puente sobre el río:

«En el dicho cabildo fue acordado por los dichos señores Justicias y regidores, que es bien (que) la dicha cibdad tenga señalado término y campo para hasta donde se puedan dar para huertas a los vecinos desta dicha cibdad; por tanto, que sus mercedes señalaban donde se den huertas a los dichos vecinos desta dicha cibdad dende do fenece el dicho prado de suso por sus mercedes señalado y comienza el principio... (pant)ano, el arroyo arriba de una parte, y de otra hasta el pueblo de... que se entiende hasta el **cercado Quemado, abajo del cercado nuevo donde de presente vive Tunja el viejo.**» (Agosto 14 de 1539).

«En este dicho Cabildo proveyeron de una huerta a Joan Sanchez, pasada la puente, **camino del Trangues, en un poblezuelo quemado...**» (Febrero 11 de 1541).

El *Trangues* (Tianguéz: mercado) referenciado en el documento quedaba por el camino de Toca y, por lo tanto, podemos afirmar que los cercados en cuestión estaban después de pasar el río y sobre el mencionado camino.

En los documentos estudiados por Eduardo Londoño aparece un capitán que asegura haber estado asentado en un lugar a orillas del pantano y próximo a Santa Lucía:

«Este que declara tiene muy buena noticia y se acuerda de conocer muy bien antes que los cristianos entrasen en esta tierra a los dichos

5 No debe confundirse a Tunja el viejo con Quemiencha-tocha, el Zaque dejusto. Hay motivos para afirmar que el cacique de Raniriquí era llamado Tunja.

Auría que es capitán de Tunjasipa y a Nemboche ansimismo, porque los trató mucho y estaban poblados cerca donde al presente está la ciudad de Tunja, los cuales estaban poblados muy cerca del cacique Boyacá que estaba poblado ayabajo... y que este que declara estaba poblado muy cerca dellos, en el pantano...» (Testimonio de Siabune, indio chontal, capitán de Buisa de la encomienda de Gregorio Xuarez. En: Londoño 1984: 269).

Por el camino de la fuente, es decir, entre el puente de San Francisco y la Fuente de Aguayo, Francisco de Tordehumos solicitó se le otorgara una huerta encima de unos bohíos de indios:

«En este cabildo presentó una petición Francisco de Tordehumos e pidió por ella sus mercedes le reciban por vecino y le provean de una huerta, camino de la fuente a mano derecha donde estaban unos ranchos de indios (...)» (Febrero 27 de 1542).

Sobre el camino del mercado —el mismo que conducía a Toca— dos vecinos solicitaron huertas *sobre unos bohíos viejos*:

«En este cabildo pidieron por petición Joan Valenciano e Pedro de la Madrid sendas huertas encima de Miguel Sánchez, donde solía haber unos bohíos viejos (...)» (Octubre 10 de 1541).

Sabemos que la huerta de Sánchez quedaba en valle oriental y cerca del camino del mercado, porque en actas del Cabildo consta que lindaba con la de Juan de Quiralte ubicada sobre el camino (Septiembre 25 de 1541 (147)).

El sector bajo de la ciudad —formado por el valle nororiental— debió estar densamente poblado en épocas prehispánicas, seguramente por la fertilidad del valle y la abundancia de agua, en contraste con el sector alto. Es precisamente en este sector donde hay un mayor número de testimonios que hablan de bohíos o casas particulares de indios.

Los sitios religiosos

Hasta el momento, hemos intentado aproximarnos a la localización de los sitios de habitación y, enseguida, debemos detenernos en los espacios religiosos que, en otra ocasión, señalamos como cruciales en la vida social de los muiscas.

Debemos recordar que el mismo poder del Zaque tenía cierto carácter «teocrático-militar» derivado de la autoridad religiosa del Sogamoso, constituyéndose en una suerte de «brazo armado» de su poder espiritual. Al respecto, vale la pena seguir la narración del obispo cronista:

«En lo que sí convienen todos los indios mozcas, es en haber sido antiquísimo el señorío de Tunja; a que añaden los tunjanos haber

tenido principio con la autoridad suprema de uno de los más antiguos pontífices de Iraca en esta manera: que como éste viese que todos los caciques de los mozcas, entre quienes estaban repartidas las tierras, anduviesen mezclados en guerras de unos con otros, a cuyo remedio no podía acudir con armas que le estaban prohibidas, como a persona dedicada solamente (por razón de su oficio) a todo aquello que tocase a la religión, en conformidad de la potestad que a sus antecesores dejó vinculada Idacanzas (que es lo mismo que Bochica de quien hemos tratado), dispuso con la autoridad de sus Consejo que eligiesen un Rey supremo a todos, que los gobernase; para lo cual concurrieron todos a su presencia y resignados en su elección les dio por rey a uno de los presentes, el más bien quieto y apacible de todos que fue Hunzahúa.» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 103).

Aguado refuerza esa connotación teocrática del poder del Zaque:

«Tunja mediante ser hombre supersticioso y que se mostraba ser perfecto en la observancia de su idolatría y en la interpretación de los oráculos de sus simulacros, con lo cual se hizo persona poderosa y de mucha reputación y veneración acerca de los bárbaros de esta provincia de Tunja...» (Aguado [1581] 1906: 270).

Estos testimonios no solamente explican el origen de la autoridad del Zaque, sino que advierten sobre su habilidad en la «interpretación de los oráculos de sus simulacros» mostrándonos, por un lado, al Zaque como líder religioso y militar y, por otro, a Tunja como lugar de adoratorios y sitios rituales. Recordemos también las referencias —presentadas anteriormente— sobre bohíos de muertos y templos que llaman la atención por su abundancia.

Vestigios de esa vida religiosa permanecen en la tradición tunjana que ha mantenido, a través de los siglos, cierto hálito sacro alrededor de sitios como los Cojines del Diablo, Las Moyas o La Cuca, lugares que no aparecen referenciados por los cronistas pero que están allí y siguen manteniendo a su alrededor todo el encanto brumoso del misterio.

Valdría anotar que la ubicación de los santuarios no es gratuita —tanto de los que aparecen reseñados en documentos coloniales como de los que han perdurado en el espacio y en la tradición hasta hoy— y ocupan una zona relativamente definida al nororiente de la ciudad.

Los Cojines del Diablo

Llámanse Cojines del Diablo o del Zaque, dos cilindros contiguos ubicados en la parte norte —a media ladera de San Lázaro en su zona oriental— tallados sobre la laja viva de la loma (Fotos 7 y 8). El más septentrional —ligeramente mayor en tamaño— tiene un diámetro de 1,10 m y está divi-

TUNJA y sus alrededores - Los Cojines de los Muiscas



Foto 7. Los «Cojines del Diablo». Fotografía tomada a comienzos de este siglo, como tarjeta postal.

dido en dos partes por una recta de orientación norte-sur. La parte más occidental forma un plano inclinado desde los 25 hasta los 8 cm de altura; la recta divisoria estaría trazada a 30 cm del punto más bajo. El cilindro meridional tiene un diámetro de un metro, está también dividido



Foto 8. Aspecto de los «Cojines del Diablo» en 1990.

e, igualmente, su parte occidental es un plano inclinado desde los 30 hasta los 15 cm sobre la laja; la divisoria está trazada a 40 cm del punto más bajo.

Los Cojines del Diablo han sido considerados por la tradición tunjana como adoratorio y centro ceremonial indígena. Lograron cierta atención por parte de los estudiosos del siglo pasado, a partir de una publicación sobre ellos aparecida en 1847 en París, publicación que se debió a la diligencia de dos ilustres historiadores colombianos: don Manuel Vélez, quien en sus correrías arqueológicas por Boyacá los visitó y describió y el general Acosta quien los dio a conocer a Jomard para su publicación en el Boletín de la Sociedad Geográfica de París correspondiente al mes de agosto de 1847. Posteriormente, la Comisión Corográfica los registró, pero debemos a don Liborio Zerda su difusión, al dar cuenta de ellos en una serie de artículos que, bajo el nombre de El Dorado, publicó en el Papel Periódico Ilustrado.

En 1928, el gobierno de Boyacá erigió el sitio en parque turístico. Las obras de adaptación y de infraestructura que esa destinación implicó, indudablemente deterioraron el lugar, pues se construyeron jardineras de ladrillo que obligaron a horadar la laja y, aun cuando hoy se ha vuelto el sitio a su estado inicial, las huellas del cemento perduran y confunden.

La Loma de los Ahorcados, primer nombre español del sitio en donde se hallan, tiene una connotación de sacrificio en la tradición desde los primeros tiempos de la colonia; basta recordar el por qué de su nombre:

«Como se conoció cuando entraron los españoles, hallando en un cerro que está a las espaldas de la ciudad de Tunja al poniente, mu-

cha suma de palos hincados y cuerpos en ellos, de donde le vinieron a llamar hasta hoy el Cerro de la Horca. Porque no era menester ser muy grave el delito para hacer hincar en aquel cerro un palo abierto por medio con la punta de arriba y metiéndole en la abertura el pescezo, allí lo dejaban, dando el alma con brevedad.» (Simón [1625] 1981: T. III, 245).

Las Moyas

Con el nombre de Las Moyas (Fotos 9 y 10) se conocen ciertas piedras areniscas cuya parte superior plana presenta oquedades que tienen entre 25 y 30 cm de diámetro. Según las gentes de la región, se trata de piedras de «antigua», es decir, indígenas. La primera se localiza en el extremo nororiental de la ciudad, en el cañón del río La Vega o Farfacá que divide la Loma de San Lázaro de la de Motavita, sitio que recibió el nombre de «Teta de Agua» y que actualmente se conoce como San Ricardo; está en la margen izquierda del río a pocos metros del Puente Restrepo. Aguas arriba se han ubicado otras diez piedras horadadas, actualmente en estudio.



Foto 9. «Moya», piedra arenisca con orificios circulares.

Pozo de Donato

Referenciado desde los primeros tiempos y relacionado con el pantano del nororiente de la ciudad, fue legendario incluso para los primeros españoles pues, según chismes y consejas de los primeros años de la ciudad colonial, el tesoro del Zaque habría sido dado en custodia a las profundidades del pozo. La búsqueda del supuesto tesoro acabó la fortuna de Donato, un extranjero que, si bien no logró vaciarlo, sí consiguió inmor-



Foto 10. Rocas («Moyas»), en la vega del río Farfacá.

talizar un nombre ingenuo en sus aguas (Simón [1625] 1981: T. III, 257). Pero antes de los españoles, la tradición indígena ya le atribuía un origen mítico:

«Este Hunzahúa se enamoró de una hermana que tenía de buen parecer, y no pudiendo conseguir sus sensuales intentos por la vigilancia con que la guardaba la madre, dio traza de hacer viaje a la provincia de los chipataes, a comprar algodón de que aquella provincia ha sido abundantísima, con intentos de que lo acompañara su hermana para cumplir con ella lo que traía de su afición. Como sucedió pues dándole licencia la madre para que fuera con él, a pocos días de como volvieron, hecho de ver el mal recado, viéndola que le crecía el vientre y los pechos. Con que encendida en cólera cuando lo adivinó, tomó la ana, que es el palo con que se menea la chicha cuando se quiere (porque la estaban haciendo en esta sazón) y arremetiendo a la moza para darle con él, para ampararse del golpe se puso detrás de la gacha donde se hacía, que no le fue de poco provecho, pues la descargó sobre ella la ira de la madre, quedando la masa de la chicha derramada y la gacha quebrada, en memoria de lo cual se abrió la tierra y recibiendo la chicha quedó hecho un pozo de ella, aunque convertida en agua, que ahora llaman el pozo de Donato por lo que dejamos dicho (Simón [1625] 1981: T. III, 410).

La Cuca

Se conoce con el nombre de La Cuca, un conjunto de 36 piedras pintadas localizadas en las márgenes del río La Vega o Farfacá en la vereda Tras del Alto de Tunja; actualmente son objeto de estudio.

Cercado grande de los Santuarios

El padre Simón, refiriéndose a los mitos y costumbres religiosas de los muisca, habla del templo que el cacique Goranchacha pensaba edificar en honor del sol en predios de Tunja y ubica el lugar al norte de la ciudad:

«Cerca de las postreras casas del pueblo a la parte del norte donde ahora llaman las cuadras de Porras, hizo edificar un templo a su padre el Sol donde lo hacía venerar con frecuentes sacrificios...» (Simón [1625] 1981: T. III, 422).

Tanto la historiografía como la tradición tunjanas suelen ubicarlo en los actuales predios de la Universidad. Hernández de Alba excavó el lugar en 1937 y llamó a las estructuras de piedra que encontró, Templo de Goranchacha (Fotos 11 y 12), pero anotó que el círculo de litos posiblemente es obra de una cultura anterior a los muisca y que éstos solamente lo habrían aprovechado conservando su carácter ritual (Hernández de Alba 1937).



Foto 11. Estructura lítica conocida como el «Templo de Goranchacha».

Una lectura de las Actas del Cabildo, en los primeros años de la ciudad española, permitiría corroborar la ubicación y seguramente desentrañar el sentido que para los muisca tenía el lugar.

Los primeros ediles dieron al sitio el nombre de *Cercado grande de los Santuarios*, apelativo que de por sí resulta dicente. Los españoles llamaron «santuarios» a los templos y a las sepulturas, sitios en donde habitualmente encontraban el oro de saqueo, de manera que, para los

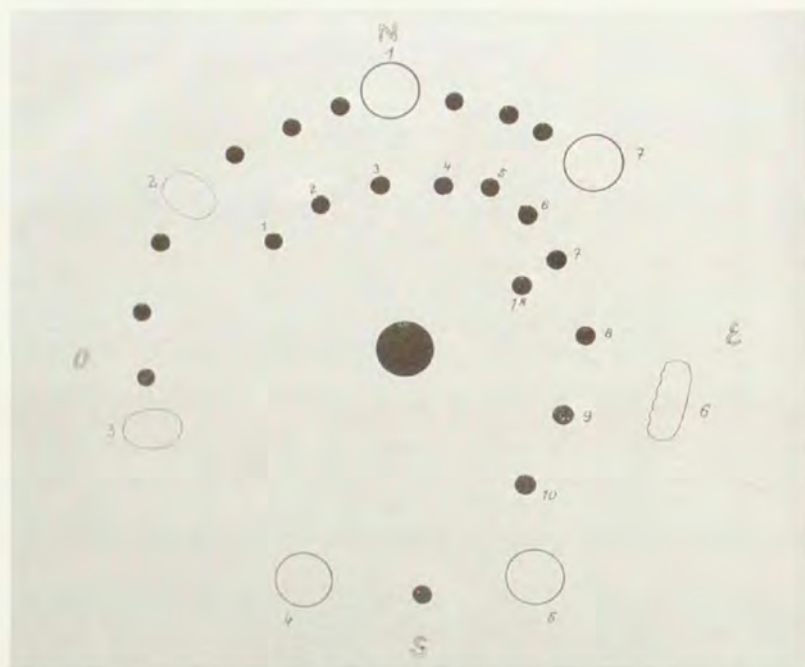


Foto 12. Reconstrucción del «Templo de Goranchacha» según Hernández de Alba (1937).

muisca de la época en que llegaron los españoles, el sitio en discusión conservaba su carácter sagrado. El epíteto de «grande» que acompaña a cercado cada vez que se nombra, evidencia una construcción mayor que las habituales y, la aclaración «de los Santuarios» termina de especificarlo, indicando que, a más del cercado, había múltiples bohíos de adoración o de enterramiento. Esto nos obliga a pensar en un sitio de cierta extensión y suficientemente conocido, tanto que pudo servir de parámetro delimitatorio desde las primeras reuniones del Cabildo. En efecto, en acta de agosto 14 de 1539, es decir, a escasos ocho días de la fundación de la ciudad española y en uno de los primeros actos administrativos del Cabildo —el de señalamiento del ejido de la ciudad— dice:

«Dende encima del **cercado grande de los Santuarios** que está encima del río, a mano izquierda, por un camino que va a Bermejo, a media ladera subiendo en aquella loma en aquel derecho la loma delante el camino de Paipa hasta los primeros bohíos que son del Multavita.»

El cercado estaba entonces a la margen izquierda de un río cuyo nombre otros documentos ayudan a precisar:

«En este dicho cabildo los dichos señores Justicia y Regimiento proveyeron de dos huertas al señor Gobernador en una llanada de aquel cabo de la fuente, cabe los cercados grandes junto a la

vera del arroyo que viene de las quebradas de hacia Sáchica en lo mejor.» (Diciembre 16 de 1540).

El punto de referencia de «La Fuente», nos remite a una de las dos relacionadas en la descripción de Tunja de 1610 y, la aclaración *junto al arroyo que viene de las quebradas de hacia Sáchica*, no nos permite dudar: evidentemente se trata del actual río La Vega o Farfacá, que nace en un cañón próximo al camino que conduce a Sáchica y a la antigua Fuente de Aguayo.

Por otra parte, los trabajos de arqueología de salvamento realizados por el profesor Eliécer Silva Celis en 1974, con ocasión de la construcción de las residencias de profesores en el sector actualmente denominado La Colina, permitieron ubicar rastros de construcciones. Los posteriores trabajos de Neila Castillo y los actuales del Equipo de Arqueología de la UPTC, también han hallado ese tipo de vestigios pero, quizá lo más interesante, sea la abundancia de enterramientos humanos en toda el área, entierros que, en algunos sitios, presentan una densidad de dos por metro cuadrado.

Ahora bien, si pensamos en la ubicación de los sitios religiosos, encontraremos que todos ellos están situados hacia el norte y hacia el oriente de la ciudad —en el rincón donde coinciden las lomas de Motavita y de San Lázaro— de manera que sería posible trazar rectas imaginarias uniendo los diversos puntos para obtener el perímetro de un espacio cuya utilización se relaciona con actividades religiosas.

Los mercados

La importancia comercial de Tunja solamente puede entenderse en la medida en que comprendamos que el «camino de occidente» era la ruta que comunicaba el comercio muisca con tres amplios mercados a saber: el del valle del Magdalena, el del occidente colombiano y el del norte. El mercado del Magdalena comprendía no solamente el valle del río —donde los *bohíos de contratación* y las embarcaciones cargadas dieron a Jiménez de Quesada la clave para la conquista del altiplano— sino también el rico mercado de los poseedores de las minas de esmeraldas y el de los cacicazgos independientes que entre ellos y los muisca se asentaron.

El mercado del occidente colombiano seguramente llegaba al altiplano después de haber pasado por muchas manos. Lo conocemos a través de los caminos que diversos autores señalan como el que, según Trimborn (1949: 66), unía a los quimbayas con los muisca previo paso del valle del Magdalena.

El mercado del norte seguramente utilizó la misma ruta del río Magdalena, por donde llegaron los caracoles marinos a las tumbas del altiplano y por donde viajaron los productos muisca a Santa Marta

y las llanuras del Caribe. El radio de acción de estos mercados y sus redes de comunicación fueron ampliamente documentados por Langebaek (1987).

El camino de occidente, o mejor, los caminos de occidente, eran una serie de trochas que, alrededor de dos rutas básicas, bajaban hacia el Magdalena combinando el trazado terrestre con la utilización de los ríos. Una de ellas —la del Opón— fue utilizada por Jiménez de Quesada en su ascenso al altiplano y la otra —la que llamaron del Carare— fue descubierta por los españoles solamente en 1543, cuando dejó de ser utilizada por los indios recién conquistados y entró en administración por parte de los cabildos, especialmente el de Vélez.

La situación de Tunja como uno de los puntos de incidencia del camino, la obligó a tener dos tipos de mercado —uno exterior y otro interior— que aparecen diferenciados en crónicas y documentos. Recordemos que Tunja tuvo que vivir necesariamente cierta situación de frontera constante que la caracterizó y dio cohesión al Zacazgo. En efecto, la consuetudinaria lucha con los cacicazgos independientes hacia de sus límites occidentales una frontera exterior y, la proximidad a la línea esmeraldífera Somondoco-Muzo, que implicaba un camino Guachetá-Turmequé-Somondoco, la convertían en lugar obligado de influencia en el comercio sobre largas distancias.

El mercado interior debió revestir una importancia notable pues consta, no solamente su frecuencia, sino la reunión de gentes de todas las condiciones, inclusive la de caciques y notables:

«En el pueblo de Tunja es costumbre muy antigua que de cuatro a días se hacía y hace un mercado en el propio pueblo del cacique, adonde acudían a tratar y contratar, vender y comprar infinitas gentes de todos los estados, al cual así mismo venían muchos caciques y señores principales, así por contemplación del cacique de Tunja, en cuyo pueblo se hacía, como por sus particulares intereses y grangerías, de lo cual nunca se despreciaron estos bárbaros por grandes y principales señores que fuesen, porque todos en general son dados a la avaricia, y aunque algunas personas graves los han querido hacer exentos de este vicio no han podido.» (Aguado [1581] 1906: 206).

La descripción de Aguado devela el carácter del comercio desde dos ángulos bien interesantes: por una parte, presenta el carácter de cohesionador social del mercado —al cual se acude a la contemplación del cacique— y, por otra, demuestra el interés económico que anima a los concurrentes, aún a la nobleza. El carácter de este mercado tuvo cierta connotación social y política que sólo podría interesar a los sujetos al cacique de Tunja y, por tanto, su radio de acción económica debió ser igualmente reducido.

En cuanto a la localización del mercado interior, se insiste en el sitio del cercado del cacique quien, en la época de la narración del cronista, era Aquimín. Podríamos afirmar entonces que el mercado se realizaba en una de las planicies altas del subsector comprendido entre el barranco de San Laureano y el de San Francisco y, más concretamente, en el sitio donde se fundó la ciudad.

En cuanto al mercado exterior —cuya importancia señalan los documentos de los primeros tiempos— sabemos que se realizaba al final del valle oriental, hacia el nororiente, en un monte bajo atravesado por el camino que conduce a Toca y que las actas del cabildo llamaron el *cerro del Trangues* (mercado). Este fue, indudablemente, un lugar suficientemente conocido y determinante en la vida del asentamiento, puesto que fue rápidamente reconocido por los españoles y utilizado como parámetro de ubicación. Por ejemplo, al otorgar un predio rural al fundador de la ciudad, se dice:

«En este dicho cabildo proveyeron al señor capitán Gonzalo Suarez, capitán y justicia mayor de esta cibdad e provincia de Tunja, dos solares (...) así mismo le señalaron estancia de la otra parte del arroyo, como van de esta cibdad al pueblo de Cieneca, junto al pueblo de Soracá que es de Francisco Rodriguez, a vista del cerro del Trangues (...) así mismo le señalaron dos caballerías en el pueblo de la Palma, de la otra parte del agua y contrario a la caballería del señor teniente y entre la llanada que está junto al pueblo del Trangues con una fuente y encima de lo que está poblado, donde está Tunja.» (Diciembre 31 de 1539).

Otros vecinos menos importantes recibieron huertas cuya referencia de ubicación volvió a ser el mercado:

«En este dicho Cabildo proveyeron de una huerta a Joan Sanchez, pasada la puente, camino del Trangues, en un poblezuelo quemado...» (Febrero 11 de 1541).

Además, podríamos afirmar que su importancia para los indígenas fue suficiente como para que existieran dos caminos de acceso desde la ciudad:

«En este dicho Cabildo proveyeron de una huerta a los dichos señores Pedro Bravo de Rivera, entre dos caminos que van desta Cibdad al Trangues, alinde del arroyo, en el dicho camino.» (Junio 23 de 1541).

Los españoles también fueron conscientes de la importancia económica del mercado exterior de Tunja y, apenas a un año largo de la fundación de la ciudad, el Cabildo tuvo que ordenar un pregón que prohibiera a todos los españoles concurrir al Trangues —sin importar la condición que detentaran— bajo multa de diez pesos de buen oro (Octubre 8 de 1540).

La ubicación del mercado exterior de Tunja —el Trangues de los documentos— es posible gracias a la importancia que el Cabildo le otorgó

como mojón; a los documentos que, por vía de ejemplo, presentábamos en tal sentido, agregaríamos uno más que aclara su posición respecto del asentamiento:

«En este dicho cabildo se proveyó de una caballería al capitán Gomez del Corral desde el herido del agua, el arroyo abajo hasta una vuelta que da el mismo arroyo donde el medidor hizo un mojón, lo que alcance por aquel derecho, de ancho y tomando desde la dicha agua, por lo largo, la vuelta del Trangues que atraviesa el camino a Toca. Entiéndese que el herido del agua es del dicho Gomez del Corral.»
(Febrero 11 de 1541).

El sitio señalado por los documentos puede corresponder a un cerro próximo a la Fuente de Soya dividido por una pequeña depresión por donde pasa la actual carretera a Toca; en su promontorio derecho están los predios correspondientes al batallón del ejército y, en el promontorio izquierdo, los terrenos destinados a la construcción de la cárcel municipal de Tunja; uno y otro presentan vestigios arqueológicos⁶.

Finalmente, debemos advertir que, junto al mercado; se dio un asentamiento que los documentos registran, lo cual podría sugerirnos la presencia de un cercado o, por lo menos, de un conjunto de construcciones que bien pudieran entenderse como casas de contratación, pues unas veces se habla de él como bohíos o ranchos de indios y otras como un posible cercado, como el documento, arriba transcrito, que lo llama el pueblo del Trangues.

Estudio arqueológico

Sistema de registro

Para efectos del estudio arqueológico general de los terrenos de la Universidad se estableció una nomenclatura basada en coordenadas cartesianas (ver Mapa 1); para ello se procedió a dividir las 56 fanegadas de sus predios en cuadrados de 100 x 100 m —nominados alfabéticamente y orientados en forma concéntrico-circular— tomando como cuadrado inicial el «Templo de Goranchacha» (A). Las líneas de tales cuadrados se trazaron atendiendo a las coordenadas geográficas establecidas por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC. Cada cuadrado fue subdividido en otros de 10 x 10 m, hasta llegar a la unidad básica de un metro por un metro. Por motivos prácticos se conservaron los nombres de los diferentes lotes de la Universidad pero se ubicaron dentro de la nomenclatura establecida.

Como resultado de los trabajos de prospección, se establecieron tres categorías de predios acorde a la importancia del patrimonio histórico-

⁶ No podemos descartar la posibilidad de que el sitio señalado por los documentos correspondiera al cerro de Pirgua, el más sobresaliente en la región, sobre el cual no tenemos ningún registro arqueológico.

arqueológico subyacente y, mediante acuerdo del Consejo Superior de la UPTC en 1991, se determinaron normas para su conservación.

El sitio de estudio —Laboratorio-La Muela— corresponde al cuadrado N, ubicado entre las ordenadas 70-50 y las abcisas 41-60 de nuestra nomenclatura (Mapa 3). La intervención, no autorizada, de una motoniveladora en un lote de reserva, afectó un área de 300 m², formando una franja a lo largo de los laboratorios de Metalurgia. La máquina alteró en distinto grado los diferentes sitios, obligando a establecer una división que a ello atendiera. Se denominó entonces Zona 1 —El Andén, comprendida entre las cuadrículas N 58-59, 68 y N 42-46, 57— a aquella que no fue intervenida por las máquinas y que por ende conservó la totalidad de su estratigrafía; Zona 2 —N 53-60,70 y N 44-57, 55— a aquella que sufrió la mayor intervención y donde solamente pudo conservarse el último estrato, y Zona 3 —N50-56,54 y N 50-56,53— a la que perdió el nivel superficial. Para efectos de contextualización se dejó un muro testigo de 28 m.

Topografía y estratigrafía

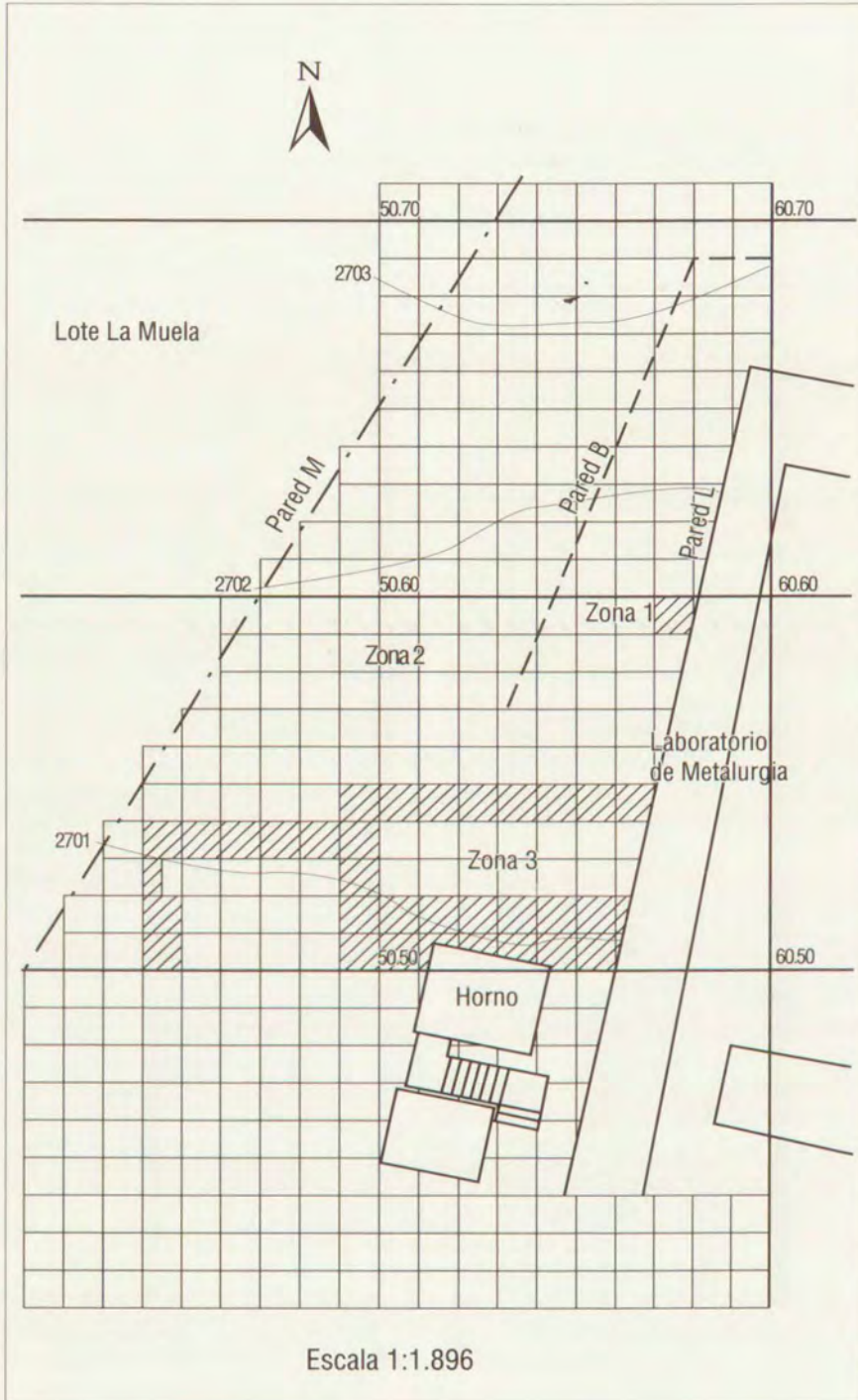
La topografía de los terrenos de la Universidad permite distinguir entre los predios inclinados más altos —por encima de los 2.700 m.s.n.m.— y las zonas planas, más bajas, contiguas al río La Vega (Farfacá) (ver Mapa 1). Los predios altos se caracterizan por ser de inclinación variable, como parte que son de la ladera de la loma que separa a Tunja de Motavita. Las tierras bajas forman una planicie ligeramente inclinada que remata en el antiguo pantano formado por el curso del río La Vega y los desagües de la Fuente Grande⁷. En su parte inclinada, los terrenos corresponden básicamente a la formación Bogotá (B.T) y a afloraciones de la formación Cacho (TC) y, en su parte plana, a depósitos cuaternarios coluviales (Q.c) y al cuaternario aluvial (Qal).

Las zonas inclinadas presentan vestigios de bohíos de vivienda y de enterramiento, abundante material cerámico, lítico y óseo, fogones, enterramientos dispersos y conjuntos funerarios. En la parte plana se encontraron la mayor parte de los litos; en ella se ubica el «Templo de Goranchacha» y, por la acumulación constante de materiales arrastrados, contiene una estratigrafía adecuada para el estudio de la secuencia cultural. En esta parte, a la altura de los 2.690 m.s.n.m., se estableció un perfil estratigráfico de dos metros de profundidad, en el cual pudieron diferenciarse claramente ocho estratos, todos con material cultural; debe anotarse que los estratos 4 y 7 presentan la mayor concentración. El estrato 7 —hacia el nivel más profundo de la estratificación— pudo fecharse en 1.030 ± 80 d. C. (Beta 26196).

La parte inclinada ha sufrido continuas intervenciones. La construcción del edificio central de la Universidad y de las vías de acceso implicaron el aplanamiento de 13.000 m² y, en algunos lugares, se rebajó en más de un metro el nivel original. Para fortuna nuestra, el sitio Laboratorio-La Muela permaneció libre de intervenciones de consideración y en él

⁷ La rectificación del curso del río y el drenaje de los desagües de la primera mitad de este siglo han hecho que hoy el sitio sea utilizable para construcciones y vías.

Mapa 3. Areas de excavación. Laboratorio-La Muela.



solamente se acusan los efectos producidos por los procesos de arado y utilización agrícola. No obstante, dada la intensa actividad humana desarrollada en el pasado y su utilización constante como sitio de enterramientos, presenta algunas dificultades en la interpretación de la estratigrafía; por ejemplo, la necesidad de cavar los pozos de los entierros en sitios ya utilizados, produjo la alteración de la secuencia cronológica de los estratos (ver Distribución estratigráfica).

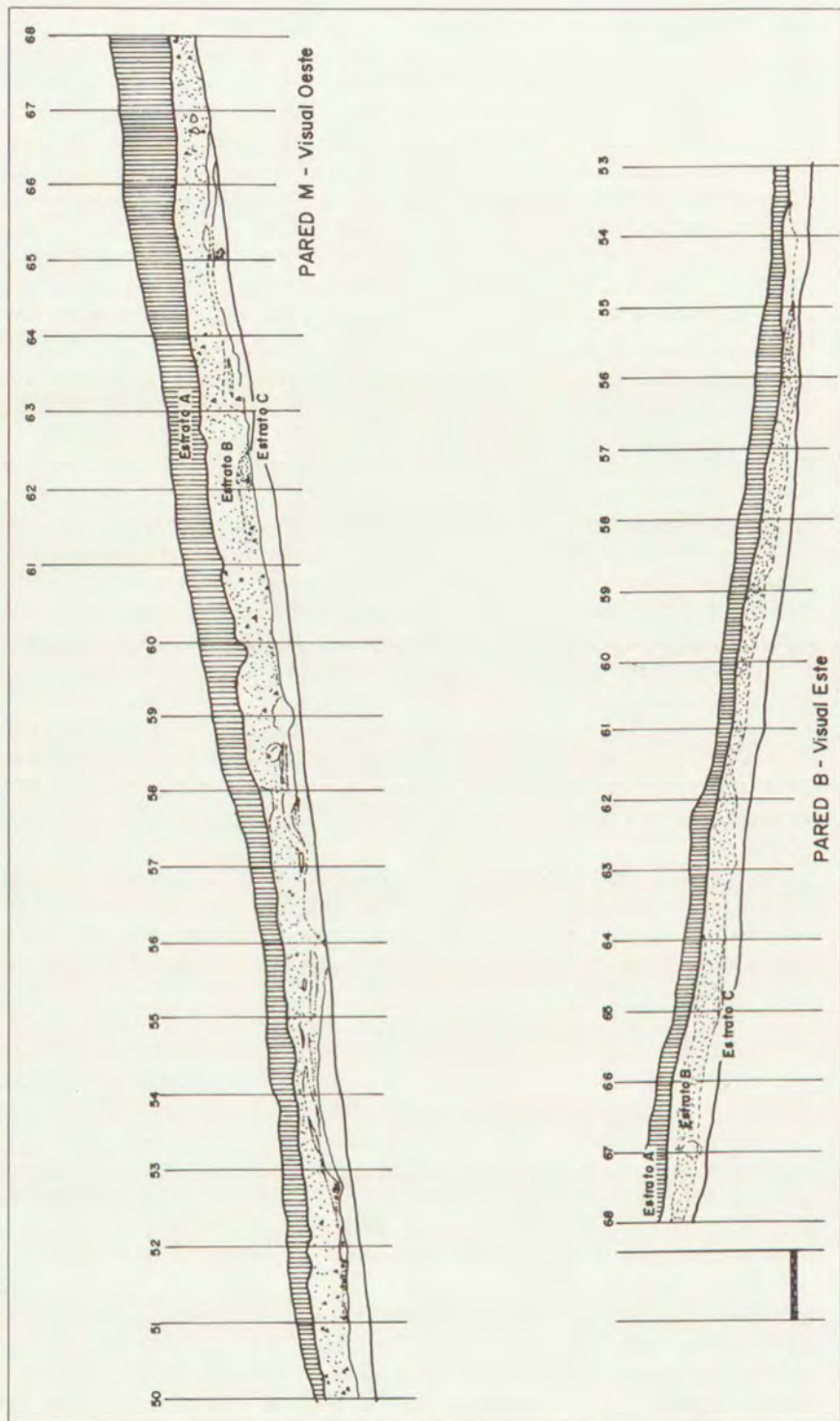
Entre las cotas 2698 y 2715, en el lote Laboratorio-La Muela, se pudo obtener un perfil estratigráfico de 80 a 110 cm de profundidad y 28 m de largo (ver Foto 13, Resumen de estratigrafía y Perfil).



Foto 13. Perfil estratigráfico, pared oeste. Laboratorio-La Muela.

Resumen de la estratigrafía. Laboratorio-La Muela.

Estratos	Capas edafológicas (P. Botero)	Material Cultural
A 0-30 cm Franco-Arenoso Pardo	A1 A2 Mayor contenido de material orgánico y limo.	Alta concentración, material heterogéneo acumulado por arrastre
B 30-60 cm Franco-Arenoso Gris	B1 Eólico, arenas gruesas. Suelto. B2 Material orgánico abundante. Compacto. B3 Similar a B1	Máxima concentración de carbón, caracol, óseo animal, vegetal carbonizado, cerámica, líticos y óseo humano.
C 60-80 cm Franco-Arenoso Amarillo	Alto contenido de hierro, pocas arenas. Formación aluvial.	Huecos de poste, canales y la mayor concentración de enterramientos. Escaso material cultural fuera de las tumbas.
D 80... cm Arcillas	Arcillas	Sin material cultural



Enterramientos humanos

Como anotamos en otra ocasión, el sitio excavado hizo parte del lugar que correspondió al Cercado grande de los Santuarios, sitio ritual y de enterramiento tanto en el pasado de los muiscas como en una época posterior a la conquista. En sus cercanías, parece haber existido un lugar funerario de gentes del período Herrera como señala el hallazgo de un entierro mencionado en la sección introductoria.

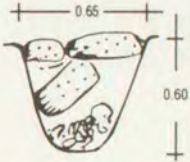
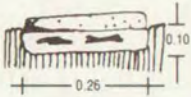

Con el estudio de los entierros podemos integrar la información que se sistematiza en los apartes siguientes ya que, en el sitio de los enterramientos, se manifiestan una serie de costumbres relacionadas con el manejo ritual de la cerámica, ofrendas de alimentos de origen animal y vegetal, uso de fuego, etc.

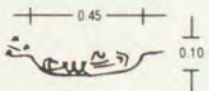
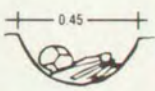
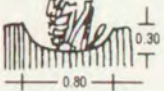
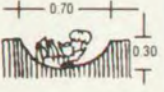
El conjunto de entierros estudiado es heterogéneo desde el punto de vista de las personas: hay niños y adultos, hombres y mujeres. La gran diversidad en las formas de las tumbas, los ajuares funerarios y otros elementos rituales, posiblemente refleja diferenciación de estatus o de especialización social o, igualmente, podría mostrar la variedad de conceptos culturales que cambiaron con el tiempo. El corpus estudiado es insuficiente para establecer contrastes entre factores que están presentes simultáneamente ¿Cómo establecer, por ejemplo, una diferenciación de estatus con base en una ofrenda consistente en el hueso de un animal traído desde los Llanos o un conjunto de cinco vasijas? ¿Qué valor atribuir al entierro de un niño en una tumba con cámara, a diferencia de un niño cubierto con ocre y tapado con una laja?



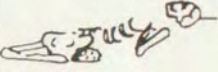
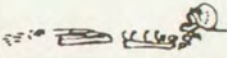
El total del área trabajada —300 m— presenta una notoria concentración de sepulturas: 33 en total. En la Zona 1 —El Andén— donde se pudo hacer el registro completo de 21 entierros, se obtuvo una densidad de uno cada tres metros (Cuadro entierros de Tunja y Mapa 4).

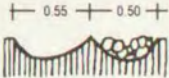

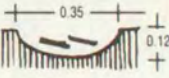

En el lugar pudo encontrarse una construcción circular de 15 m de diámetro, determinada por el apisonamiento del terreno, por huellas de postes —con diámetros de 20 a 25 cm— y por los vestigios de una zanja que la circunda y que seguramente cumplía la función de recibir las aguas lluvias del techo y de servir de desagüe. Asociada a esa construcción, aparece otra de menor tamaño, a juzgar por la consistencia de los postes que la sostuvieron —que no necesitaron huecos de más de diez cm de profundidad— y por el diámetro total de cinco metros. Recordemos los testimonios que al respecto dejó el padre Simón cuando describe un entierro encontrado en la provincia de Tunja en «...una casa antigua y deshabitada...», y afirma que a los muertos «...los ponían dentro de bohíos que tenían dedicados como para entierros...» y que «...era costumbre hacer un pequeño bohío sobre el sepulcro.» (Simón [1625] 1981: T. III, 256; 407; 423).

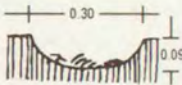



Entierros de Tunja. Entierros localizados por EA en 1986 dentro de la UPTC, en una colina hoy próxima a los edificios de los Laboratorios de Física. Se revisó un área aproximada de 600 m². Dos entierros aparecen dentro de una posible planta de vivienda.


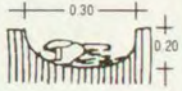


Tumba		Esqueleto			Elementos asociados
Loc.	Forma y dimensiones	Posición	Orientación	Descripción	
N0093 	Planta circular, pozo cónico. Ancho 65 cm. Prof. 60 cm.	Sentado con miembros recogidos.	Cráneo al SE	Niño 2 a 3 años. Cráneo con deformación lamboidea muy marcada. Esqueleto completo.	
N0110				Adulto. Mayor de 21 años.	
N0148 	Planta oval. Pozo. Ancho 26x36 cm. Prof. 10 cm.		Niño. Recién nacido. No está completo. Huesos coloreados.	Laja de 25x22 cm, sobre los huesos, coloreada. Frag. lítico, frag. hueso de venado.	
N0327 	Planta circular. Pozo cónico. Ancho 75 cm. Prof. 65 cm.	Decúbito lateral, piernas y brazos recogidos.	Cráneo O, cuerpo SO.	Mujer. 30 años. Esqueleto completo en muy buen estado, señas de calcinación en algunos huesos.	Vasija. Muchos frag. cerámicos y un núcleo lítico, dentro de la tierra que recubría la osamenta.

Tumba		Esqueleto			Elementos asociados
Loc.	Forma y dimensiones	Posición	Orientación	Descripción	
N0036 	Planta circular. Pozo lenticular. Ancho 45 cm. Prof 10 cm.			Adulto. Esqueleto incompleto, no hay cráneo. Huesos con ocre.	2 huesos de animal
N0306 	Planta circular. Pozo semiesférico. Ancho 45 cm.	Decúbito piernas y brazos recogidos.		Esqueleto en muy mal estado. Señas de calcinación en algunos huesos.	
N0050 	Planta oval. Pozo lenticular. Ancho 80 cm. Prof. 30 cm.		Sentada	Adulto. No aparece cráneo.	Dentro de la tumba una mano de moler y frag. cerámicos. A un lado de la tumba gran acumulación de piedras.
N0048 	Planta circular. Pozo lenticular. Ancho 70 cm. Prof. 30 cm. Nivel a 10 cm sobre la superficie.	Acostada, miembros recogidos.	Cuerpo al NO	Niño? Esqueleto completo, muy destruido y con ocre.	Muchos fragmentos cerámicos.

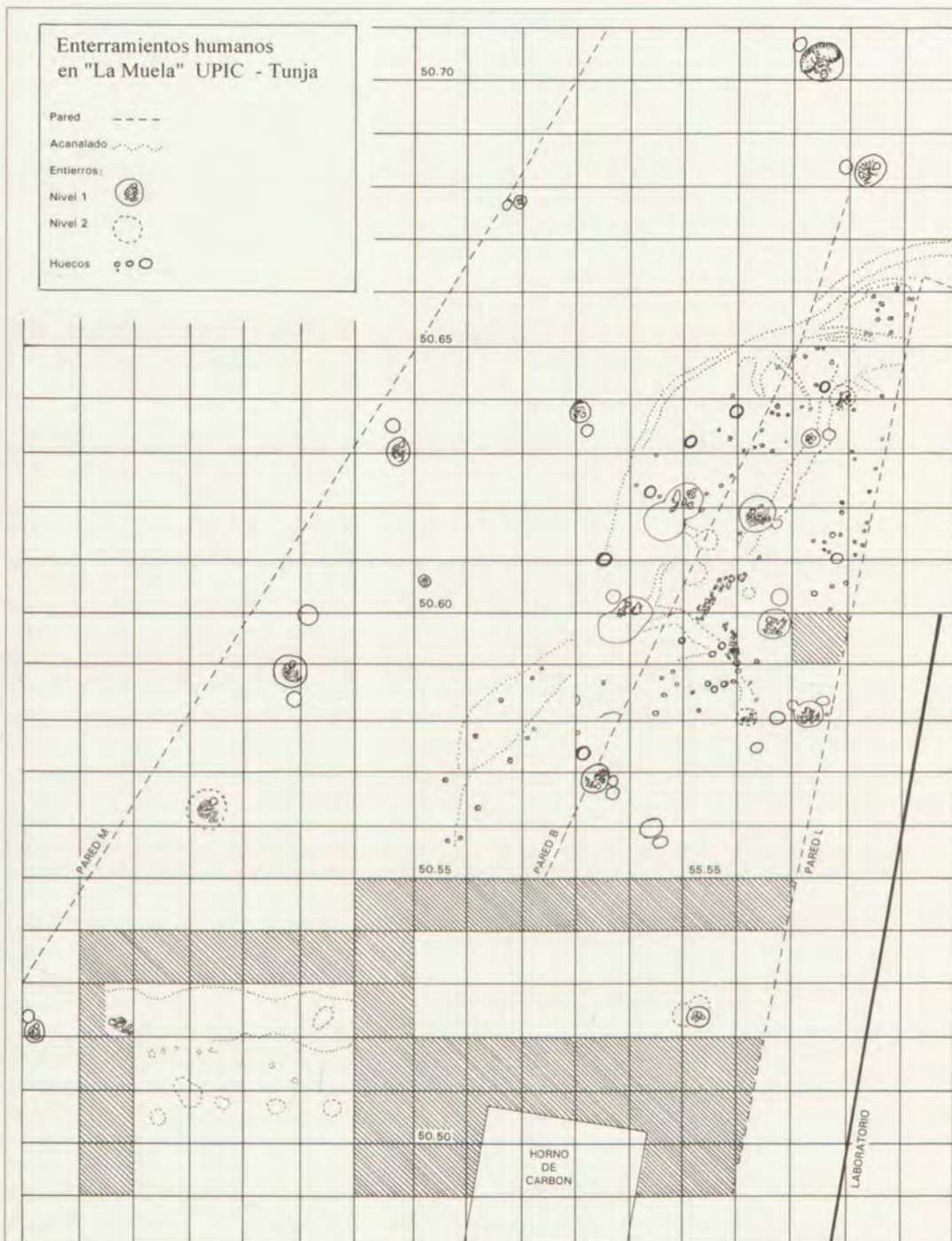
Tumba		Esqueleto			Elementos asociados
Loc.	Forma y dimensiones	Posición	Orientación	Descripción	
N0002 	El esqueleto fue colocado sobre un piso de tierra endurecida.	Sentado con miembros recogidos.	E	Mujer 30-35 años.	Frag. de mano de moler. Frag. hacha de piedra.
N1004 	Colocado dentro de un canal artificial de 45 cm de ancho y 10 cm de prof.	Acostado con miembros recogidos.	NO	Niño. 5-6 años	Vértebra de venado bajo la cabeza, frag. hueso largo de venado, frags. de cerámica.
N55,60 	Directamente sobre el piso.	Acostado. La parte superior de las piernas estirada, la parte inferior recogidas.	NE	Mujer	
N56,59 	Directamente sobre el piso.	Acostado, miembros aparentemente estirados.	SE	Adulto. Masculino? Enfrentado por la cabeza con otro esqueleto (N55,60). Muy deteriorado, cuerpo irrecuperable.	

Tumba		Esqueleto			Elementos asociados
Loc.	Forma y dimensiones	Posición	Orientación	Descripción	
N0043	Doble planta oval. Pozo lenticular con cámara. Ancho 55 y 50 cm. Prof. 35 y 30 cm. 	Decúbito, piernas y brazos recogidos		Adulto. Esqueleto en muy mal estado, señas de calcinación en algunos huesos.	5 vasijas: 3 múcuras y 2 copas. Tierra endurecida en el fondo.
N0003	Planta circular. Pozo cónico. Ancho ext. 70 cm. Ancho int. 23 cm. Prof. 65 cm. 	Sentada. Brazos estirados hacia abajo, piernas recogidas y cruzadas.	Cráneo al O. Cuerpo al E.	Masculino? Adulto. Esqueleto completo muy fragmentado. Cráneo con señas de calcinación.	
N0467	Planta circular. Pozo semi-esférico. Ancho 35 cm. Prof. 12 cm. 			Niño. Sólo están los huesos largos.	
N54,60	Planta oval doble. Pozo lenticular con cámara. Ancho ttl. 85 cm. Prof. 20 cm. 			Adulto. Esqueleto muy fragmentado.	5 vasijas: 1 múcura, 3 copas, y chorote. Caracol, huesos de venado.

Tumba		Esqueleto			Elementos asociados
Loc.	Forma y dimensiones	Posición	Orientación	Descripción	
N0005 	Planta oval. Pozo semicircular. Ancho 30 cm. Prof. 9 cm.		Cuerpo al 0	Niño. Esqueleto completo.	Aguja de hueso, caracol, sesamoideos de venado.
N0006 	Planta circular. Pozo cónico. Ancho 70 cm. Prof. 50 cm.	Sentada, extremidades recogidas.	Cuerpo al SE	Mujer.	Encima de la osamenta había terrones de tierra. En la tierra que rodea, frag. cerámicos.
N0008 	Planta circular. Pozo circular. Ancho 75 cm. Prof. 37 cm.	Sentada, extremidades recogidas	Cuerpo al N	Mujer. 30-35 años.	Piedra de 15 cm. Ceniza en el fondo de la tumba.
N0001 N0009 	Planta circular. Pozo con dos cámaras. Ancho ext. 80 cm. Prof. 50 cm. Prof. ttl. 105 cm.	Sentado, extremidades recogidas. Decúbito dorsal, recogido.	Cráneo al SE Cráneo al E	Niño. 3 a 5 años. Niño. 5 a 6 años.	Collar, cuenco cerámico. 2 piedras tapaban la entrada a la primera cámara.

Tumba		Esqueleto			Elementos asociados
Loc.	Forma y dimensiones	Posición	Orientación	Descripción	
N0018 	Planta Circular. Doble pozo cónico con depósito semiesférico. Ancho 65 y 30 cm. Prof. 55 y 30 cm.	Sentada. Miembros recogidos.	Cuerpo al N	Mujer. 30-40 años. Esqueleto completo, con señales de calcinación en algunos huesos.	En el pozo principal: vasija con medio tortero adentro y un metate en el fondo de la tumba (28x25 cm). En el depósito: 8 frag.lífticos, dos núcleos de chert entre ellos.
N0688 	Planta circular. Pozo semiesférico. Ancho 30 cm. Prof. 20 cm.	Miembros recogidos.		Niño. Esqueleto completo.	
N46,56 	Planta circular. Pozo semiesférico. Ancho 80 cm. Prof. 30 cm.	Sentada		Niño. Esqueleto completo.	
N0051 	Planta circular. Pozo. Ancho 80 cm. Prof. 30 cm.	Acostada. Lateral, con miembros recogidos.	Cráneo al E	Adulto. Esqueleto completo.	La tumba estaba sellada por una tierra endurecida. Sobre este entierro hubo dos más.

Mapa 4.



El piso encontrado tiene además abundantes huellas de construcciones de menor talla, especialmente dentro de la estructura mayor y allí los entierros están asociados a gran cantidad de material orgánico, tierra compactada en forma laminar donde se encuentra carbón, semillas de maíz y frijol así como caracoles. Los múltiples huecos pequeños parecen corresponder a las barbacoas mencionadas por los cronistas, en las que se «muquiaba» a los muertos dentro de los bohíos. El padre Simón relata cómo, en el templo del sol de Sogamoso, se encontraron unos cuerpos secos puestos en barbacoas o poyos de cañas y cómo «...*los cuerpos de los difuntos se ponían a fuego manso en barbacoas.*» (Simón [1625] 1981: T. III, 262; 407).

Estas distintas evidencias nos permiten plantear la hipótesis de que, originalmente, los muertos se dispusieron al interior del bohío sobre barbacoas y allí, a manera de ofrenda, se quemaron semillas y alimentos y se regaron líquidos que compactaron el material.

La condición en que se encontraron estos muertos sugiere el abandono posterior del bohío, hipótesis que avalarían las crónicas para el sitio de Tunja: el padre Aguado, por ejemplo, anota cómo los españoles encontraron oro en «...*bohíos muy viejos y antiquísimos que daban a entender ser sepulturas de muertos...*» (Aguado [1581] 1906: 155).

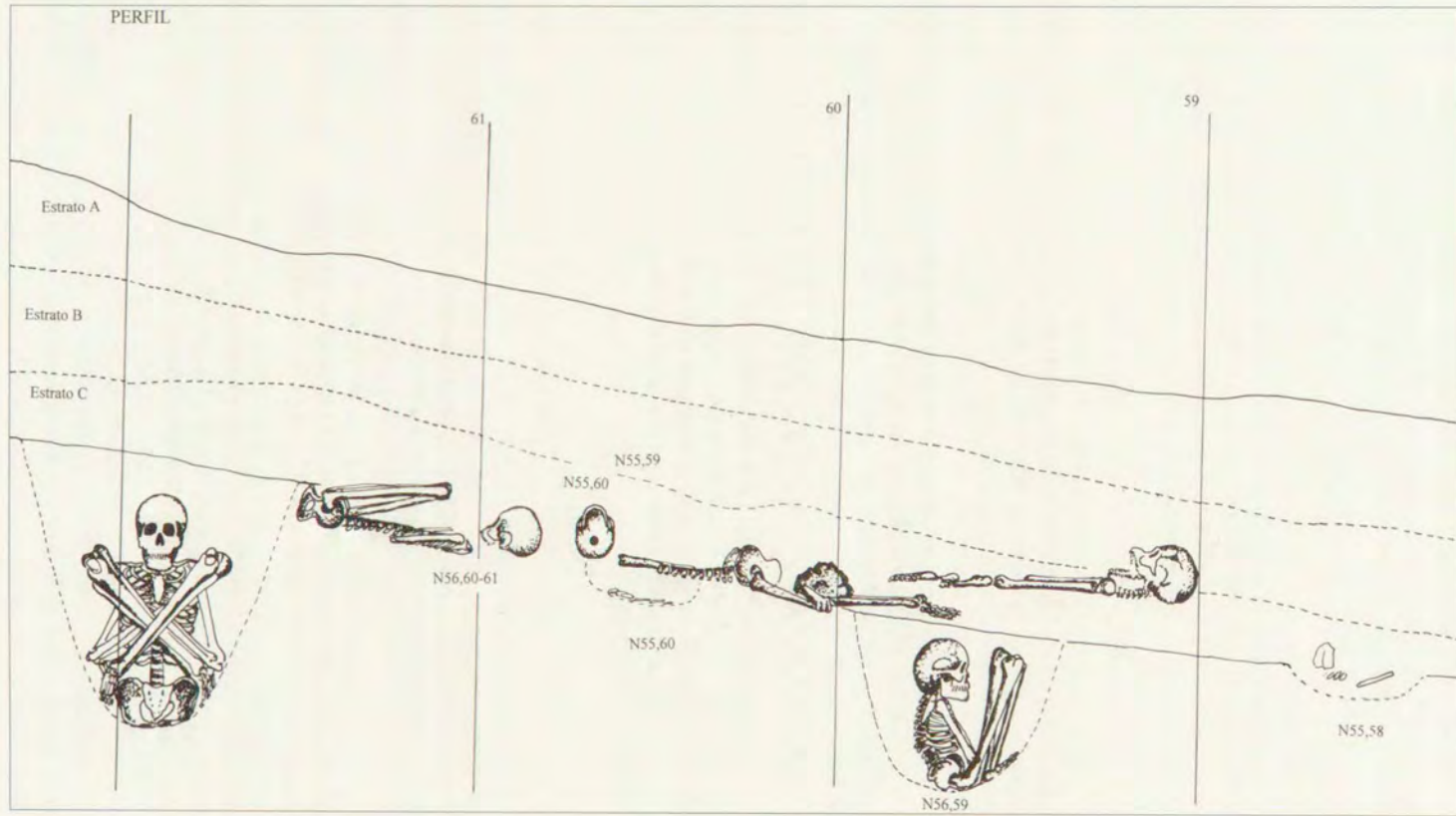
El total de enterramientos excavados fue de 31, al cual debe agregarse el registro de dos que habían sido saqueados y de tres casos de restos óseos incompletos. La mayor concentración de individuos se encuentra dentro de la construcción mayor, 19 en total, es decir, el 61% de los entierros hallados.

Distribución estratigráfica

El mayor número de enterramientos —22 individuos— se ubica a partir del estrato C, en tumbas de pozo con profundidades que oscilan entre los 30 y los 70 cm; su posición es generalmente sedente, con los miembros recogidos (ver Perfil enterramientos E1).

Un segundo grupo —9 enterramientos— se reparte entre los estratos B, BC, y C en tumbas externas. Una de éstas aparece sobre un poste de tamaño pequeño. Este tipo de tumba correspondería, de acuerdo a esta superposición, a un segundo momento de utilización, caracterizado por formas y espacios diferentes; los entierros colocados sobre el estrato C poseen rasgos particulares, como el hecho de que los cuerpos fueron acunados o sostenidos, mientras que otros aparecen acostados como si se hubieran caído.

La temporalidad de los enterramientos en relación con los estratos no es clara, debido a la perturbación ocasionada por la utilización del sitio para entierros a través del tiempo. Así, por ejemplo, una



tumba de pozo del estrato C, contenía materiales y carbón fechados en 150 ± 80 a. C (Beta 35078) y, para el material que aparece encima de ella —a 20 cm—, se obtuvo una fecha de 630 ± 60 d. C. (Beta 38786): hasta aquí, podríamos pensar en dos ocupaciones muy definidas en el tiempo pero, el cuerpo colocado en dicha tumba, fue fechado en 1760 d. C. (Beta 38786), en plena época colonial. Si esta última fecha es correcta, podríamos pensar que, hasta la época hispánica, el lugar fue utilizado para enterramientos y que hasta ese tiempo se conservaron las formas indígenas: se trata de un entierro de pozo profundo, el cadáver tiene el cuerpo recogido, su posición es sedente y presenta además señales de haber sido expuesto al fuego antes de ser enterrado, tal como se hacía anteriormente. Estos entierros tardíos, además de perturbar la estratigrafía anterior ocasionando el problema de las fechas mencionado, puede ser también la causa de la dispersión de huesos, como es el caso de un cráneo y una mandíbula (N57,62 y N58,62).

Tipos de tumbas

Tumbas internas

Un total de 22 tumbas penetran en el estrato C y en la capa de arcilla. Son estructuras en las que se reconoce cierto alisamiento de las paredes y una forma determinada; en algunos casos, se recubrieron las paredes con barro y se les dio un mejor acabado:

Tumbas de pozo

La planta presenta forma circular u ovalada, con diámetros entre 65 y 80 cm. Son cavidades ubicadas entre 60 y 75 cm de profundidad, con forma cónica, semiesférica o cilíndrica. Se presenta un caso de pozo con cámara (N53,57), donde se enterraron dos niños. En otro caso, la tumba tiene un pequeño depósito a un lado (N57,58). Estas tumbas tienen un acabado más cuidadoso.

Tumbas de medio pozo

Es el tipo de tumba más abundante (Fotos 14 y 15) con 14, de las 22 tumbas internas. La planta es ovalada o circular y su diámetro varía entre 30 y 75 cm. La cavidad es de 10 a 40 cm de profundidad, con un promedio de 35 cm. La forma del pozo es lenticular o semicircular. En este grupo se encuentran dos tumbas con estructura doble: dos medios pozos unidos (N54,62 y N54,60). Igualmente, se presenta al lado de la tumba de medio pozo N56,57, a 50 cm, un depósito con materiales diversos.

Tumbas externas.

Algunos individuos no aparecen dentro de una estructura. Se presentan en el estrato B y sobre el C:



Foto 14. Entierro de un adulto de unos 20 años, en tumba de medio pozo. Laboratorio-La Muela.



Foto 15. Entierro de hombre adulto en tumba de medio pozo.

—El cadáver aparece sostenido y sentado sobre el piso. En dos casos (N57,64 y N56,56) se les colocó sobre el estrato C sosteniéndolos, en posición vertical, apisonando tierra sobre su punto de apoyo.

—Los cuerpos están acostados sobre el piso. Tres individuos, ubicados dentro del bohío y cerca uno de otro, aparecen acostados en el estrato B.

Estos son los entierros asociados a gran cantidad de material orgánico y ubicados en proximidad de las zonas de múltiples huecos correspondientes al parecer a barbacoas.

El cuerpo

Como se señaló anteriormente, el grupo de personas enterradas es heterogéneo. Con excepción de una relativa ausencia de varones adultos en las tumbas de pozo, en general no se puede apreciar una correlación entre los siguientes factores: sexo, edad, ubicación en la estratigrafía, localización al interior o al exterior del bohío y formas de tumbas. La independencia de estos rasgos en el conjunto estudiado se puede apreciar en el Cuadro 2.

Cuadro 2. Entierros por edad y sexo, en relación al tipo de tumba y su localización estratigráfica y espacial.

Estrato	En bohío		Fuera bohío		Total			Tipo de tumba		
	B-BC	C	B-BC	C	B-BC	C	T	Pozo	Medio p.	Externa
Hombres		2	1	2	1	4	5	1	2	1
Mujeres	2	2		3	2	5	7	3	1	2
Adultos	3	4	2	2	5	6	11		7	5
Niños		3	1	2	1	5	6	3	2	1
Bebés		1		1		2	2		2	
Total	5	12	4	10	9	22	31	7	14	9

La manera como se dispuso el cuerpo antes de enterrarlo fue, generalmente, con los miembros superiores e inferiores recogidos en distintos grados: en unos casos es total mientras que en otros es menor. Los brazos y manos están dirigidos hacia la cara o hacia los hombros y, en algunas ocasiones, cruzan las piernas. En muchas oportunidades esta disposición se ha modificado después de la muerte al separarse los miembros del cuerpo. Los individuos «caídos» son atípicos al respecto, pues sólo presentan recogimiento moderado en las piernas. Creemos que esta disposición tuvo que iniciarse en el momento de la muerte mediante ataduras.

Según refiere Ezequiel Uricoechea ([1854] 1971: 60), las momias halladas en cavernas en Tunja estaban «...sentadas con los dedos pulgares atados juntos con torzales de hilo de algodón...» Esta costumbre es practicada actualmente por los piapocos y sikuanis del oriente colombiano, para evitar que «escape el responsable de la muerte.»

Siete de los treinta y un muertos (23%) presentan huellas de calcinación en algunos huesos; el cráneo del entierro N49,63, tiene estrías que permiten deducir que la exposición al fuego se realizó cuando todavía conservaba

tejido muscular (G. Correal, comunicación personal). Posiblemente, entonces, a los muertos se les recogían los miembros y los exponían al humo o al fuego antes de enterrarlos. En otro sector de enterramientos —a unos 50 metros del sitio estudiado— encontramos un cuerpo que fue enterrado, completamente reducido, en una tumba cilíndrica de unos 35 cm de diámetro, donde no hubiera podido haber cabido recién muerto.

Cumplido este primer tratamiento de recogimiento y desecación, se acomodaba el individuo en la tumba, en posición acostada o sentada. La posición sedente es la más generalizada, ya sea en las tumbas de pozo, en las de medio pozo o en las externas donde el individuo aparece sostenido. La posición acostada de lado se presenta en uno de los muertos del entierro doble (N53,57). Un segundo caso es el entierro N55,54 localizado fuera del bohío en una tumba de medio pozo de forma cilíndrica, único caso con esta forma. Otros tres individuos estaban acostados boca arriba, en tumba externa dentro del bohío.

Hay algunos casos en que, por el deterioro de los huesos o por estar incompletos, no se pudo establecer la posición en que fueron enterrados primaria o secundariamente. Tal es el caso de dos entierros en tumbas de medio pozo dobles (N54,62 y N54,60).

Características físicas

Craneometría

Para establecer las características craneométricas, cinco cráneos de adultos en buen estado de conservación fueron analizados por el profesor José Vicente Rodríguez del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Bogotá, como parte de la medición de un total de 62 cráneos provenientes del sitio de la UPTC y de poblaciones vecinas a Tunja.

Consignamos, en el Cuadro 3, las características de los cinco cráneos pertenecientes al área de este estudio; igualmente, se señala la ocurrencia de deformación craneana —en este caso Lamboidea (L)— de dos hombres y una mujer.

Morbilidad oral

Del estudio de morbilidad oral en cráneos provenientes de la UPTC —realizado por los profesores Héctor Polanco Narváez y Benjamín Herazo Acuña del Departamento de Odontología de la U. Nacional y por José Vicente Rodríguez del Departamento de Antropología— transcribimos, en el Cuadro 4, los datos pertinentes a los cráneos provenientes del área estudiada. Se puede apreciar un alto porcentaje de dientes sanos en relación con los que fueron examinados. Para el conjunto de cráneos de Tunja, el índice COP «...es bajo si se contrasta con los existentes en las poblaciones contemporáneas de América Latina y Europa.» (Polanco, Herazo y Rodríguez 1990).

Cuadro 3. Medidas craneométricas.

	N57,64	N49,63	N57,58	N55,52	N47,57
Sexo	F	F	F	M	M
Edad	30-35	30-35	25-30	35-40	20
Deformación			L	L	L
1. Diam. Antero-post. max	174,0	175,0	171,0	172,0	179,0
2. Diam. Transverso max.	131,0	135,5	135,0	141,0	128,0
17. Alt. Basibregmática	126,0	132,0	127,0	138,5	134,0
20. Alt. Porion-bregma	-	116,6	110,6	117,6	109,5
5. Long. Nasio-basion	-	96,0	92,5	97,5	98,5
9. Anch. Frontal mín.	88,9	94,5	89,0	95,0	101,0
10. Anch. Frontal max.	110,0	119,0	110,0	113,0	117,0
11. Anch. Biauricular	-	121,0	116,0	120,0	122,0
29. Cuerda Frontal	110,0	106,2	101,3	101,0	105,3
FS. Subtensa frontal long.			18,8	14,5	-
FS. Subtensa trans			13,7	14,0	-
31. Cuerda occipital	95,0	98,6	91,0	101,5	93,5
OS. Subtensa occipital			30,8	27,0	-
45. Anch. Bicigomático	-	124,0	121,0	136,0	134,0
MB. Anch. hueso malar				51,2	
MS. Subtensa malar				9,1	
MH. Altura hueso malar				21,3	
40. Long. Basioprosthion	-	97,0	89,0	100,0	
48. Alt. nasion-alveolar	65,0	72,0	62,4	61,7	73,5
47. Alt. nasion gnathion	-	116,0	-	104,2	121,0
43. Anch. frontomolar temp.	99,7	102,4	98,5	109,2	109,0
43(1). Anch. fronto mol orbit			90,8	97,8	
S10w. Subtensa naso frontal			14,0	12,8	-
46. Anchura cigomaxilar	-	89,3	-	96,7	
2MA. Anchura Cigomaxilar ant.		-		96,7	-
2MS. Sbtensa Cigomax ant.		-		20,2	-
60. Long. maxiloalveolar	54,0	56,5	48,3	53,3	57,1
61. Anchura Maxiloalveolar	61,0	58,2	57,0	64,6	66,7
62. Long. Palatina	53,0	55,0	48,1	46,7	49,0
63. Anch. Palatina	40,0	38,5	40,0	42,7	46,4
55. Alt. Nasal	45,0	48,5	45,3	44,3	49,6
54. Anch. nasal	24,5	22,3	24,3	26,2	24,3
50. Anch. interorbital ant.	17,4	19,9	17,4	20,2	22,3
51. Anch. orbital mf	39,8	40,0	40,0	40,2	42,1
51a. Anch. orbital d	36,5	37,5	36,3	37,7	39,0
52. Anch. orbital	33,0	32,7	32,4	32,1	35,6
SC. Anch. simiótica min.	10,0	11,8	7,5	7,8	11,0

	N57,64	N49,63	N57,58	N55,52	N47,57
Sexo	F	F	F	M	M
Edad	30-35	30-35	25-30	35-40	20
Deformación			L	L	L
SS. Sbtensa simiótica					
DC. Anch. dacrial	21,0	22,2	22,5	22,8	24,4
DS. Subtensa dacrial					
FC. Profund. fosa canina				-2,6	
75(1). Angulo nasal					
71a. Anch. min. rama asc.	33,3	31,5	30,0	38,7	32,0
65. Anch. bicondilea	112,0	119,6	-	124,4	122,0
66. Anch. bigoniaca	91,0	89,2	-	99,1	94,0
70a. Alt. condilar proyec.	53,0	58,0	-	55,0	52,2
69(3). Grosor cuerpo mand.	11,6	13,6	-	13,0	
69. Alt. sinfisial	32,0	37,2	-	33,9	39,0
69(2). Alt. cuerpo mand. M2	27,0	28,0	-	25,7	25,3

Cuadro 4. Dientes cariados, extraídos, sanos y presentes.

Entierro	Sexo	Edad	Sanos	Cariad	Perdido	COP	Examin.	Presen.
N 55,52	M	35-40	18	4	0	4	22	22
N57,58	F	35-40	8	2	5	7	15	10
N 0348			32	0	0	0	32	32
N 57,64	F	30-35	18	4		7	25	22
N 47,58	M	20	30	0	0	0	30	30
N 53,57a		niño	4	0	0	0	4	4
N 53,57b		niño						

COP: cariados, obturados, perdidos.

Cuadro 5. Otras patologías en dientes.

Entierro	0	1	2	3	4	5	6	7	9
N55,52	0			22					10
N57,58	0			10					17
N0348	2			30					
N57,64	0			22					7
N47,58	0			30					14
N53,57a	4			0					2
N53,57b									

Códigos: 0 = negativo. 1 = incisivos en clavija. 2 = germinación o fusión. 3 = atrición. 4 = fracturas coronarias. 5 = opacidad. 6 = hipoplasia. 7 = otras. 9 = no aplicable.

Respecto a otras patologías en los dientes (Cuadro 5), «la alta prevalencia de cráneos con estructuras dentales afectadas por la atrición

y el también alto porcentaje de dientes afectados con relación al total de examinados y el promedio por cráneo, corresponde con la gran mayoría de estudios sobre cráneos prehistóricos; Mandel adjudica esas patologías a la masticación de sustancias rígidas que favorecieron la aparición de un fuerte desgaste oclusal, la recesión de los tejidos periodontales y el impacto de los alimentos directamente sobre la cresta gingival.» Las anomalías dentomaxilares de los cráneos estudiados (Cuadro 6) son las mismas encontradas en la muestra total de Tunja estudiada por el equipo de Polanco, Herazo y Rodríguez, quienes concluyen al respecto: «...sobresale la alta prevalencia de apiñamiento y diastemas y mordida cruzada posterior, con tasas superiores a las que presenta la Colombia contemporánea, lo cual podría explicarse por condicionamientos genéticos, conservación de los dientes y otros fenómenos biológicos.»

Cuadro 6. Anomalías dentomaxilares.

Entierro	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
N55,52								X		X
N57,58										
N0348							X			
N57,64							X			
N47,58								X		
N53,57a										
N53,57b								X		

Códigos: 1 = paladar hendido. 2 = labio fisurado. 3 = sobreposición maxilar. 4 = sobreposición mandibular. 5 = mordida cerrada. 6 = mordida abierta. 7 = apiñamiento. 8 = diastema. 9 = mordida cruzada anterior. 10 = mordida cruzada posterior.

Elementos asociados

Dado el carácter funerario del sitio estudiado, prácticamente todos los materiales considerados presentan algún grado de asociación con los enterramientos. Se trata de objetos que conforman el ajuar funerario, elementos relacionados con el enterramiento y la realización del ritual y, por último, materiales depositados en un momento posterior al enterramiento, que de alguna manera tienen relación con la naturaleza mortuoria del lugar.

El grado de asociación más evidente se refiere a los objetos que conforman el atuendo del muerto. En el conjunto estudiado, sólo se encontraron en dos entierros: uno de ellos, es un niño que fue enterrado con un collar de cuentas de caracol y una muela de humano; el otro, un adulto que llevaba un collar formado por 35 cuentas de piedra, caracol y colgantes de hueso (ver Foto 26).

Varios objetos aparecen dentro de la tumba, muy cercanos al cuerpo, principalmente piezas cerámicas enteras. En este contexto funerario, las vasijas cumplían probablemente el papel de contenedores de alimentos para

el camino al más allá, pues quienes morían «...pasaban a otras tierras muy retiradas donde habían menester toda esta prevención...» (Piedrahita [1666] 1973: T. I, 60). El hallazgo de conjuntos de vasijas —unas dentro de otras— podría expresar esa función (Foto 16). Es presumible que la cerámica funeraria también reflejara la condición personal del muerto; tal puede ser el sentido de las vasijas antropomorfas que podrían representar personajes tutelares o aludir al estatus social de la persona enterrada (Foto 17). Pero también, en el vecindario de la zona estudiada, las vasijas fueron usadas como urnas funerarias, especialmente para niños. El significado de la cerámica en el contexto funerario es entonces múltiple.

Las vasijas de los entierros no presentan señas de uso y, en su mayoría, se distinguen por sus formas, su decoración y su pasta, de las piezas domésticas. En un caso también —el entierro N54,60— se incluye, excepcionalmente, junto a las copas de carácter ritual, un chorote doméstico con señas de haber sido utilizado para cocción. Las múcuras sólo están presentes en los entierros; su decoración incluye aplicaciones de animales y rostros humanos, también exclusivas de estas vasijas. El uso de piezas enteras se presenta en cinco casos: dos adultos, dos mujeres y un niño. Hay un sexto caso en que la vasija está relacionada con los muertos acostados; es uno de los ejemplares elaborados con mayor esmero (N56,60) (Fotos 18 y 19).

Si bien parece clara la categoría de cerámica funeraria, hay que tener en cuenta la presencia de fragmentos cerámicos —que incluyen muchos utilitarios— tanto en el relleno como en los alrededores de los entierros. Es destacable, además, la existencia de vasijas «remendadas» que sugieren un significado especial.

La presencia —dentro del relleno o en los alrededores de la tumba— de herramientas o fragmentos de artefactos y objetos de uso diario, podría sugerir una función como ajuar o como objeto votivo.

La identificación de los elementos y rastros resultantes del desarrollo del ritual de enterramiento no siempre es fácil; en particular, es problemático diferenciar estos elementos de los depositados casualmente en desarrollo de otras actividades o por arrastre natural.

Al muerto se le tapaba, o se le rodeaba para sostenerlo, con tierra apisonada que contiene fragmentos de objetos, de huesos etc. o, como indica la presencia de múltiples huellas de postes pequeños, se lo dispuso en barbacoas. Es probable que dentro del bohío se celebraran ceremonias posteriores, lo que explicaría la aparición de semillas y tuzas carbonizadas, caracoles, huesos de animales, compactación de tierra con materia orgánica y de ocre sobre las tumbas.

Los restos de fauna y flora están presentes, depositados durante el ritual funerario o como emblemas personales. Son abundantes en toda el



Foto 16. Vasijas colocadas una dentro de otra, halladas en un entierro. Laboratorio-La Muela.

área estudiada los restos dispersos de venado y de curí, con acumulaciones mayores justamente en el vecindario de los entierros. Cabe aquí recordar la observación de Uricoechea ([1854] 1971: 60) quien anota cómo se «encontraron huesos humanos acompañados de algunos tejuelos en oro y cornamentas de venado.» Los ratones —algunos de ellos articula-



Foto 17. Múcura antropomorfa en su sitio de hallazgo.



Foto 18. Conjunto de vasijas que acompañaban un entierro. Laboratorio-La Muela. dos— se hallaron en el regazo del muerto, mientras que otros animales — felinos, cánidos y armadillos— traídos de los Llanos, se hallaron sistemáticamente por fuera del bohío de enterramiento.

Otros animales frecuentemente asociados a los enterramientos —a veces en aglomeraciones importantes— son los caracoles, especialmente



Foto 19. Múcuras y copas asociadas en un entierro.

los del género *Plekocheilus*. Los ejemplares grandes del género *Eugladena*, provenientes de tierra caliente, se colocaron al lado de los muertos; en una ocasión, dentro del caracol, se pusieron los huesos de una pata o mano de felino o cánido, a manera de ofrenda. En otro caso, un caracol *Eugladena* aparece en el relleno de un entierro infantil.

Material cerámico

El universo cerámico analizado comprende 15 vasijas enteras y unos 100.000 fragmentos; de ellos, el 44% son diagnósticos y corresponden a bordes, cuellos completos o fragmentados, asas, hombros, bases y fragmentos decorados. Para la determinación de las formas y la decoración se trabajaron 10.000 fragmentos que permitieron reconstruir 804 vasijas y, para el estudio tipológico se seleccionó una muestra de 20.000 fragmentos, recogidos en un área de nueve metros cuadrados —correspondientes al corte N55-59,62-60— donde se hallaron numerosos enterramientos.

Características generales y estratigráficas

La distribución numérica del material cerámico por estratos no presenta notorias diferencias, aunque advertimos que en el estrato B se registra la mayor concentración (31,8%).

La cerámica estudiada apareció, en términos generales, en cercanías o en asociación directa con los enterramientos. Las vasijas enteras se ha-

llaron dentro de las tumbas —encima o a un lado de los cuerpos— y, los fragmentos, dispersos en todas partes: dentro de la tierra que rellenaba las tumbas, encima y alrededor de ellas; algunos presentan restos de carbón en las superficies y en los cortes, testimonio de una quema posterior a su fractura. La cantidad de fragmentos encontrados, la forma de dispersión y su relación con los enterramientos sugieren una reutilización de la cerámica doméstica en un sitio ritual.

Cuadro 7. Inventario general de entierros y algunas de sus características.

Entierros	Edad	Sexo		Tumba	Elementos asociados
		Cra.	Cad.		
Internos					
N 57,70	N 2-3			P	Laja. Def. Cráneo. Caracol.
N 58,68	Ad +21		F, 62 gr		
N 51,67	Bebé			M.P.	Laja. Ocre.
N 57,63	Ad			M.P.	
N 53,63	Ad			M.P.	
N 49,63	Ad 30	F	F, 78 gr		Vasija doble.
N 54,62	Ad			2 (M.P.)	5 vasijas completas.
N 56,61	Ad	M	F, 60 gr	P.	
N 56,60	Bebé			M.P.	
N 54,60	Ad			2 (M.P.)	5 vasijas completas.
N 50,60	N			M.P.	h. largo.
N 56,59	Ad	F	F, 78 gr	P.	
N 57,58	Ad 35-40	F	F, 68 gr	P.	Olla globular, depósito.
N 55,58?					
N 47,58	Ad 20	F/M		M.P.	
N 56,57	Ad			M.P.	Ocre.
N 53,57a	N 7-8			P/C	Laja. Cuenco. Collar.
N 53,57b	N 4			P/C	Laja.
N 46,56	Ad	F		M.P.	
N 54,55	N			M.P.	Ocre.
N 55,52	Ad	M		M.P.	Tierra endurecida.
N 43,52	Ad			M.P.	
Externos					
N 57,64	Ad 30-35	F	F, 77 gr	Acuñado	
N 56,60	Ad				
N 55,60	Ad	F			Vasija. Caracol. Garras.
N 56,59	Ad				
N 56,56	Ad			Acuñado	Ocre. Collar. Ratón.
N 54,52	Ad 35-40	M			Deform. Lambdea.
N 48,52	Ad				
N 44,52	N				

P = pozo.

MP = medio pozo.

P/C = pozo con cámara.

Los fragmentos de los estratos más profundos están bien conservados, son de tamaño mediano y grande y presentan fracturas angulares, cualidades que contrastan con la cerámica arqueológica y moderna del estrato superficial (A) que aparece en fragmentos más pequeños con superficies erosionadas y cortes redondeados. A través de los distintos estratos no se reconocieron cambios de las formas y tamaños de las vasijas.

El carácter doméstico relacionado con la preparación, cocción, servicio, transporte y almacenamiento de alimentos se manifiesta en la mayoría de los fragmentos, a través del desgaste y deterioro que presentan en una o ambas superficies, las manchas de hollín —especialmente en el exterior de las vasijas— acompañadas de adherencias y manchas de chorroado en el interior de cuellos, bordes y cuerpos. Dentro de este grupo se reconocieron fragmentos de cuencos con acumulaciones de carbón en el interior y exterior que podrían sugerir su utilización como tostadores.

A diferencia de los fragmentos, las vasijas enteras asociadas a enterramientos humanos —particularmente las múcuras y las copas— son de acabado, tratamiento y decoración más cuidadosa y fina; no hay en ellas desgaste u otras huellas de uso doméstico y tal vez fueron manufacturadas exclusivamente para el ritual (Fotos 20, 21 y 22).



Foto 20. Vasija doble. Laboratorio-La Muela.

Tipología cerámica

Como se anotó anteriormente, en predios de la Universidad se ha reconocido cerámica perteneciente a las dos tradiciones identifica-



Foto 21. Múcura antropomorfa del tipo Guatavita Desgrasante de Tiestos.

das para el altiplano cundiboyacense: Herrera y Muisca (Cuadro 8). La primera —la loza más antigua— está decorada principalmente con incisiones y sus formas básicas son los cuencos y las ollas globulares relativamente pequeños. La segunda tradición corresponde a la cerámica muisca, en la cual predomina la decoración pintada, presenta mayor variedad de formas, tamaños y diseños y fue elaborada con pastas arenosas.



Foto 22. Detalle de la decoración de una múcura.

⁸ La primera tipología fue hecha por Jaime Gutiérrez en 1991.

⁹ En base a la investigación «Etnoarqueología de la cerámica de Boyacá», financiada por Colciencias - UPTC. 1993-1995.

Para el estudio tipológico se analizaron y relacionaron cualidades de la pasta, tratamiento de la superficie, estados de conservación, formas, decoración-diseños y función de la loza antigua⁸; también se tuvieron en cuenta los estudios microscópicos que se vienen adelantando y la información etnográfica obtenida en diferentes centros de alfarería tradicional en Boyacá⁹.

Cuadro 8. Distribución por tipos de la cerámica de Laboratorio-La Muela.

TIPOS	TOTAL	%
Herrera		
Tunja Desgrasante Calcita	152	1,4
Tunja Rojo sobre Gris o Crema	39	0,4
Tunja Carmelita Ordinario/ Tunja Cuarzo Abundante	55	0,5
Tunja Fino Inciso	9	0,08
Total:	255	2,38
Muisca		
Guatavita Desgrasante Tiestos	136	1,3
Tunja Gris	6.039	56
Tunja Arenoso	2.576	33
Tunja Naranja Pulido	953	7
Valle de Tenza Gris	750	0,3
Funza Cuarzo Fino	34	0,05
Otros	6	97,6
Total:	10.449	
TOTALES	10.704	100

La cerámica del período Herrera

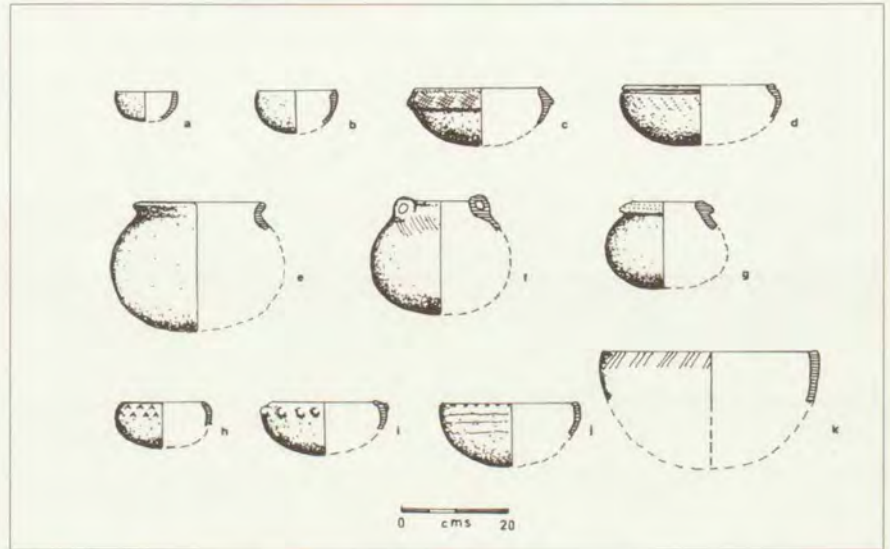
Representa el 2% de los tiestos recolectados en el sitio; casi la mitad pertenece al tipo *Tunja Desgrasante Calcita* (Cuadro 8. Castillo 1984; Gutiérrez 1990). En general, son fragmentos pequeños, con superficies porosas, acentuado desgaste y erosión y tonalidades oscuras, en parte como resultado de un bajo nivel de cocción.

El desgrasante más representativo es la calcita, presente en partículas de hasta 2 mm en el tipo *Tunja Desgrasante Calcita* y, también, como inclusión natural —además del cuarzo— en el tipo *Tunja Rojo sobre Gris o Crema*. Los fragmentos de este último tipo tienen un tratamiento de superficie y un acabado más finos —con brillo y cuidadosa decoración— y su forma es siempre el cuenco (Lám. 1, h-k); por su lado, el tipo *Tunja Desgrasante Calcita* tiene pastas más gruesas y aporta mayor variedad de vasijas (Lám. 1, a-g).

Dos tipos que comparten la misma pasta son *Tunja Carmelita Ordinario* y *Tunja Cuarzo Abundante*: el desgrasante es el cuarzo —rojo, lechoso o transparente— presente en partículas de gran tamaño y concentración junto con rocas ígneas —feldespatos— y abundantes pelotillas de hematita como inclusiones de la arcilla. En el tipo *Cuarzo Abundante* la pasta es más fina y oscura pero las similitudes nos hacen pensar que son variantes de un mismo tipo. Según el análisis macroscópico y de secciones delgadas, se ha podido reconocer el tipo *Carmelita Ordinario/Cuar-*

zo *Abundante* para el norte de Boyacá, en fragmentos procedentes de uno de los sitios arqueológicos de Chita (Pradilla y Plata 1993).

Lámina 1. Tipos Desgrasante Calcita y Rojo sobre Gris o Crema.



El tratamiento de la superficie, en la mayoría de los tipos de esta tradición es difícilmente apreciable por el grado de erosión y la porosidad de los fragmentos. Se presenta, en la mayoría, un alisado irregular de aspecto burdo y baños cremas o naranjas. Por el contrario, en fragmentos del tipo *Tunja Rojo sobre Gris o Crema*, las superficies son brillantes —como resultado del intenso pulimento— y están decoradas en ambas superficies con pintura roja y, en el interior, con reiterados diseños serpenteados, zig-zagueantes y espirales a veces complementados con incisiones e impresiones por fuera del borde de la vasija; con menos frecuencia se aplicó, adicionalmente, pintura blanca. El especial acabado de esta cerámica y la falta de evidencias sobre un uso doméstico, hacen presumir un posible desempeño de carácter ritual.

Las vasijas más comunes en todo el conjunto son los cuencos, que representan más del 50% del total de las formas. Tienen bordes reforzados, ensanchados y directos con labios redondeados y biselados; son de tamaño pequeño y mediano, con diámetro de boca de 12 a 28 cm y alturas de 6 a 15 cm (Cuadro 9. Lám. 1). Son las vasijas que muestran un alisado de mayor calidad y pastas más finas y están frecuentemente decoradas con motivos lineales incisos —rayados, hachurados, acanalados— e impresiones puntuadas, triangulares y ovaladas, realizados con una herramienta de punta roma; también existe un diseño en espina de pescado ejecutado en una o dos hileras sobre el exterior de la vasija y, en menor proporción, hay decoración unglulada. Como complemento de estos diseños aparece una banda de pintura roja alrededor de la boca de algunas vasijas.

Un 9% de las vasijas son cuencos aquillados medianos, con ancho de boca de 24 a 26 cm y altura de 8 a 10 cm. Las ollas globulares —pequeñas y medianas— de cuello corto y boca ancha, representan el 40% de las formas de la cerámica Herrera, con diámetros de boca de 10 a 20 cm, altura del cuello de 1,5 a 3 cm y altura total de 20 a 30 cm. En algunas se presenta decoración incisa de líneas verticales y transversales sobre el cuello, impresiones punteadas, hachurado y rayado en el cuerpo y líneas paralelas al borde combinadas, a veces, con una banda de pintura roja (Lám. 1).

Cuadro 9. Distribución de formas por tipo. Herrera.

Tipos Formas	Tunja Desgr. Calcita	Tunja Rojo/Gris o Crema	Tunja Cuarzo Abundante	Tunja Fino Inciso	Total
Cuencos	12	12	2	1	27
Cuencos aquillados	2				2
Olla globular de cuello corto	8				8
Olla globular de boca ancha	1		1		2
Jarras			5		5
Total	23	312	8	1	44
%	52,3	27,3	18	2,3	100

La cerámica del período Muisca

A este grupo pertenecen 15 vasijas asociadas a enterramientos y el mayor número de fragmentos —grandes y bien conservados— que constituyen el 97,6% del total de la cerámica encontrada. En comparación con el material Herrera, en la loza muisca se reporta una mayor variedad de formas y decorados y un aumento en el tamaño de las vasijas.

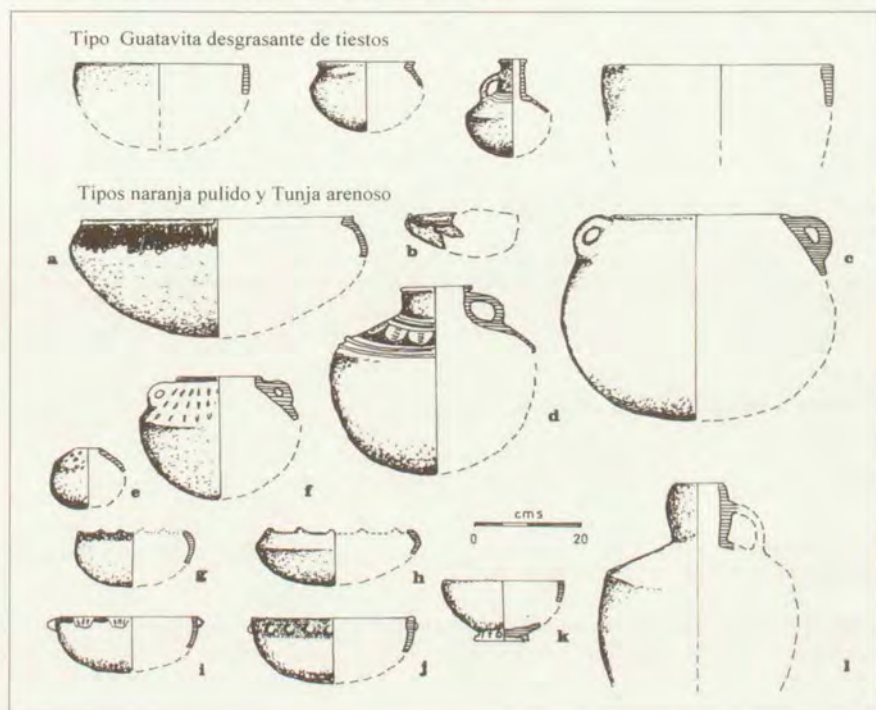
Se reconocieron diferentes tipos establecidos anteriormente para la cerámica muisca del altiplano y para Tunja particularmente (Castillo 1984; Gutiérrez 1990): *Tunja Desgrasante Gris*, *Tunja Desgrasante Fino*, *Tunja Arenoso*, *Tunja Naranja Pulido*, *Cucaita Desgrasante Blanco*, *Tunja Naranja Fino*, *Tunja Cuarzo Fino*, *Valle de Tenza Gris* y *Guatavita Desgrasante de Tiestos*.

Estratigráficamente, los tipos cerámicos presentan muy pocas variaciones. *Tunja Arenoso* y *Tunja Desgrasante Fino* son cuantitativamente los más importantes —con el 59%—.

Según los análisis de secciones delgadas, los tipos *Tunja Desgrasante Gris*, *Tunja Desgrasante Fino*, *Cucaita Desgrasante Blanco* y *Tunja Naranja Fino*, comparten pastas con arcillas ferrosas, inclusiones de cuarzo fino anguloso y partículas de arcillolitas y limolitas ferríferas, fisiles o carbonosas (ver Cuadro 11). Entre ellos hay variaciones en las formas y funciones de las vasijas elaboradas, de diferentes tamaños, grosores y resistencias; se usaron, según el caso, pastas gruesas o finas con mayor o

menor concentración y tamaño del desgrasante y la cocción es mayor o menor, según el espesor y el destino que había de cumplir la vasija.

Lámina 2. Reconstrucción de formas muiscas.



Estas distinciones se relacionan con lo que hoy en día hemos podido observar en La Capilla —Valle de Tenza— donde las ceramistas distinguen entre la loza *arenada* y la *finá*. La primera corresponde a formas grandes —ollas para el fogón, cazuelas, *areperos*, moyas y chorotes para fermento del guarapo y almacenamiento de miel—. La loza *finá* comprende las *alcusas* o múcuras para el transporte de bebidas, la loza de servir, las figuras decorativas y las miniaturas. De igual manera, las pastas de esta loza producida actualmente en La Capilla, resultan macroscópicamente muy similares a las de la cerámica arqueológica de Tunja perteneciente a los tipos mencionados anteriormente, que tienen altos contenidos de arcillolitas y limolitas.

Podemos proponer entonces, para la cerámica arqueológica de Tunja, que *Tunja Desgrasante Fino*, *Tunja Desgrasante Gris*, *Cucaita Desgrasante Blanco* y *Tunja Naranja Fino*, serían variantes de un tipo que denominaríamos *Tunja Gris*; todas las variantes se caracterizan por una pasta anaranjada y fina con diferentes niveles de cocción y contenidos variables de partículas de rocas. Existen formas especializadas en cada una de las variantes, de manera que, dentro del conjunto, se obtiene una gama amplia y variada de formas y tamaños de vasijas. Como formas nuevas, se registraron bote-

llones y vasijas miniatura. La decoración es igualmente afín en cuanto a técnicas, motivos y estilo; las diferencias están marcadas por el uso particular de las vasijas —ritual o doméstico— y, en este sentido, diverge el acabado y tratamiento de las superficies (Cuadro 10. Lám. 3).

Cuadro 10. Distribución de formas por tipo. Cerámica muisca.

Tipos Formas	Guatavita Desgrasante Tiestos	Tunja Gris	Tunja Arenoso	Tunja Naranja Pulido	Valle de Tenza Gris	Otros	Total
Cuencos	6	111	30	25	28		200
Copa		27	2	22	4	1*	55
Cuencos aquillad.		21	5	15			41
Olla-cuenco		23	31	13			67
Glob. sin cuello		12	4	13			29
Glob. cuello corto		35	3	1	9		48
Glob. boca ancha		9	8	4			21
Glob. cuello embudo		2			3		5
Jarras		87	110	43	7		247
Múcuras	2	2					7
Vasijas dobles	1						1
Cántaros					8		8
Botellones							3
Mocasín			1				1
Cucharitas		22					22
Miniaturas**		1					2
Otras***	1	1					2
Total	10	356	193	138	59	1	759
%	1,3	47,1	25,4	18,8	7,7	0,1	100

* Guatavita Desgrasante Gris.

** Cuenco y ollita globular sin cuello.

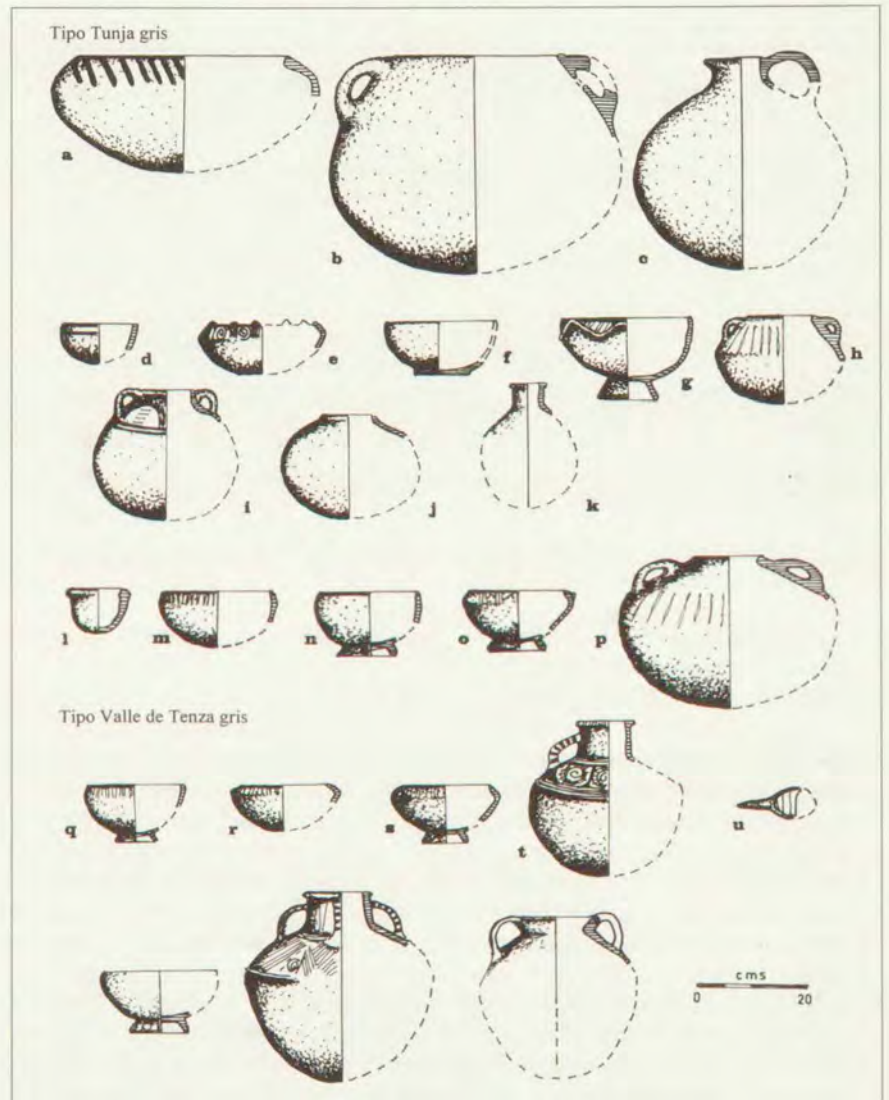
*** Pulidor y fragmento de volante de huso.

La variante *Tunja Desgrasante Gris Fino* —cuantitativamente la más importante— aporta formas predominantemente pequeñas: las más comunes son los cuencos y las copas que representan el 46% y las jarras, el 29%. Entre las variantes de ollas, se destacan las globulares de cuello corto, con el 10%; provistas de un cuidadoso acabado y tratamiento de superficie, están decoradas con motivos pintados rojos y/o blancos, desde sencillos trazos a complejas combinaciones geométricas. En cuencos y copas hay además aplicaciones variadas destacándose, entre ellas, las representaciones de animales (Lám. 3 d-k).

La variante *Tunja Desgrasante Gris*, incluye formas grandes destinadas al cumplimiento de funciones culinarias en la preparación, cocción y contención de alimentos; tal es el caso del conjunto de

ollas —globulares de boca ancha y globulares sin cuello—, de las ollas-cuenco, que representan el 46% y de las jarras —con el 38%—, elaboradas con pastas gruesas, reforzadas con abundantes partículas de desgrasante de hasta un centímetro, y con una cocción incompleta. Estas vasijas muestran descuido en el acabado; en general son de aspecto tosco, con superficies rugosas y, frecuentemente, se pueden ver huellas de dedos y de la unión de los rollos, algunas están decoradas con trazos ligeros de pintura roja en la parte superior de la vasija, comunmente bandas o franjas (Lám. 3, a-c).

Lámina 3. Reconstrucción de formas muiscas.



En la variedad *Cucaita Desgrasante Blanco*, las principales formas son los cuencos y las copas —65%— de características especiales: finalmente acabadas, pulidas, con intenso brillo y decoradas con diseños variados en pintura mono y/o bicroma. Se distingue la coloración más clara de esta loza, producto de una cocción completa (Lám. 3, l-p).

Finalmente, la variedad *Tunja Naranja Fino*, con las pastas más finas de este tipo —sin desgrasantes y generalmente oxidadas completamente— presenta las formas más pequeñas —cucharitas (47%), cuencos, copas y jarras de cuello alto, con el 25 % cada una— posiblemente asociadas exclusivamente a funciones rituales. Se caracterizan por un mayor esmero en el acabado: fueron pulidas y están adornadas con motivos geométricos en trazos finos de pintura roja (Lám. 3, q-u).

Los tipos *Tunja Arenoso* y *Tunja Naranja Pulido* tienen una pasta semejante, en el primero, gruesa y densa, en el segundo fina y bien cocida. Las formas son diferentes, especialmente en su tamaño (Cuadro 10); en el tipo *Tunja Naranja Pulido* se reportan las formas más pequeñas y profusamente decoradas —jarras de cuello alto, múcuras, cuencos y copas— en tanto que las vasijas más grandes, con huellas de usos culinarios, son más comunes y numerosas en el *Tunja Arenoso*: jarras grandes, ollas globulares, ollas cuenco y cuencos decorados con pintura mono y/o bicroma complementada con aplicaciones —cordones lineales, asas falsas y picos— (Lám. 2, a-d). Se registró una vasija mocasín, único ejemplar hasta ahora reconocido. Son vasijas que, en su mayoría, presentan huellas de uso domésticos.

La cerámica con desgrasante de tiestos, se ajusta muy bien al tipo *Guatavita Desgrasante de Tiestos* (Broadbent 1971, 1989), y está representada por cuencos y múcuras pequeñas con figuras modeladas en el cuello y un tratamiento de la superficie con buen pulimento y baños rojizos¹⁰ (Lám. 2, Foto 21).

El tipo *Valle de Tenza Gris* mantiene una participación numérica importante y constante en el sitio (7%). Se identifica por una pasta, formas y estilos decorativos distintivos (Castillo 1984. Sáenz 1990). La pasta es de tonalidad gris oscura homogénea, muy compacta, con abundantes partículas de rocas e inclusiones de mica y cuarzo (Cuadro 11). Las vasijas más representativas son las ollas de cuello corto en forma de embudo —de uso doméstico— y cuencos, copas y cántaros —forma exclusiva de este tipo— que presentan tratamientos especiales, en algunas con buen acabado y que están adornadas con característicos motivos geométricos rojos sobre un espeso engobe blanco; es frecuente, además, la aplicación de picos, cordones y asitas falsas (Lám. 3).

El tipo *Funza Cuarzo Fino* está representado por una muestra reducida, que apenas nos permitió reconocer en los fragmentos de este tipo características atípicas que definen y validan su condición de tipo independiente. Presenta pastas de color oscuro y muy finas, con abundante mica y gránulos de cuarzo muy fino. La única forma registrada fue el cuenco.

¹⁰ En el sitio Laboratorio-La Muela no se encontraron fragmentos de cerámica relacionada con el *Zipaquira Desgrasante de Tiestos* del período Herrera, que sí aparece en otros sectores como El Establo y El Corazón. Sin embargo, es interesante anotar que una vasija doble encontrada en el entierro N 49,63 (Foto 20) tiene desgrasante de tiestos y presenta un tratamiento y una decoración que recuerda a aquel tipo: asa con decoración de incisiones acanaladas formando un diseño en espina de pescado y puntados a lo largo del asa que une las dos vasijas.

Cuadro 11. Petrografía microscópica de la cerámica arqueológica de La Muela. Dra. María Teresa Valentino. UPTC Sogamoso.

Tipo	Identificación	Arcilla %	Cuarzo %	Feldespatos, Ortoclasa y Plagioclasa %	Micas %	Hornblenda %	Oxido de hierro Fe2O3 %	Otros %	Líticos			Lítico Igneo %	Tiesto %	Total lítico tiesto	Conteo	Tamaño rocas (u)	
									Arcillolitas %	Limolitas %	Arenisca %					Máx.	Mín.
T. Calcita	MladC	58,6	6,8	-	-	-	0,08 He	39 Ca	-	-	-	-	-	500	-	1.550 / 150	
T. Rojo/Gris o crema	N0375 -3	81,2	9,2	0,6	-	-	-	-	-	-	-	9	9	500	950 / 220	700 / 20	
	ChR060	74	5,1	3,2	-	Tr	1,6 Mt	-	11,2 Fer	4,8 Fer	-	-	16,0	500	960 / 220	530 / 120	
T. Cuarzo Abundante	MlaCa	61,2	20	13,4	Tr	-	7,4 He	-	-	-	Tr	-	-	500	-	4.120 / 82	
Ch. Cuarzo Abundante	ChR036	68,2	14,8	4,8	2,8 Bi	-	1,4 He	Tr Ep	-	-	-	0,6	-	8,0	500	600 / 360	760 / 120
T. Carmelita Ordinario	Mlal	61,6	17,2	7,6	-	0,8	9,6 He	-	-	3,2	-	-	3,2	500	700 / 170	960 / 100	
Ch. Carmelita Ordinario	ChR063	58,4	20,8	13,6	2,4	-	4,8 He	-	-	-	-	-	-	500	-	2.720 / 840	
T. Tiestos	MlaTiesto	65,8	9,4	2,8	-	-	3,2 He	-	-	3,8 Fer	-	-	16,6	20,4	500	1.900 / 350	300 / 30
T. Tiesto Fino	N0339-53	74	8	-	-	-	3,2 He	-	8 Fer	1 Fer	-	-	7,4	16,4	500	1.600 / 300	90 / 20
T. Gris	MladGris	62,8	14,4	-	-	-	0,8 He	-	4,8 Carb.	17,2 Car.	-	-	-	2,2	500	2.700 / 300	370 / 60
T. Gris fino	MladF	60,4	9,2	-	-	-	6,8 He	-	4,4 Fer	14,8 Fer.	-	-	-	19,2	500	2.600 / 120	240 / 70
T. Blanco	MladBlan	61,2	17,2	-	-	-	12 He	-	2,8	17,6 Mic	-	-	-	20,4	500	2.500 / 200	240 / 60
T. Naranja Fino	N-0353-1	66,6	24,2	1,4	Seric.	-	3,2 He	-	-	-	-	4,6	-	4,6	500	1.600	240 / 20
T. Arenoso	MladArn	64,8	13,2	-	-	-	6,8 He	-	0,8	5,6 Fer	8,8	-	-	15,2	500	1.940 / 70	1.100 / 120
T. Naranja Pulido	MladNja	63,6	24	-	-	-	4,4 He	-	-	4,0	6,0	-	-	10,0	500	1.300 / 300	840 / 220

Bi = Biotita. Ca = Calcita. Carb = Carbonosa. Ep = Epidota. Fer = Ferrífera. He = Hematita. Mt = Magnetita. Qta = Cuarzita.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Material lítico

El análisis se llevó a cabo sobre un universo de 2961 elementos obtenidos en la Zona 1 de estudio —El Andén— por ser ésta la que ofrece una estratigrafía completa.

Determinación geológica y lugares de obtención de las materias primas

La mayor parte de los materiales encontrados en el área corresponden a las formaciones propias de la región ubicadas en proximidad al sitio arqueológico; excepcionalmente aparecen algunos provenientes de otros lugares. En efecto, la gran mayoría de los artefactos fue elaborada con materiales correspondientes a lilitas de la formación Guaduas. Podemos ubicar el sitio de obtención en una línea de falla que pone en contacto el conjunto lilitico Guaduas con la formación Bogotá predominante, que se ubica en un punto entre Tunja y el municipio de Chivatá, observable en la carretera que comunica los dos municipios.

Siguen en importancia numérica los artefactos confeccionados con areniscas provenientes de las formaciones Cacho, Guaduas, Bogotá y Tilatá, siendo los más abundantes los de la primera, cuyo punto de obtención podemos situarlo en una sucesión de bancos de areniscas cuarzosas, arcillas violáceas, areniscas de grano medio y grueso —ferruginosas con estratificación cruzada y friable— que se encuentran en un punto ubicable entre Tunja y el municipio de Arcabuco.

Los artefactos elaborados con materiales provenientes de la formación Tilatá —pedernal rojo, amarillo y negro— también son abundantes. Su punto de obtención ha sido localizado entre Tunja y Duitama, en la depresión formada por el río Chicamocha donde aflora un conjunto de materiales formados por capas de gravas, arcillas, arenas y esporádicos lignitos.

Finalmente, se han encontrado artefactos confeccionados con argilita, material cuya determinación no corresponde a los que naturalmente se encuentran en la región.

Inventario de elementos y artefactos

En los artefactos de arenisca estudiados se observó una sorprendente multifuncionalidad que parece provenir de su constante utilización y reutilización. Así, es frecuente encontrar, por ejemplo, fragmentos de metate reutilizados como golpeadores o martillos que suelen tener los dos extremos con huellas de uso como tales y, en la parte intermedia, señales de haber sido empleados como yunques. Las manos de moler fueron usadas como martillo o como yunque y, tanto las manos como los martillos, se reutilizaron en calidad de trituradores de ocre.

Cuadro 12. Elementos y artefactos líticos.

Elementos y artefactos	No.	%
Elementos		
Cantos rodados	11	
arenisca	23	
lidita		
Frag. tabulares		
arenisca	22	
lidita	2	
Lidita-pedernal	219	
Subtotal	277	
Lajas entierros	5	
Artefactos		
Canto con borde desgastado	6	0,2
Frag. arenisca	134	5
Frag. manos de moler	51	1,9
Frag. metates	30	1,1
Martillos	26	1
Hachas	2	0,1
Yunque	1	0
Manos de mortero	7	0,3
Afiladores	6	0,2
Alisadores	6	0,2
Chopper	1	0
Núcleos	12	0,4
Desechos de talla	892	33,2
Lascas		
Atípicas	451	16,8
Prismáticas	748	27,9
Concoidales	67	2,5
Cont.cortical	60	2,2
Por calentamiento	10	0,4
Triangulares	69	2,6
Raspadores		
Concoidales	14	0,5
Discoidales	15	0,6
Laterales	15	0,6
Múltiples	6	0,2
Terminales	15	0,5
Raederas	2	0,1
Perforadores	26	1
Total	2.684	100
Artefactos especiales		
Torteros	46	
Ganchos de tiradera	3	
Cuentas de collar	14	
Otros minerales		
Cristales	17	
Cristales de cuarzo	1	
Elementos metálicos	3	

Los artefactos de arenisca habitualmente obedecen a la técnica de pulido para su elaboración, bien sea a través de un trabajo previo o del constante uso. Las areniscas se utilizaron en la confección de golpeadores, trituradores, bases para moler, manos de moler, afiladores, alisadores etc.; aparecen, sin trabajo alguno, utilizadas para demarcar o jalonar un lugar específico o ligadas a funciones funerarias, bien sea con un mínimo trabajo en calidad de lajas para tumba, sin trabajo alguno como cuñas y soportes de las mismas o, simplemente, en concentraciones sobre o alrededor de algunos enterramientos.

Como artefactos fabricados con lidita y pedernal, encontramos, más frecuentemente, lascas cortantes, perforadores, raspadores, manos de mortero, raederas etc. que no presentan la multifuncionalidad que se anotó al hablar de las areniscas.

Un resumen general con la importancia relativa de cada uno de los elementos y artefactos se presenta en el Cuadro 12.

Elementos líticos

La materia prima fue obtenida de los ríos o de zonas de arrastre fluvial y también de las rocas, como permite afirmar la presencia de cantos rodados de arenisca y de pedernal, al igual que de fragmentos tabulares de estos dos materiales.

En la Zona 1 se encontraron cinco lajas de entierro de arenisca ligeramente pulidas en la superficie interna y con forma ovalada o rectangular. Sus dimensiones van de los 20 x 25 cm a los 45 cm. Se hallaron en tres tumbas de niños: en dos de ellas, dos lajas tapaban la tumba y, una de éstas, es la única tumba doble de pozo con cámara registrada; en el tercer caso, había una sola laja con ocre sobre la superficie lisa.

Artefactos

Cantos rodados con borde desgastado (Foto 23, 2)

Son de arenisca, de forma redondeada y presentan desgaste en los bordes y señales de golpes en la superficie. (Rango de medidas: Longitud: 45-100 mm; ancho 68-76 mm; grosor: 52-65 mm). Uno de estos artefactos también fue utilizado como yunque y otro presenta ocre en la superficie.

Fragmentos de arenisca

Son fragmentos pequeños con alguna señal de uso, superficie lisa o señales de golpes.

Manos de moler (Foto 23, 3)

Generalmente se encuentra la mitad o un fragmento de la mano. Tienen una superficie lisa y la mayoría presenta señales de golpes; tres de ellas fueron también utilizadas como yunque y 27 presentan ocre. Formas: ova-

lada alargada, circular, subrectangular, elipsoidal o lenticular. (Rango de medidas: Long.: 155-47 mm; ancho: 95-70 mm; gros.: 63-33 mm).



Foto 23. Artefactos líticos. Laboratorio-La Muela.



Foto 24. Artefactos líticos.

Metates

Son artefactos de arenisca con una superficie de uso lisa y con forma plano convexa. Sólo se encontró un metate completo dentro de una tumba; los demás son fragmentos que, además de la parte lisa, presentan

señales de golpes, tal vez por reutilización después de la fractura; seis tienen manchas de ocre. (Rango de medidas: Long.: 236-54 mm; ancho: 134-40 mm; gros.: 110-28 mm).

Martillos-golpeadores

Son artefactos de arenisca con señales de golpes principalmente en los extremos. Tres de ellos fueron usados también como yunque y nueve tienen manchas ocres. Algunos presentan además golpes en las superficies. (Rango de medidas: Long.: 134-50 mm; ancho: 107-40 mm; gros.: 111-34 mm).

Hachas (Foto 24, 6)

Una fue elaborada en arenisca y otra en argilita. Estos artefactos presentan líneas de uso en todas las superficies, así como señales de golpes. (Medidas: Long.: 61-48 mm; ancho: 56-46 mm; gros.: 22-18 mm).

Yunques (Foto 23, 1)

Artefactos de arenisca que presentan muchas señales de golpes en la parte central, en una o en las dos superficies. Un sólo elemento aparece con esta sola función porque generalmente los martillos y las manos de moler también tienen el ahuecamiento central propio del yunque. (Rango de medidas: Long.: 153-109 mm; ancho: 123-83 mm; gros.: 83-61 mm).

Manos de mortero (Foto 24, 5)

Cuatro fueron elaboradas en lidita y tres en arenisca. Se logran apreciar pequeños golpes y líneas de uso en la superficie. Son de forma ovalada, triangular o subrectangular.

Afiladores (Foto 24, 1)

Tres fueron elaborados en arenisca y tres en otros materiales (limolita?, argilita?). Son fragmentos que tienen una línea transversal desgastada en la parte media.

Alisadores

De arenisca y de forma oval, se caracterizan por ser planos y tener una superficie lisa.

Chopper

Canto rodado de lidita que presenta desbastamiento por percusión en un extremo.

Núcleos

Generalmente elaborados en liditas, algunos son globulares pero la mayoría no tiene una forma definida. Las lascas sacadas de los núcleos, en su mayoría fueron obtenidas por percusión; una excepción es el núcleo N0130-2 del que se sacó una lasca por calentamiento. Cuatro núcleos presentan pátina. (Rango de medidas: + grande: L. 79 mm; A. 59 mm; G. 55 mm / + pequeño: L. 33 mm; A. 31 mm; G. 26 mm).

Desechos de talla

Sobre un total de 892 desechos de talla de lidita, 58 presentan señales de uso, 10 son fragmentos lisos y 34 presentan corteza cortical.

Lascas**Lascas atípicas**

Es el grupo más numeroso de lascas, con formas muy variadas: irregulares con corteza cortical, concoidales, redondeadas o alargadas. Algunas tienen más de dos bordes de uso y, en ocasiones, tienen retoques y aserramientos. (Rango de medidas: + grande: L. 63 mm; A. 49 mm; G. 18 mm / + pequeña: L. 19 mm; A. 19 mm; G. 4 mm).

Lascas prismáticas

De forma alargada, algunas tienen dos filos y dos bordes de uso. (Rango de medidas: + grande: L. 62 mm; A. 30 mm; G. 12 mm / + pequeño: L. 22 mm; A. 12 mm; G. 3 mm).

Lascas concoidales

Se caracterizan por la formación de un bulbo de percusión. (Rango de medidas: + grande: L. 49 mm; A. 35 mm; G. 10 mm / + pequeña: L. 17 mm; A. 14 mm; G. 3 mm). Siete de estas lascas presentan sección basal con estrechamiento o posibilidad de enmangado. (Rango de medidas: + grande: L. 22 mm; A. 17 mm; G. 10 mm / + pequeño: L. 21 mm; A. 19 mm; G. 6 mm).

Lascas con contorno cortical

Son de forma cuadrangular o redondeada y algunas tienen filo. (Rango de medidas: + grande: L. 54 mm; A. 46 mm; G. 11 mm / + pequeña: L. 23 mm; A. 17 mm; G. 5 mm).

Lascas producidas por calentamiento

Se caracterizan por el borde redondeado. La mayoría tiene base cortical. (Rango de medidas: + grande: L. 47 mm; A. 28 mm; G. 8 mm / + pequeña: L. 20 mm; A. 19 mm; G. 5 mm).

Lascas triangulares

De forma triangular, tienen un borde cortante opuesto al borde romo sin uso. (Rango de medidas: + grande: L. 58 mm; A. 40 mm; G. 8 mm / + pequeña: L. 19 mm; A. 18 mm; G. 4 mm).

Raspadores cóncavos

Tienen un borde cóncavo de utilización. (Rango de medidas: + grande: L. 109 mm; A. 72 mm; G. 39 mm / + pequeño: L. 39 mm; A. 31 mm; G. 18 mm).

Raspadores discoidales

Son de forma circular y tienen un borde periférico de utilización. (Rango de medidas: + grande: L. 63 mm; A. 49 mm; G. 21 mm / + pequeño: L. 35 mm; A. 33 mm; G. 20 mm).

Raspadores laterales

Se caracterizan por un borde longitudinal raspante. Tienen forma rectangular o trapezoidal. (Rango de medidas: + grande: L. 78 mm; A. 38 mm; G. 37 mm / + pequeño: L. 45 mm; A. 35 mm; G. 33 mm).

Raspadores múltiples

De formas irregulares, tienen más de dos bordes de utilización. (Rango de medidas: + grande: L. 80 mm; A. 54 mm; G. 24 mm / + pequeño: L. 49 mm; A. 36 mm; G. 31 mm).

Raspadores terminales

Son de forma subrectangular y el borde de uso se encuentra en un extremo del artefacto. (Rango de medidas: + grande: L. 67 mm; A. 44 mm; G. 10 mm / + pequeño: L. 41 mm; A. 36 mm; G. 29 mm).

Raederas

Tienen el borde de uso aserrado. (Rango de medidas: + grande: L. 90 mm; A. 77 mm; G. 41 mm / + pequeña: L. 61 mm; A. 49 mm; G. 9 mm).

Perforadores (Foto 24, 2)

La mayoría son pequeños y de forma triangular. Los bordes laterales convergen en un extremo muy agudo. (Rango de medidas: + grande: L. 33 mm; A. 22 mm; G. 4 mm / + pequeño: L. 14 mm; A. 7 mm; G. 4 mm). Siete de los perforadores tienen la punta inclinada y existe la posibilidad de que hubieran sido utilizados como grabadores. (Rango de medidas: + grande: L. 30 mm; A. 18 mm; G. 4 mm / + pequeño: L. 21 mm; A. 10 mm; G. 2 mm).



Foto 25. Volantes de huso de piedra.

Cuadro 13. Volantes de huso. Distribución.

N05	1/2	Ac	Abotellado	Incisa	
N0018 57,58 60-70 G23	Casi E	Ag	Cónico	Incisa	Entierro
N2,5	Casi E	L?	Cónico esférico	Incisa	
N55	E	Ag	Plano esférico	Incisa	
N65	1/3	Ag	Plano esférico	Incisa	
N69	F	L?			
N0179 57,66 70-80	1/2	L	Abotellado	Muy decor.	Fósil
N0428 57,60 0-25	1/2	Ag	Cónico esférico	Incisa	
N0432 57,60 55-65	1/2	Ag	Cilíndrico	Sin	
N0463 52,60 ant	F	Ag	Esferoidal?	Incisa	
N0475 56,59 20-30	Casi E	Ag	Plano esférico	Inc. Pin.	
N sup	1/4	Ag	Cónico plano?	Sin	
N0495 54,59 40-50	E	Ag	Cilíndrico	Incisa	
N0511 57,58 60-70	1/2	Ag	Esférico?	Incisa	
N0513 56,58 0-25		Ag	Esférico	Incisa	
N0619 55,56 bull	1/2	Ag	Cilíndrico plano	Sin	Entierro
N0679 55,55 20-30	Casi E	Ag	Cónico alto	Incisa	
N0768 54,53 30-40	1/2	Ag	Lenticular	Muy dec.	
N0771 53,53 0-20	1/2	Ag	Cilíndrico plano	Sin	
N0776 52,53 0-20	1/2	L	Cónico plano	Incisa	
N0776 52,53 0-20	1/2	Ag	Lenticular	Sin	
N Bull	1/2	Ag	Abotellado	Incisa	
N0789 48,53 Bull	1/2	Ag	Plano esférico	Incisa	
N 45,50	1/2?	Ag	Cónico plano	Sin	
N0818 55,52 20-30			Cónico esférico		
N0820 55,52 40-50	F	L	Cónico plano	Incisa	
N0863 46,52 10-20	F	L	Cónico esférico	Incisa	
N0938 48,50 0-10	E	Ag	Cónico?	Incisa	
N0955 45,50 20-30	1/4	Ag	Cónico?	Incisa	
N0961 42,50 Bull	1/2	Ag		Incisa	
N0961 42,50 Bull	1/3	Ag	Abotellado	Incisa	
N0971 41,50 Bull	F	Ag?	Cónico plano	Sin	
N1031 43,47 10-20	1/2	Ac	Cónico	Sin	
N2013 43,41 40-50	1/4	Ag	Abotellado	Incisa	
N 50,56 0-10	1/3?	Ag	Bicónico	Incisa	
N 50,57 0-10	1/2	Ac	Bicónico	Incisa	
N	E	Ag	Plano	Incisa	
N	E	Ag	Bicónico	Incisa	
N 54,60 Bull	1/2	Ag	Plano esférico	Incisa	
N 55,60 45-55	E	L	Plano esférico	Sin	
N 55,60 45-55	E	Ag	Bicónico	Incisa	
N 55,65 20-30	E	Ag			
N 56,60 75-85	E	Ag	Cónico		Muy grande
N 57,6155-65	1/2		Plano esférico	Incisa	
N 57,61 55-65	+1/2	L	Cilíndrico	Incisa	
N 57,64	1/2	Ag	Bicónico	Sin	
	E	Ag		Incisa	
	E	Ag			

E = entero. F = fragmento. Ac = Arenisca carmelita. Ag = Arenisca gris. L = Limolita.

Artefactos líticos especiales

Volantes de huso (Foto 25)

Artefactos confeccionados en areniscas de grano fino y medio y, unos pocos, en limolita. Las técnicas de elaboración incluyen el pulido para dar una forma precisa y la incisión, especialmente para la decoración (Cuadro 13). Hoy en día en la región rural de Boyacá es posible encontrar hilanderas que utilizan volantes de huso en piedra con muy escasa decoración, pero que han sido heredados o se conservan con especial afecto.

Ganchos de tiradera (Foto 24, 3)

Las señales de uso en estos artefactos son muy marcadas.

N55,56 40-50. casi E. Pedernal gris claro.

N54,59 Bull. E. Pedernal amarillo.

N0733-5. 1/2. Pedernal negro.

LN46,54 010.

Cuentas de collar

En algunos casos, las cuentas se encuentran sueltas y, en otros, constituyen parte integral de un collar al lado de cuentas de hueso (Foto 26).

N sup 2. Oblongas material verde. (L. 14 mm; d. 5mm).

N 46,56 n: 0-10. Cónica. (L. 15 mm; dmx. 15 mm; dmn. 11 mm; d orif. 8 mm).

N 54,58 n: 20-30. (d. 6 mm).

N 51,53 n: 40-50. (d. 5 mm).



Foto 26. Cuentas de collar líticas.

Cristales

Se encontraron 17 elementos pequeños de cuarzo de formas redondeadas o irregulares, una astilla longitudinal de cristal de cuarzo y un pequeño fragmento de cristal verde.

Artefactos metálicos

Se hallaron dos fragmentos metálicos, cubiertos de óxido, aparentemente de cobre, que podrían corresponder a un alfiler o a una figura votiva; y una pequeña lámina de cobre de 30 x 11 mm (Foto 27).



Foto 27. Artefactos metálicos.

Fauna

En la Zona 1 —El Andén— se han registrado y clasificado unos 3500 restos óseos de vertebrados, principalmente venado (80%) y curí (15 %). También están presentes —en menor proporción— ratones, fara, cachicamo grande, puma, zorro, coatí, conejo, lapa y varios tipos de aves. Las determinaciones fueron realizadas por el profesor Alberto Cadena del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de Bogotá y, en parte también, con base en la literatura disponible, en particular el listado de Cuervo, Hernández y Cadena (1986). Falta por clasificar cierto número de restos óseos, entre los que se presume la presencia del oso de anteojos y de la danta. Entre los no vertebrados se identificaron cinco especies de caracoles terrestres, cuya identificación estuvo a cargo de la profesora Martha Bueno del Departamento de Biología de la Universidad Nacional.

Las especies correspondientes a la fauna del área estudiada se presentan en el Cuadro 14.

Cuadro 14. Especies Animales identificadas.

Especie	No. Fragmentos	No. Min. Individuos
Vertebrados		
Venado. <i>Odocoileus virginianus</i>	2.557	28
Mazama sp.		1
Curí. <i>Cavia porcellus</i>	503	47
Zorro. <i>Vulpes cinereoargentus</i>	1	1
Canis (<i>Cerdocyon</i>) <i>thous</i>	3	3
Puma. <i>Felis concolor</i>	4	4
Armadillo. <i>Dasyus kappleri</i>	2	2
Fara. <i>Didelphis marsupialis</i>	2	2
Coatí. <i>Nasuella olivacea</i>	5	3
Conejo. <i>Sylvilagus brasiliensis</i>	3	3
Lapa. <i>Agouti taczanowskii</i>	1	1
Ratón. <i>Sigmodon hispidus</i>	1	1
<i>Sigmodon</i> sp.	24	3
Roedores	13	4
Aves (7 sp. mínimo)	69	9
Total	3.268	
Gasterópodos		Enteros
<i>Plekokelius fulminans</i>	93	35
<i>P. plekochelius</i>	682	488
<i>P. succinoides</i>	99	35
<i>D. nigrofasciatus</i>	58	24
var. <i>Bulimulidae</i>	171	4
<i>Euglandina</i> sp.	2	-
Total	1.114	593

Venados. Fam. CERVIDAE —Odocoileus virginianus.

Mazama sp.

Los restos de venado en el área estudiada comprenden un total de 2557, aproximadamente un 80% del total de registros óseos. Si bien la zona estudiada se puede caracterizar como área de enterramientos, la presencia de restos culturales diversos refleja actividades cotidianas propias de lugares de habitación. Esto sugieren las abundantes astillas largas que parecen destinadas a la fabricación de instrumentos y los fragmentos óseos desechados luego de tal elaboración. Es el caso, por ejemplo, de la rama ascendente de la mandíbula inferior que se corta para elaborar una raedera con la parte dentada de la rama horizontal o, también, de la ausencia de ciertos huesos enteros, ya que generalmente se fragmentan para fabricar artefactos, como ocurre con los metapodios, huesos largos y macizos muy adecuados para la elaboración de instrumentos punzantes y espátulas. Por otra parte, la larga duración de la ocupación del lugar

permite suponer que su función haya cambiado a lo largo de los siglos. La presencia de restos de venado y de curí en tanto que alimentos característicos —así el primero estuviera restringido a personas de estatus— nos habla de actividades cotidianas en el lugar. Igualmente es de destacar que los restos de venado tienen, en el sitio donde se han encontrado, un significado relacionado con la actividad funeraria.

Etnozoología

Es conocida la importancia que tenía el venado para los muiscas del altiplano. Las crónicas son ricas en información sobre la abundancia de este animal y sus múltiples usos: como alimento especialmente apreciado, como fuente de cuero de curtiembre y como objeto de tributo e intercambio. Igualmente, se conoce que hubo restricciones para su cacería y consumo. En relación con su abundancia y la habitualidad del consumo, dice el autor del Epítome ([1545] 1962): «...*Las carnes que comen los indios en aquesta tierra son venados de que hay infinidad, en tanta abundancia que los basta a mantener como acá los ganados*».

Los indios ofrecieron a los españoles muchos venados con el ánimo de distraerlos y demorarlos en su avance: «...*hubo días... que un venado... por soldado*»; otros días obtuvieron 20 y 30 animales enviados por el Bogotá (Simón [1625] 1981: T. III, 191).

Todavía 83 años después de la conquista, «*hervía la tierra de venados*» (Simón [1625] 1981: T. III, 344). Cerca del río Ubasá —fluente del río Suárez— los españoles encontraron «...*casas proveídas... (de)... ocho venados recién desollados... de que tienen harta abundancia en esas tierras con intento para que se los comieran a ellos*» (Simón [1625] 1981: T. III, 163).

Si bien —como anota el autor de Epítome— el venado era la carne de mayor consumo, hay referencias a una reglamentación de su uso. Simón ([1625] 1981: T. III, 340) refiere que su carne era alimento restringido a personas notables y Rodríguez Freyle ([1636] 1973: 63) señala:

«...*que ningún indio pudiese matar venado ni comerlo sin licencia del Señor; y era esto con tanto rigor, que aunque los venados que había en aquellos tiempos que andaban en manadas como si fueran ovejas, y les comían sus labranzas y sustentos, no tenían ellos licencia de matarlos y comellos si no se la daban sus caciques*».

Su utilización era tan generalizada que incluso se menciona como alimento que se almacenaba entre las provisiones de guerra, previa preparación como carne cecina (Simón [1625] 1981: T. III, 185).

El venado también figura como producto de intercambio en los dones previos al matrimonio. Para buscar esposa,

«...el pretendiente enviaba sin hablar con nadie a los parientes o padres de la que pretendía una manta y si no se la volvían a enviar, luego volvía enviando otra, y una carga de maíz y medio venado, si era gente a quien le estaba concedido por los caciques comerlo...» (Simón [1625] 1981: T. III, 397).

Asimismo, sabemos que cazar venados era una de las obligaciones de los indios para con sus caciques. La comunidad de Soracá, por ejemplo, además de producir mantas, trabajaba en labranzas, casas y cercados y, como las demás comunidades sujetas, cazaba venados para Tunja (Tovar 1980: 22).

Hay evidencias de que, además de la carne, se aprovechaban los cueros del venado que conservaban bruñidos (Simón [1625] 1981: T. III, 338) y que eran utilizados también para cubrir las momias (Silva Celis, comunicación personal).

Es igualmente interesante anotar la equivalencia que establecen los cronistas entre los venados de los indios y el ganado. Es posible que, más allá de la comparación en tanto que alimento, se aluda también a la forma de manejo de los venados, comparable en alguna medida a la domesticación. ¿Qué pensar si no, de venados que andaban «...en manadas como si fueran ovejas ...y les comían sus labranzas y sustentos»?

Por otro lado, se aduce propiedad sobre los venados. En el expediente de la temprana colonia dado a conocer por E. Londoño (1984) se relata la disputa de dos caciques: uno de ellos reclama al cacique de Boyacá el haber dado muerte a un venado ajeno; la reclamación resultaría en dos días de batalla e involucraría a diez caciques amigos de ambos bandos.

El problema de la domesticación o manejo del venado entre los muiscas merecería un estudio sistemático por parte de especialistas. Creemos que el registro arqueológico de Tunja puede ser un aporte para ese estudio. En este informe nos limitamos a presentar observaciones relacionadas con la utilización cultural de este valioso recurso.

Clasificación

De acuerdo con Cuervo, Hernández y Cadena (1986), son dos géneros con cuatro especies las formas de venado existentes en Colombia: *Mazama rufina* (Bourcier y Pucheran 1852) en las cordilleras, de 2000 a 4000 m.s.n.m.; *Mazama americana* (Erxleben 1777) en las selvas húmedas, de 0 a 2000 m.s.n.m.; *Mazama gouazoubira* (Fischer 1814) en la Orinoquia, la Amazonia y la Costa Atlántica, hasta los 500 m.s.n.m. y el venado de cornamenta —*Odocoileus virginianus* (Zimmerman 1780)— en los distintos pisos térmicos (Cuervo, Hernández y Cadena 1986: 493).

De acuerdo a su distribución geográfica y altitudinal, las especies halladas en Tunja corresponderían a *O. virginianus* y *M. rufina*. En lengua muisca, se distinguían dos clases de venado: **chihica** y **guahagui** (González de Pérez 1987: 332). El registro arqueológico señala, efectivamente, la presencia de dos variedades: la gran mayoría de restos pertenece a venado grande y algunos pocos a venado pequeño.

Para reconocer las diferentes especies o formas de venado, hemos comparado las medidas del astrágalo del material de Tunja con las de ejemplares de El Abra. De acuerdo con estas medidas, Ijzereef (1978: 171) diferencia los dos géneros en el material de El Abra, en un total de 40 especímenes. En Tunja, de 29 ejemplares, 28 corresponderían a *Odocoileus* y uno a *Mazama*. Por otro lado, las medidas para el máximo espesor lateral son sistemáticamente superiores —en 2 o 3 mm— en el material de Tunja. Esta diferencia pudiera expresar la predominancia del venado de páramo en Tunja contra la del venado de clima cálido en El Abra. En efecto, como señala Borrero (1976: 76): «Se distinguen en este tipo de venado dos grupos de coloración diferente y constante, que corresponderían a poblaciones delimitadas altitudinalmente. Los venados que habitan las planicies del páramo, por sobre los 2.800 m, o los altiplanos por sobre los 2.400, son de color predominantemente pardo, en tanto que los que habitan las sabanas cálidas, tienen menor tamaño y son de coloración rojiza».

Tampoco se puede excluir que esta diferencia de tamaños obedezca a una forma de manejo, por parte de los muiscas del altiplano, en busca de un mayor rendimiento en la consecución de proteínas. La gran cantidad de restos de venado, así como la especial importancia que los muiscas le atribuían, sugieren esta posibilidad que hasta ahora no ha sido estudiada.

Número Mínimo de Individuos (NMI)

Para el cálculo de NMI se han tomado en consideración la Zona 1 y la zona N en general que incluye restos encontrados fuera de la estratigrafía. De acuerdo a la fusión de epífisis, en algunos casos se ha podido establecer la edad relativa de los especímenes, distinción que también permite mejorar el cálculo del número de individuos. Si bien no conocemos las edades de fusión de las epífisis en el venado, hemos distinguido tres rangos de edad para huesos con dos epífisis: joven (dos epífisis sin fusionar), subadulto (una epífisis fusionada y otra sin fusionar) y adulto (dos epífisis fusionadas), además de juvenil y adulto para huesos con una sola epífisis.

De acuerdo al número de restos de fémur, la proporción de individuos jóvenes es igual a la de adultos. En otros huesos, como el calcáneo, la proporción de ejemplares jóvenes es superior a la de adultos. Podemos entonces suponer que, en líneas generales, en los restos encontrados en Tunja hay un predominio de ejemplares en edades intermedias, probablemente como resultado de una pauta de sacrificio de animales en edades en que ya han adquirido cierto peso. Para corroborar esta hipótesis

sería conveniente precisar las edades de fusión y ampliar el conteo de los diferentes huesos, así como establecer con exactitud la correlación entre fragmentos y su distribución espacial y estratigráfica.

En algunos huesos es recurrente el que los fragmentos presenten cortes sistemáticos que indican pautas de desprese. Nuevamente, la imposibilidad de diferenciar conjuntos óseos relacionados, nos desalentó de la tarea de un inventario exhaustivo de esas pautas de corte. Se puede apreciar, sin embargo, la recurrencia de ciertos fragmentos como, por ejemplo, el del extremo distal del húmero.

En el material de Tunja se encontraron dos casos de artritis: en una falange y en la apófisis de un hueso largo (identificación, G. Correal).

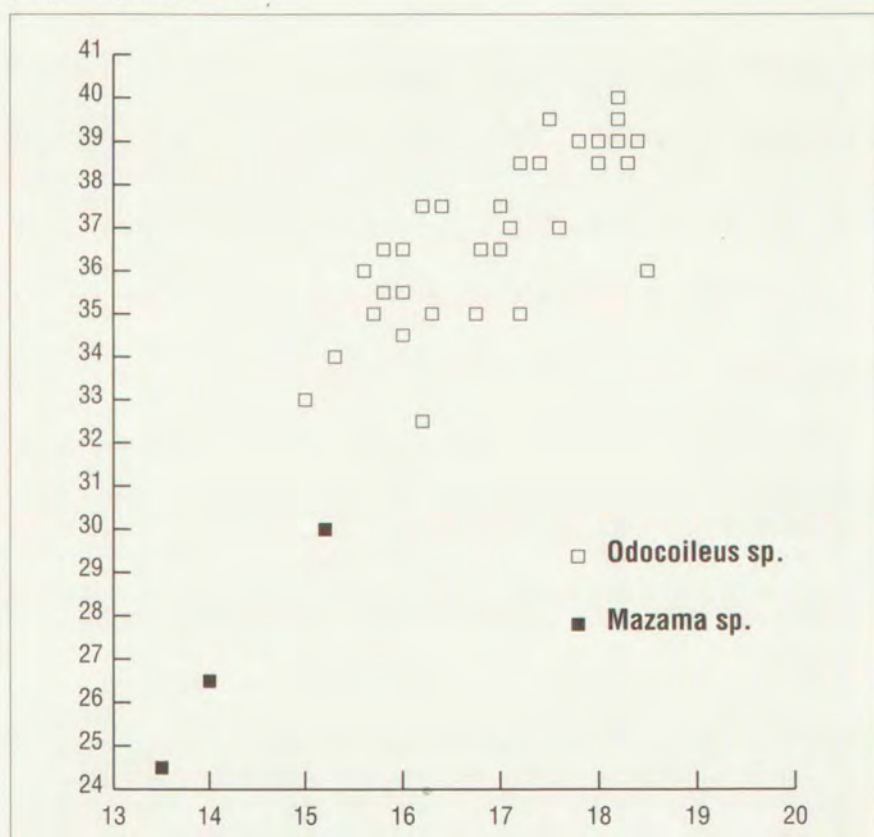
Cuadro 15. Astrágalo, medidas (largo y espesor laterales) y Número Mínimo de Individuos.

H. Cons.	Largo lateral	Espesor lateral	Lado	No. NMI acumulado
N 0301-6	39,7	23,6	D	1
B 0307-1	39,2	21,0	I	2
N 0274-3	38,6	22,6	I	3
N 0715-40	38,6	22,2	I	4
N 0202-1	38,4	23,2	I	5
N 0495-10	38,4	21,6	I	6
N 0691-30	38,4	21,5	D	6
N 0394-3	38,1	22,1	I	7
B 0262-2	38,1	21,8	D	8
N 0204-1	37,7	20,6	I	9
N 0572-10	37,5	20,8	I	10
B 0282-8	37,2	22,0	I	11
N 0383-16	37,1	21,2	I	12
B 0353	37,0	21,7	D	13
N 0247-5	36,8	21,7	I	14
N 0390-7	36,7	21,3	I	15
N 1046-28	36,5	20,3	I	16
N 2113-42	36,5	20,0	D	16
N 0955-13	36,4	20,5	I	17
N 0966-46	36,2	21,6	I	18
N 0247-4	36,2	21,0	D	18
N 0476-1	36,2	19,1	I	19
B 0305-1	35,2	20,3	I	20
N 0462-3	34,4	18,5	D	21
N 0575-16	34,0	19,0	D	22
N 0487-24	31,7	17,0	I	23
N 0266-4	28,8	14,4	I	24

Cuadro 16. N.M.I. y edad relativa.

Hueso	No. Frag.	No. Enteros	Joven	Subadulto	Adulto	Ind.	Total
Zona 1							
Astrágalo	15	14					12
Innominado	15	3	5		1		6
Fémur	17	6	6		1	1	8
Húmero	19	2	5	2	2		9
Calcáneo	8	8	3		3		6
Esternón	6	6					6
Zona N							
Calcáneo	35	25	14		6		20
Astrágalo	22	19					19
Fémur	57	23	12		12		24
UPTC							
Astrágalo	27	24					24

Cuadro 17. Medidas del astrágalo de venado. El Abra (Ijzereef 1978:171). Tunja (Arqueología UPTC).



Industrias de hueso

Muchos de los huesos de venado fueron utilizados para elaborar diversos instrumentos. En general se aprovecharon los huesos largos, las astas y la dentadura. Algunos huesos que no fueron muy utilizados se encuentran enteros en mayor número, mientras que otros aparecen sistemáticamente fragmentados indicando su utilización recurrente. Tal es el caso de los metapodios que, por su forma larga y su solidez, son adecuados para la fabricación de agujas y punzones.

En toda la zona de La Muela aparecieron miles de fragmentos de astillas longitudinales. Por falta de tiempo no se estudió su distribución espacial y estratigráfica lo que permitiría, eventualmente, identificar áreas de trabajo. También, muchos restos presentan diferentes grados de carbonización, característica que se anotó en la base de datos pero que aún no ha sido analizada.

A continuación se presentan los diferentes instrumentos óseos encontrados en la zona de estudio, siguiendo principalmente las indicaciones de Gonzalo Correal y los criterios utilizados en sus trabajos (Correal: 1990).

Agujas (Elementos punzantes con orificio)

1. Aguja corta: de forma cónica y con un largo de 20 a 30 mm, presentan una coloración oscura con pátina que las distingue de los demás implementos en hueso (Foto 28), lo cual puede deberse a que fueron hechas en asta y no en hueso. Uno de estos elementos hace parte de un collar encontrado en el entierro N56,56 (Foto 26). También, la coloración y pátina pudieran deberse a su uso como cuenta de collar. Su elaboración esmerada también indicaría este uso. En general, el agujero es lateral-axial y, en algunos casos, lateral.
2. Aguja larga, de 37 a 45 mm; presentan cinturas en el extremo del orificio.
3. Un sólo ejemplar, de 46 mm, no presenta cintura (N50,57 n=10-20).
4. Un instrumento (N54,59 bull), presenta el orificio hacia la punta, la cual es aplanada (Foto 28, extremo derecho).

Alfileres

1. El tipo más común corresponde a objetos de unos 40 mm de largo y tres de diámetro máximo; presentan líneas de uso perpendiculares al eje y debieron ser utilizados como perforadores (Foto 29, 1).
2. Algunos fragmentos alcanzan un diámetro de 5 mm lo que correspondería a una longitud mayor. Algunos alfileres tienen una cabeza de diámetro ligeramente mayor al del instrumento y destacada por un cuello formado por dos cinturas.
3. Un ejemplar de 115 mm tiene una punta estrecha de 2,5 mm. Su función como perforador es clara pues tiene múltiples líneas de desgaste perpendiculares al eje (Foto 29, extremo izquierdo).

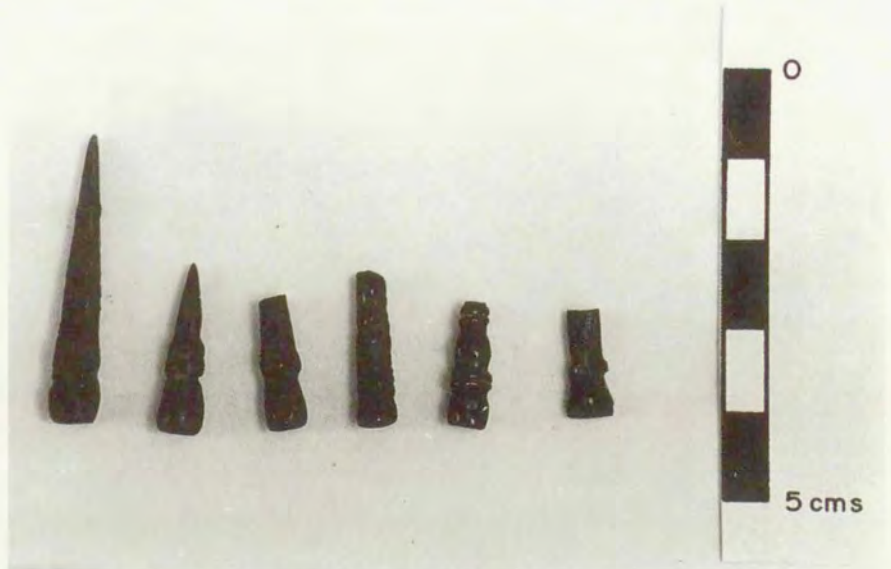


Foto 28. Agujas elaboradas en hueso de venado.

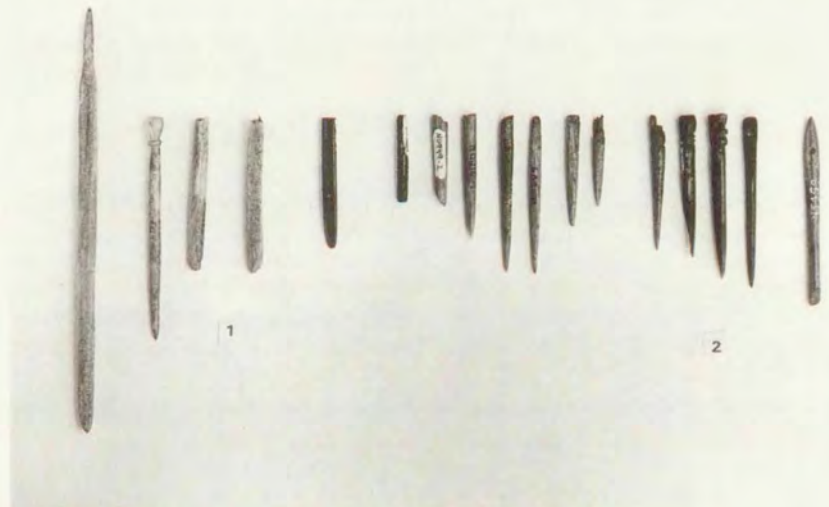


Foto 29. Alfileres. Hueso de venado.

Perforadores

1. Astillas diafisiarias largas y delgadas de sección irregular. Presentan líneas de desgaste perpendiculares al eje (Foto 30, 2).
2. Algunos elementos —con el extremo agudo— tienen un cuerpo más ancho que permite un mejor agarre (Foto 30, 4 extremo izquierdo) (Ent. 55,59).



Foto 30. Perforadores. Hueso de venado.

Punzones

1. Astillas diafisarias de huesos largos; en algunos casos se reconocen metapodios con 40 a 90 mm de largo.
2. Ulnas de venado. Casi la totalidad fue destinada a la elaboración de punzones. Presentan líneas de uso oblicuas en la parte central, lo cual indicaría un movimiento combinado de avance y giro. La forma del hueso se adapta perfectamente al uso como instrumento ya que su elaboración consiste simplemente en afilar el delgado extremo distal; cuando éste se parte, se afila nuevamente dando un instrumento de largo menor—unos 120 mm— y, una segunda fractura permite una reutilización, dando lugar a un instrumento más corto pero también más resistente (Foto 31).
3. Un metatarso casi entero tiene un extremo calcinado y aguzado. No presenta desgaste y parece ser un instrumento en proceso de elaboración.

Estiletos

Su característica principal es su punta plana o aquillada. Posiblemente su uso haya sido el de realizar incisiones en un material no excesivamente duro. Presenta líneas de uso paralelas al filo. Se registraron cinco elementos de 20 a 70 mm. Están elaborados en astillas diafisarias de huesos largos. Dos ejemplares presentan canal medular (Foto 30, 3).

Espátulas

Instrumentos con extremo redondeado y plano de filo casi cortante elaborados en metapodio de venado. Se encontraron siete fragmentos—correspondientes al extremo de uso— que miden entre 40 y 90 mm.

Una espátula entera consistente en una astilla epifisiaria mide 120 mm. Un ejemplar —perteneciente al extremo asible del instrumento— tiene un orificio como para un cordel. Las espátulas presentan múltiples líneas de uso que, en el extremo del instrumento, son predominantemente oblicuas (Foto 30, 1).



Foto 31. Punzones elaborados con ulnas de venado; raederas de mandíbula.

Cinceles de presión

Se trata de dos astillas gruesas con punta triangular que presentan pátina y líneas de uso. Su función pudo ser la de ejercer presión para tallar el pedernal.

Ganchos de tiradera

Elaborados con fragmentos de hueso que forman un arco (Ischium?) o logrando una forma triangular a partir del borde de un hueso largo. Cuatro elementos miden unos 30 mm y uno 50 mm (Foto 32, 1).

Astillas

1. Con borde cortante. Consisten en fragmentos diafisiarios de huesos largos que, a juzgar por la amplitud del canal medular, corresponden a huesos diferentes de los metapodios. La fractura forma un borde cortante. Presentan pátina.
2. Con punta.
3. Con extremo agudo redondeado adaptado para ejercer presión (N0968-2). Líneas de uso oblicuas.
4. Epifisiarias. Tres ejemplares estudiados presentan diferentes características: uno de ellos tiene un orificio para cordel y el extremo puntiagudo redondeado, más para ejercer una presión puntual que

para perforar; un segundo elemento presenta un orificio para un cordel y fue perforado por los dos lados: en el exterior se aprecia el inicio de un segundo orificio que, al no coincidir con el interior, no fue concluido; falta la punta del instrumento por lo cual se desconoce su uso. Una tercera astilla, delgada, con el extremo fracturado, presenta líneas de uso oblicuas; su uso es desconocido.



Foto 32. Ganchos de tiradera y colgantes de hueso.

Astas

Las puntas de asta de venado presentan diversas señales de uso, principalmente pátina y calcinación; algunas pocas tienen líneas de uso, señales de corte y orificio. Los fragmentos de puntas de asta tienen una longitud de 25 a 50 mm. La función de estos elementos pudo ser el ejercer presión o servir como golpeadores para tallar el pedernal.

Raederas de mandíbula

Fueron formadas con la rama horizontal del maxilar inferior, cortando la rama ascendente y el extremo anterior. Algunos ejemplares presentan material adherido entre las muelas sugiriendo un uso sobre material blando, por ejemplo, en la limpieza de cueros o pelado de raíces. Generalmente presentan pátina. Es raro encontrar un maxilar entero; generalmente se encuentran la raedera o los fragmentos desechados con sus cortes característicos (Foto 31).

Mano de mortero pequeña

Fabricada en asta de venado, es de forma cilíndrica, mide aproximadamente 30 x 20 mm y recuerda los morteros empleados actualmente por los guahibos para pulverizar el yopo.

Recipiente pequeño de asta

Pequeño vaso elaborado en asta de venado.

Colgantes

Se trata de un incisivo, con un orificio en la raíz y de dos huesos largos con orificios (Foto 32, 2).

Curí. Fam. CAVIIDAE —Cavia porcellus

Después del venado, el curí es el animal más abundante en el registro arqueológico de la UPTC. Hemos identificado 503 restos óseos correspondientes a este animal. Si consideramos el cálculo de Número Mínimo de Individuos, el curí es el animal más frecuente. Comparativamente a los restos de venado, los de curí son más homogéneos por cuanto hay una mayor proporción de huesos completos, equilibrio entre lados izquierdo y derecho y proporción entre diferentes huesos (Foto 33).

Cuadro 18. Inventario de restos de curí.

Hueso	Derecho	Izquierdo	NMI
Cadera	21	22	22
Fémur	16	18	18
Húmero	23	20	23
Max. inf.	43	36	43
Radio	15	14	15
Scapula	10	12	12
Tibia	47	38	47
Ulna	9	18	18

Etnozoología

El curí ha aparecido en el registro arqueológico de los sitios de Tequendama, Nemocón, Sueva, Tibitó, Gachalá y Aguazuque, donde existen evidencias de domesticación desde la época paleoindia. Igualmente aparece como parte del ajuar funerario (Correal y Pinto 1983: 72. Correal 1990: 87). Es tradicionalmente doméstico en el área andina.

Los cronistas son reiterativos al señalar al curí como alimento habitual en el altiplano. A diferencia del venado, no hay ninguna referencia a restricciones en su consumo. En lengua chibcha el curí se denominaba **fuquy** o **sucui** (González de Pérez 1987). En el Epítome se menciona como **fucos** (Correal y Pinto 1983: 75). Estos son nombres probablemente derivados de la onomatopeya *cui*, nombre con el cual también se conoce al animal y que corresponde a su grito característico. La caza de curíes —probablemente con una técnica de trampeo— se denominaba **chhibago** en chibcha. Como es sabido, el curí es un animal muy productivo; tiene

crías entre 63 y 74 días y es fecundo desde los tres meses hasta los siete años (Correal y Pinto 1983: 75).



Foto 33. Huesos de curí.

Tipos de escotadura isquiática

De acuerdo con los tipos de escotadura isquiática señalados por Ijzereef (1978) para los restos de curí procedentes de El Abra, podemos clasificar el material de Tunja —25 ejemplares— como pertenecientes a los tipos 1, 2, 3, y 4, correspondientes a las formas domésticas (ver Foto 33) (Cuadro 19).

Edad y fusión de epífisis

La casi totalidad de huesos de húmero y fémur —si bien corresponden a individuos que han alcanzado el tamaño adulto— presentan sus epífisis

sin fusionar, indicando una edad de sacrificio precisa, lo cual es posible si se trata de curies domésticos. Un elevado porcentaje de tibias presenta características de tamaño grande pero sin fusión de epífisis. Esto indicaría que, en su gran mayoría, los ejemplares fueron sacrificados jóvenes, pero ya plenamente desarrollados, reduciendo de esta manera la inversión en alimentos para los animales, como sucede entre los actuales criadores de conejos y pollos.

En conclusión, la abundancia de restos, la forma de la escotadura isquiática y la edad de sacrificio de los ejemplares son rasgos indicativos de la presencia de curies domésticos.

Cuadro 19. Tipos de roedores.

Tipos	Ejemplares	%	Forma
1	9	36	Doméstica
2	2	8	Transicional
3	10	40	Transicional
4	4	16	Transicional

Cuadro 20. Roedores: distribución y asociación.

H cons. in	Coord.	Nivel	Especie	Hueso	Lado	Asociación
G'0042			S. hispidus			Entierro adulto
N	54,52	60-70	Sigmodon sp.			Entierro adulto, bohío
N 0178 1	57,66	60-70	Roedor	Cadera	I	Límite bohío
N 0582 15		bull	Roedor	Cadera	I	
N 0214 1	58,65	80-90	R. pequeño	Fémur	I	Límite bohío
N 0432 1	57,60	55-65	R. pequeño	Fémur	I	
N 0582 78		bull	R. mediano	Fémur	D	
N 0755 1	56,53		S. hispidus	Fémur	I	Lím. sur bohío, cerca entierro
N 0813 4	56,52	30-40		Fémur	I	Lím. sur bohío, cerca entierro
N 0858 8	47,52	10-20	Sigmodon sp	Fémur	I	Zona surocc., asoc. puma.
N 0899 9			R. pequeño	Fémur		Zona surocc., asoc. puma.
N 0160	59,66	50-60	Roedor	Incisivo		Límite bohío
N 0351 1	56,62	55-65	Roedor	Ind.	D	Entierro bohío
N 0435 1	56,60	0-25	Roedor	Max. inf.	I	Entierro bohío
N 0440 1	56,60	65-75	Roedor	Max. inf.	I	Entierro bohío
N 0495 1	54,59	40-50	Roedor	Max. inf.	D	Entierro bohío
N 0578 1	54,57	20-30	Roedor			Entierro bohío
N 0579 1	54,57	30-40	Roedor	Max. inf.		Entierro bohío
N 0858 2	47,52	10-20	Roedor	Max. sup.		Entierro bohío

Ratones. Fam. CRICETIDAE — Sigmodon hispidus.
Sigmodon sp.

Clasificación

De un total de unos 50 registros de roedores, se han determinado dos especímenes correspondientes a ejemplares articulados bastante completos. Las determinaciones, a cargo del Dr. Alberto Cadena del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de Bogotá, son las siguientes:

G'0042. *Sigmodon hispidus* (identificado por Say y Ord 1895).
N54,52. *Sigmodon sp.*

De acuerdo a los tamaños del fémur, encontramos cuatro tipos:

Grande. *Sigmodon hispidus* (Foto 34, 1-2).

Indeterminado (Foto 34, 6).

Intermedio. *Sigmodon sp.* (Foto 34, 4-5).

Pequeño (Foto 34, 8-9).

Pequeño y grueso.

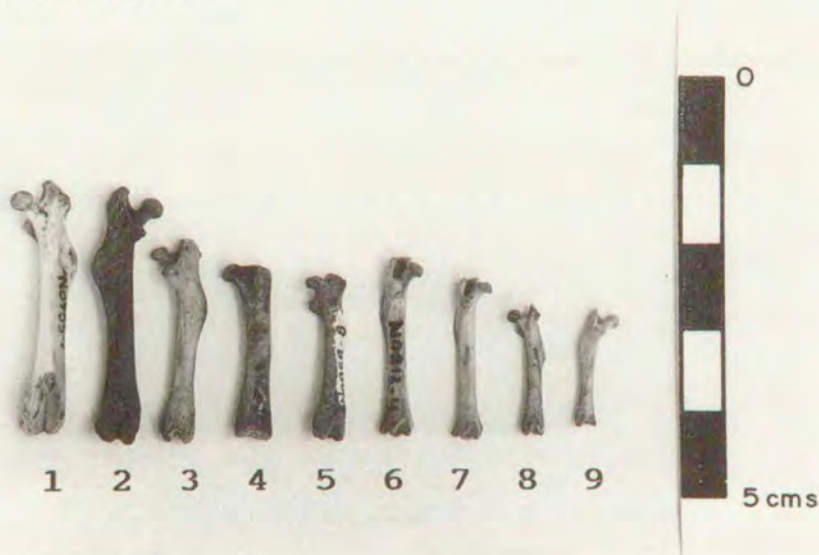


Foto 34. Huesos de roedores.

Distribución y asociación

Un buen número de los registros de roedores está asociado a enterramientos humanos. La presencia de ejemplares articulados indica que el animal no fue comido y, su posición en estratos profundos y en asociación con enterramientos humanos, indica una función ritual. Entre los tunebos, se ha observado que, en rituales

curativos, conservan ratones desecados colgados de una cuerda al lado del enfermo.

Zorros. Fam. CANIDAE — *Vulpes cinereoargentus*. *Canis (Cercocyon) thous*.

Vulpes cinereoargentus (identificado por Schreber 1775) (det. A. Cadena) (Foto 35, 3-4).

Registros: G'0041-6. */. Maxilar inferior derecho. N 0050-18. 43,52. Maxilar inferior derecho, rama horizontal. Asociado a entierro de adulto (1/2 pozo).

Canis (Cercocyon) thous (identificado por Linnaeus 1766) (Foto 35, 1-2).

Cuervo y otros (1986) no señalan registros para la zona de Boyacá.

Registros: N 0857-5. Maxilar inferior izquierdo. N 0870-11. Maxilar inferior derecho, rama ascendente. N 0895-12. Húmero proximal.



Foto 35. Huesos de zorro, puma, armadillo, fara, coatí de montaña, lapa y conejo.

Zorro

N 0715. Astrágalo. N 0954-12. Cabeza de fémur. N 0822-2. Fragmento de húmero proximal. Asociado a entierro de adulto (1/2 pozo).

La distribución espacial de estos restos corresponde, en todos los casos, a la zona suroccidental, al exterior del bohío de enterramientos y, en dos casos, hacen parte del ajuar funerario de entierros de adultos y de 1/2 pozo.

Sobre la importancia del zorro entre los muiscas, basta con citar el comentario de Acosta: «...se colige que el animal denominado **fo** o **fu**, o zorra, era algo muy sagrado entre nuestros aborígenes de Cundinamarca, en cuyo nombre consagraban templos y señalaban lugares y seres de importancia espiritual.» (Acosta 1938: 143).

Puma. Fam. FELIDAE —*Felis concolor* (identificado por Linnaeus 1771) (Foto 35, 9). Las determinaciones fueron realizadas por Alberto Cadena.

Registros: N Bull-48. Fragmento de mandíbula superior con molar de un ejemplar adulto. Desenterrado por la intervención de una motoniveladora, fue hallado, desafortunadamente, fuera de contexto estratigráfico. N 0769-1. Calcáneo. N 0584-6. Falange II. N 0817-3. Falange I. N 0891-. Ejemplar articulado de hembra joven —sin extremidades y sin rostro— hallado al lado de la más grande acumulación de cerámica de toda la excavación. Se encontraron el cráneo casi completo, 41 vértebras y fragmentos, 30 costillas y fragmentos y huesos pélvicos contiguos a cuatro huecos grandes. La falta de rostro se puede explicar por la utilización de los dientes en la elaboración de collares. Igualmente, la ausencia de extremidades se puede deber al uso de falanges y metapodios como cuentas de collar.

Como en el caso de los zorros, la distribución espacial de restos de puma corresponde, sistemáticamente, a la zona suroccidental del área de excavación.

Etnozoología

Los felinos jugaban un importante papel entre los muiscas. «Gato», «león» y «oso» se amarraban a la puerta del deudor, a quien también se le apagaba la fogata (Simón [1625] 1981: T. III, 393). Cubiertos con pieles de osos, leones y tigres, por parcialidades —chocontaes y bogotaes vestían distinto— los muiscas participaban en el ritual de cosecha (Simón [1625] 1981: T. III, 69; 226). **Neme** o **nymy** y **chijisaba** son nombres chibchas para león (Acosta 1938: 56). Acosta discute si esta denominación es o no apropiada puesto que el león no es americano y concluye que estos nombres deben referirse al gato montés y al oso. Sin embargo, es claro que el felino a que alude la terminología muisca, es el puma o león americano y, por extensión, a los demás gatos. En Guahibo, por ejemplo, la palabra 'neühtü' —que casualmente Reichel-Dolmatoff (1978) relaciona con el **neme** de los chibchas— se aplica al jaguar y también al puma —'neüthü **petsobianü**', jaguar rojo— y, genéricamente, a los felinos.

Armadillo. Fam. DASYPODIDAE —Dasypus kappleri (identificado por Krauss 1862) (Foto 35, 8). Las determinaciones fueron realizadas por Alberto Cadena.

Registros: N 0895-11. N 1044-11. Ambos registros corresponden al extremo distal del húmero y, aparentemente, pertenecen al mismo ejemplar. Aparecen a varios metros el uno del otro, pero en el mismo estrato, en la zona suroccidental, con una distribución análoga a la del puma y los zorros. De acuerdo con Cuervo y otros (1986), su distribución actual es la Orinoquia y Amazonia. El espécimen fue traído probablemente de la zona de los Llanos, por el significado ritual que muestra en su propia distribución espacial al lado de otros animales.

Fara. Fam. DIDELPHIDAE —Didelphis marsupialis (identificado por Linnaeus 1758) (Foto 35, 7). Determinaciones realizadas por Alberto Cadena.

Registros: B 0041. Ejemplar joven (área Establo). N 0822-3. 55,52. 60-65. Mandíbula inferior izquierda; fragmento de la rama ascendente. Ejemplar adulto. Asociado a entierro de adulto, fuera del bohío. N 2239-4. Mandíbula inferior izquierda; fragmento de la rama ascendente. Ejemplar adulto.

Coatí de montaña. Fam. PROCYONIDAE —Nasuella olivacea (identificado por Gray 1865) (Foto 35, 4). Determinaciones de Alberto Cadena.

Registros: N 0665. Cráneo. N 0665-4. Radio. N 0665-5. Fragmento de hueso largo. Restos asociados a entierro de medio pozo, de adulto, localizado fuera del bohío, en la zona occidental. N 0595-48. Mandíbula inferior izquierda, entera. N 0094-1. Mandíbula inferior izquierda, rama ascendente.

Distribución: en la zona occidental, al exterior del bohío, al norte, centro y sur del área estudiada.

Conejo. Fam. LEPORIDAE —Sylvilagus brasiliensis (identificado por Linnaeus 1785) (Foto 35, 6).

Registros: N 57. 65-67. Zygodium en estado de calcinación. N0452-2. Zygodium. N0553-3. Mandíbula inferior izquierda; fragmento de rama horizontal.

Lapa. Fam. AGOUTIDAE —Agouti taczanowskii (identificado por Stolzmann 1865) (Foto 35,10).

Registros: N0590-1. Mandíbula inferior derecha.

Aves

Para el estudio de restos de aves se identificaron los diferentes huesos y se establecieron distinciones de acuerdo a tamaños, con miras a una posterior consulta con especialistas.



Foto 36. Huesos de aves.

Registros:

Ejemplares articulados

Ejemplar A: N 0414-413. Tomamos este ejemplar como referencia, ya que se presentan los siguientes huesos: coracoideo, carpo-metacarpo, esternón, ulna izquierda y derecha y radio. Corresponde a un ave del tamaño aproximado de una paloma. Asociado a tumba sin muerto (?), fuera del bohío.

N0161. Conjunto de huesos (5) correspondiente a un mismo ejemplar. Estos restos pertenecen a un ave pequeña, de unos 10 cm o menos de longitud. Extremo norte del bohío.

N. 54,59. n 20-30. Cráneo y vértebras (7 elementos). Tipo Falconiforme. Asociado a entierro de adulto, dentro del bohío.

N 1007-16. Cráneo. Tipo Columbiforme.

N 1007-16. Sinsacro. Extremo suroccidental, fuera del bohío.

Esternones

De acuerdo a forma y tamaño, se trata de tres (A, B y C) especies y cinco individuos: N 0414-1. (A); N 0306-1. (B); N 0890-7. (A); N 0854-10. (C); N 0901-6. (C).

Sinsacros

N 0273-2.

Pigostilos

N 0486.

Húmeros

De acuerdo a formas y tamaños hay cinco especies ($2 > A$, A y $2 < A$) y cinco individuos. N 0961-4. Frg. proximal. N 0962-21. Frg. dist. anterior. ($2 A$). N Bull 25. Frg. dist. ($1.5 A$). N 0414-5. (A)

N 0211-8. Frg. dist. ($0.8 A$); asociado a entierro. N 0266-1. ($0.5 A$).

Tarsometatarsos

Presentan formas y tamaños diferentes: corresponden a cinco ejemplares pertenecientes a cinco especies diferentes: N 0302-5. N 0306-5. N 0407-. N 0574 20. N 0915-22.

Carpometacarpus

Hay seis individuos y cinco especies ($4 > A$). N 0414-9. (Tamaño A).

N 0487-9. ($1.3 A$). N 0500-7. ($2 A$). N 0720-1. ($1.3 A$). N 0844-6. ($1.3 A$). N 0855-21. ($1.4 A$).

Radios

N 0214-2. Pendiente. (Tamaño: $1.3 A$). N 0391-3. Pendiente. ($1.3 A$).

N. 52,62. bull. Pendiente. ($1.3 A$). N 0403-1. bull. (A). N 0414-8. bull. (A). N 0463-2. bull. N 0605-27. Pendiente. ($1.3 A$). N 0605-26. Pendiente. ($1.3 A$). Exterior del bohío.

Los radios presentan mayor homogeneidad. Su tamaño es regular —unos cinco cm— y tienen un orificio en el extremo proximal para ser usados como pendientes. Con este fin parece haberse seleccionado una especie particular de ave (Foto 36).

Ulnas

Con excepción del espécimen A y del N 0515-3, las ulnas están fragmentadas, lo cual no facilita la estimación del número de individuos. N 1045-9. N 0868-13. N 0214-4. N 0414-7. N 0414-6. N 0515-3. N 0863-11. N 0940-7.

Coracoideos (7)

N 0706-45. (Tamaño: $1.5 A$). N 0597-4. ($1.2 A$). N 0940-1. ($1.2 A$). N 0413-4. (A). N 0951-1. (A). N 0714-17. (A). N 0629-2. ($0.8 A$). Hay cuatro especies y cinco individuos.

Tibiotarsos

N 0605-8. N 0855-20. N 0731-29.

Número de especies y número de individuos

Combinando los datos para húmeros y carpometacarpos, el número mínimo de especies sería de siete, cuatro de mayor tamaño que el espécimen A y dos de menor tamaño. Dada la heterogeneidad del material óseo, ésta parece una estimación bastante conservadora. Igualmente, es presumible que el número de individuos sea bastante próximo al número de fragmentos.

Distribución

La distribución de los restos de aves no presenta una pauta reconocible. Algunos conjuntos están asociados a enterramientos, mientras que otros no presentan esta relación. En general se encuentran distribuidos por toda el área estudiada. Sin embargo, hay que reconocer que, desde el punto de vista etnozoológico, el grupo de las aves es una entidad compleja y, por tanto, no debíamos esperar un comportamiento homogéneo en relación con la diversidad de especies.

Caracoles —Orden Gasterópoda

El total de registros, para el corte estudiado, es de 1115, entre caracoles considerados enteros y fragmentados; estos últimos no permiten tomar medidas y, en algunos casos, tampoco puede distinguirse la variedad de caracol.

Inicialmente, se efectuó una clasificación tentativa sobre los ejemplares enteros: se tuvieron en cuenta la forma —especialmente del apical y del labio exterior— la coloración y el tamaño. Atendiendo a tales criterios, se encontraron los seis tipos que se anotan más adelante. Para mayor claridad, debe advertirse que las medidas tomadas hacen referencia al largo y ancho máximos; en varios casos, la longitud del ejemplar está afectada por la ausencia de una parte del apical.

Los caracoles frecuentemente fueron encontrados en asociación directa con los enterramientos, excepción hecha de una concentración de 151 unidades hallada en la cuadrícula N 57,66 estrato C. Debe resaltarse la abundancia de este tipo de material, habitualmente asociado a los enterramientos y santuarios, tal como lo describen los documentos de la época colonial:

«...al cacique le sacaron un santuario que tenía cerca de su casa debajo de una piedra... cuatro petaquillas de caracoles... dichos cascaveles y caracoles eran de un tío de ese cacique que murió.» (Chitagoto 1583. En: Londoño 1990).

En el corte, los caracoles aparecen mezclados con macrorestos vegetales, carbón y material orgánico formando manchas o vetas compactas, como se describirá al hablar de los materiales vegetales.

Puede afirmarse que el tipo de caracol más frecuentemente hallado corresponde al *P. Plekochelius* que puede presentarse en grandes concentraciones. El tipo clasificado por la Dra. Martha Bueno como *Euglandina*, presenta una particular afinidad con el definido por Correal (1977) para el Tequendama como *Orthalicus* sp. considerándolo propio de climas templados o cálidos. Los ejemplares hallados en nuestra excavación tienen agujeros artificiales y, dentro de uno de ellos, aparecen los huesos y uñas de un pequeño carnívoro, confirmando la hipótesis de su utilización ritual.

Fam. Bulimulidae

Plekocheilus (plekocheilus) cf fulminans (identificado por Nyst 1843) (Tipo 1)

Se caracteriza por una coloración rosada en la parte exterior del caracol; su concha es gruesa, su apical tiene cuatro vueltas y se identifican incisiones verticales (Foto 37, 1). (Longitud: entre 28,5 y 42 mm. Long. promedio: 35,2 mm. Ancho: entre 14 y 23 mm. Ancho promedio: 19,2 mm. Medidas más frecuentes: 41 mm de longitud y 19 mm de ancho).

Plekocheilus (identificado por Guilding 1928) **cf plekocheilus (Aeropictus)**. Por localidad: **cathacartiae-cleeforum** (Tipo 2).

(Longitud: entre 16 y 40 mm. Long. más frecuente: 25 mm. Ancho: entre 11 y 22 mm. Ancho más frecuente: 14 mm).

Su tamaño es más pequeño que el determinado para el tipo 1. La concha es delgada, el fondo blancuzco con manchas café, tanto en el interior como en el exterior. En algunos casos, el exterior es de color blanco y el interior conserva las manchas. El apical presenta tres vueltas (Foto 37, 2).

Plekocheilus succinoides (Tipo 3)

Presenta rayas blancas que van en dirección longitudinal y tres vueltas de apical (Foto 37, 3). (Longitud: entre 21 y 39 mm; la más frecuente es de 32 mm. Ancho: entre 14 y 22 mm; la más frecuente es de 17 mm).

Drymaeus nigrofasciatus (Tipo 4)

Tienen cuatro vueltas en el apical y rayas café sobre el fondo blanco que atraviesan el caracol (Foto 37, 4). Es el más pequeño de todos los tipos. (Longitud: entre 11 y 28 mm; la más frecuente es de 11 y 22 mm. Ancho: de 6 a 11 mm; la más frecuente es de 10 mm).

Grupo 5

Se incluyen aquí los especímenes de los cuales hay muy pocos ejemplares; algunos de ellos se identificaron así:

N 57,60. n=25-35. *Bulimus* sp. N0 167. *Plekocheilus* (*Aeropictus*) *delicatus* (identificado por Pilsbry 1935). N 53,57 x 3. *Drymaeus* sp.

Fam. Oleacinae

Subfamilia: Euglandinae. Género: Euglandina (Tipo 6). (Longitud: 6,5 cm. Ancho: 3,2 cm). En todos los casos, presentan orificios artificiales (Foto 37, 6).



Foto 37. Caracoles hallados en cercanías de los entierros.

Material vegetal

La abundancia de macrorestos vegetales hallados en el área de excavación —muy por encima de los registrados en otras áreas— constituye uno de los elementos que caracterizan el lugar. El material aparece habitualmente calcinado y en relativo buen estado de conservación. Generalmente se halla asociado a enterramientos, ya sea alrededor, encima o dentro de éstos.

El material vegetal se encuentra frecuentemente en compactaciones de forma laminar —de unos 3 cm de espesor— ricas en material orgánico, que aparecen en el estrato B asociadas a entierros; en ellas se amalgama con restos de caracoles y con materiales orgánicos.

La presencia de cantidades considerables de materiales enteros —granos, ramas y muestras no determinadas— no permite pensar en ellos como residuos de alimentación y, la característica constante de estar calcinados, impide concebirlos como objeto de almacenamiento. Una mirada a las fuentes documentales, advierte referencias a vegetales calcinados ligados a los santuarios o a los bohíos funerarios (ver Londoño 1990).

Uricoechea [1854] 1971); ésto, unido a su asociación con enterramientos, invita a estudiarlos teniendo en mente las prácticas rituales.

Los materiales vegetales encontrados suman 756 elementos, consistentes en semillas, tusas de maíz, espigas, ramas y restos indeterminados. En cuanto a la distribución del material vegetal, es más abundante en las cuadrículas pertenecientes a las líneas 56 a 67 y, especialmente, en la franja comprendida entre las líneas 59 y 63 donde estaba concentrado el 50,1 % del material colectado. En la estratigrafía de la excavación, es posible ubicarlo notoriamente concentrado en los estratos B y BC, siendo visiblemente mayores las concentraciones del estrato B.

Tusas de maíz

Las muestras aquí presentadas se han caracterizado como tusas, puesto que han sido despojadas de los granos; solamente en un caso —el ejemplar número 15— hay residuos de algunos de ellos en la parte basal. En la mayoría de los casos se conservan las copillas, en distintas proporciones.

La descripción de los ejemplares se hizo con base en la medición de longitud, diámetro máximo, grosor y espacio basal de las copillas, al conteo del número de hileras y, finalmente, a la observación de su forma.

Se estudió un total de 193 muestras que fueron clasificadas, atendiendo a su estado de conservación, en tres categorías a saber:

- Muestras ejemplares; son unidades completas o casi completas (15 ejemplares) (Foto 38).
- Muestras en mediano estado de conservación; son ejemplares de los cuales permanece cerca del 50% del original y su medición es posible. Se registraron 72.
- Muestras en mal estado de conservación: son fragmentos que se conservan en menos de un 50%, que permiten su identificación como tusas, pero cuya medición se hace imposible. Registramos un total de 110 fragmentos.

Con el propósito de evaluar la deformación producida por la calcinación de las tusas, se realizaron experimentos mediante la quema de ejemplares de variedades de maíces pequeños actuales —provenientes de la región de Boyacá— tomando medidas antes y después del proceso. El resultado fue una reducción de las tusas así: en longitud, entre el 16 y 26% y en diámetro de 13 a 34%, como se puede apreciar en el Cuadro 22¹¹.

Promediando los porcentajes de reducción, hemos considerado que un 20 % puede ser una aproximación apropiada para calcular las medidas originales del material arqueológico.

¹¹ Este trabajo de calcinación y medición del material vegetal fue realizado por el estudiante César Madero de la facultad de Agronomía de la UPTC.



Foto 38. Tusas de maíz.

Cuadro 21. Características de 15 tusas arqueológicas.

No.	Long. mm	Diám. mm	Gros. mm	LxDxG	Hileras	Gran/hil	Ttl. gran.	Espacio gran. mm	Forma
5	16,5	6,7	5,0	552,7	8	6,7	56	4,5x3,5	Cuadrada
3	19,3	7,3	7,1	1.000,3	8	6,7	52	3,5	Cilíndrica
1	20,1	6,1	6,5	749,9	10	5,6	55	3,5x3,0	Cónica
2	10,0	6,9	6,4	883,2	10	6,7	65	3,0x3,0	Cilíndrica
14	15,8	7,0	7,0	774,2	10	6,0	60	3,0x2,5	-Cónica
7	14,5	7,8	6,7	757,8	10	7,0	70	2,5x3,0	-Cónica
8	27,0	8,0	8,0	1.728,0	10	6,7	68	3,0	Cilíndrica
9	22,6	8,3	7,3	1.369,3	10	8,0	80	3,5x4,0	-Cónica
6	24,5	8,5	8,6	1.790,9	10	8,0	80	3,5x4,5	Cilíndrica
4	19,1	10,9	9,1	1.894,5	10	7,0	70	2,0x2,5	Cilíndrica
13	27,5	11,1	11,1	3.388,3	10	8,0	80	3,0x2,5	Cilíndrica
15	24,7	12	7,8	2.311,9	10	6,7	65	3,5x3,0	Cilíndrica
11	26,5	10,0	9,0	2.385,0	12	8,1	108	3,5x4,0	Cilíndrica
12	31,2	13,1	9,8	4.005,4	12	11,12	138	3,5x2,5	Cónica
10	24,0	8,8	6,3	1.374,9	14	7,8	105	2,9x2,7	Cilíndrica

Clasificación

Las tusas encontradas se caracterizan por sus diámetros pequeños, un número de 10 hileras como valor más frecuente y longitudes muy pequeñas que alcanzan los 3 cm. El material arqueológico encontrado en Tunja se ha comparado con las variedades Pollo, Pira, Sabanero, Cabuyo y maíz Tunebo (Cuadro 23).

Cuadro 22. Clasificación de tusas.

Variedad	No. Hileras	Sin calcinar		Calcínados		%			
		Long. cm	Diám. cm	Long. cm	Diám. cm	Diferencia		Reducción	
						Long.	Diám.	Long.	Diám.
Arroz	11	11,5	1,7	9,3	0,7	2,5	0,4	21,3	33,6
Amarillo	13	10,9	2,5	8,0	2,0	2,9	0,5	26,4	19,2
Rosado	12	12,0	2,3	10,1	1,9	1,9	0,4	16,0	16,5
Tunebo A	10	5,2	1,3	4,1	1,0	1,2	0,3	22,2	20,5
Tunebo B	10	6,0	1,3	5,1	1,2	1,0	0,2	17,3	12,7

Cuadro 23. Comparación de maíces arqueológicos y actuales.

Tusas actuales	Hileras	Rango Diám. máx. mm	Promedio		Diám. + frec. mm	Media mm	Corre. 20%
			Long. cm	Diám. mm			
Pollo*	10,0		8,8	14,3			
Pira*	11,0		11,2	11,2			
Sabanero	11,7		14,0	25,0			
Cabuyo*	9,3		16,0	17,8			
Tunebo*	10,0		5,6	13,5			
Tusas arqueológicas enteras							
Cantidad							
2	8	6,7-7,3	1,8	7,0	7,0		8,4
10	10	6,1-12,0	2,2	8,7	8,0	8,1	10,4
2	12	10,0-13,1	2,9	11,6	10,13		13,9
1	14	8,8	2,4	8,8	9,0	8,8	10,6
Tusas arqueológicas regulares							
Cantidad							
16	8	3,8-8,5		6,0	6,0	5,7	7,2
37	10	4,1-11,4		7,8	7,0	7,5	9,4
13	12	6,1-11,0		9,4	8,0	8,4	11,3
4	14	10,0-11,5		10,7	10,11	10,7	12,8
1	16	6,9		6,9	7,0	6,9	8,3

* Maíces colombianos actuales referenciados en Roberts y otros 1957.

La variedad Pollo ha sido registrada arqueológicamente en Pasca por Broadbent, según identificaciones de Mangelsdorff (citados por Langebaek 1987 y 1987a). En la zona Calima se han reportado muestras pertenecientes a la línea Chapalote/Nal Tel/ Pollo y también a la variedad Cabuyo (Kaplan y Smith 1988). En la colección perteneciente al Museo de Pasca, Cundinamarca, Langebaek señala, además del Pollo, la presencia de la variedad Pira. Para el presente trabajo se tomó en cuenta la variedad Sabanero por su relación con el Pollo-Zapalote—según lo señalan Roberts y otros— y se consideraron muestras de

maíz Tunebo recolectado en la zona de Bókota; se trata de un maíz pequeño, con diez hileras, cultivado, en alturas mayores a los 2500 m.s.n.m., por un grupo indígena cuya afinidad con los muisca del altiplano ha sido establecida.

El Cuadro 23, permite hacer algunas consideraciones:

- Longitud: las tusas arqueológicas presentan valores muy pequeños; en cuanto a este rasgo se refiere, podríamos afirmar que el maíz actual más corto es el Tunebo. No obstante, ciertas variedades de Pollo —como el actual noventano del Valle de Tenza— presentan longitudes del orden de 6 cm.
- El número de hileras —diez para las variedades Pollo y Tunebo— corresponde a la mayor frecuencia en los registros arqueológicos. Pero debe anotarse que, en el material arqueológico, se presentan también algunos casos de 8 y 12 hileras y, en menor proporción, de 14.
- Si bien la deformación por calcinación determina una distorsión sensible, el diámetro de las tusas es la medida más confiable en el material arqueológico, ya que se sustenta en la medición de 86 ejemplares. Se puede apreciar que las tusas arqueológicas son delgadas, sugiriendo una afinidad con las variedades Pira y Tunebo.
- Finalmente, debe decirse que el maíz Pollo es la variedad que muestra mayor afinidad con las tres medidas simultáneamente.

Semillas de maíz

El estudio se realizó sobre un universo de 275 muestras. Los granos de maíz tienen una forma típica y, al calcinarse, pierden la parte basal (endospermo). Al calcinar granos actuales, se obtienen las mismas formas características.

Las semillas de maíz arqueológico presentan el siguiente rango de medidas: longitud, de 3,5 a 8,5 mm; ancho, de 4,3 a 7,4 mm y grosor, entre 3,1 y 7,1 mm. Sus medidas promedio son: largo, 5,9 mm; ancho, 5,8 mm y grosor, 4,9 mm.

Al contrario de las tusas, en los granos actuales de maíz la calcinación produce un aumento de tamaño, especialmente del grosor. El largo y el ancho varían en una proporción mínima, aumentando en la mayoría de las variedades pero disminuyendo en la variedad Rosado, de la cual no tenemos ejemplares arqueológicos. El resultado general es un redondeamiento de los granos. La variedad Tunebo presenta dilatación en las tres dimensiones, especialmente en el grosor del grano.

Las cifras de disminución o aumento de tamaño para cada variedad se pueden observar en el Cuadro 24.

Cuadro 24. Maíz.

Variiedad	Largo %	Ancho %	Grueso %
Tunebo	+1,0	+3,5	+29,1
Arroz	-5,0	+7,3	+17,2
Rosado	-9,4	-8,3	-0,9
Amarillo	-7,7	+1,3	+13,2

Al aplicar los rangos de variación de las medidas de los maíces por calcinación a los granos arqueológicos, se obtienen medidas que están ligeramente por debajo de las del maíz Tunebo, pero que son sensiblemente más pequeñas que las de las demás variedades consideradas.

La comparación de las características de las semillas de maíz, no corrobora la afinidad del Pollo con las muestras arqueológicas, como sugiere el estudio de las tusas. No se puede excluir, sin embargo, que las condiciones de calcinación diferentes a las que rigieron nuestra experimentación, hayan dado lugar a variaciones mayores en las medidas estudiadas. En efecto, cabría pensar, por ejemplo, que el maíz que aparece en un contexto ritual pudo haber sido previamente cocinado, secado, tostado, sometido a un procedimiento culinario o utilizado recién cosechado con un mayor contenido de humedad, lo que sin duda modificaría las variaciones de medidas por calcinación.

Semillas de frijol

Se encontró un total de 33 semillas quemadas. Diez de ellas (Foto 39) están enteras y presentan los dos cotiledones unidos y 12 (c) consisten en un cotiledón. Se encontraron además varios fragmentos pequeños sobre los cuales no fue posible efectuar trabajos de medición.

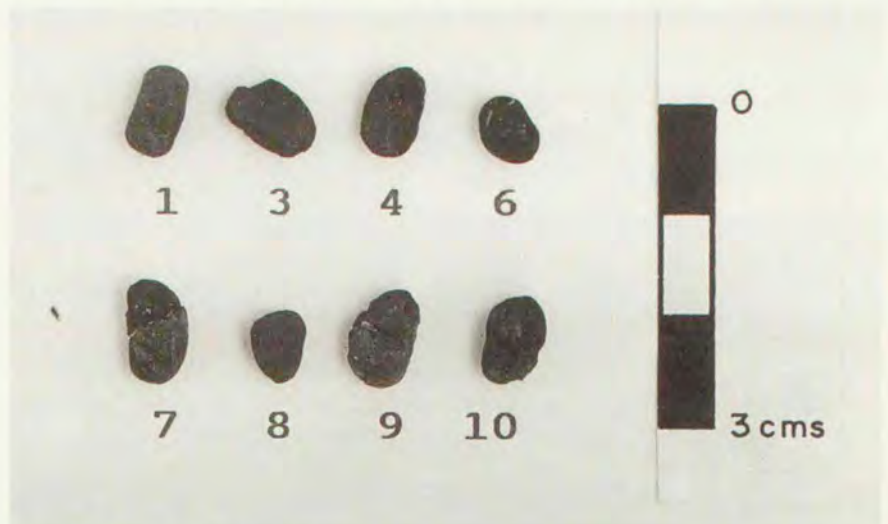


Foto 39. Semillas de frijol.

Presentan un rango de medidas relativamente pequeño debido, muy posiblemente, a los efectos de la calcinación. No obstante, debe anotarse que se encuentran dentro de los rangos de medianas obtenidas por Kaplan y Smith (1988) para Huacaloma —Valle de Cajamarca, Perú— y San Rafael —región Calima, Valle del Cauca— por lo cual se puede advertir una estrecha correlación con las variedades de *Phaseolus vulgaris* presentes en estas localidades (Cuadro 25).

Cuadro 25.

Variedad	Longitud	Ancho
Huacaloma		
Rango de medianas	5,5-10,7	3,2-6,9
H. San Rafael		
Rango de medianas	5,5-10,4	4,0-6,2
Tunja UPTC		
Rango de medidas	5,0-10,1	4,1-5,9
Mediana	7,6	4,9
Promedio	7,6	4,9

Otras Semillas

Se recuperaron 40 granos o semillas de forma redondeada y de diversos tamaños, las cuales no han sido identificadas.

Espigas, ramas, cortezas y otros

Este material vegetal carbonizado podría tentativamente definirse como parte del material de combustión. Consiste en abundantes fragmentos como pequeñas ramas y fragmentos de tejidos vegetales.

Bibliografía

- AGUADO, Fray Pedro. 1906. *Recopilación historial*. Biblioteca de Historia Nacional, Bogotá.
- ACOSTA ORTEGÓN, J. 1932. *El idioma Chibcha o aborígen de Cundinamarca*. Imp. del Departamento, Bogotá.
- ANÓNIMO [1545] 1962. Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada. Presentado por Manuel Lucena Samoral. *Revista Ximénez de Quezada*, Bogotá.
- ASENCIO, Fray Esteban. 1921. *Historia memorial de la fundación de la Provincia de Santa Fé en el Nuevo Reyno*.
- BOADA, Ana María. 1987. *Asentamientos indígenas en el Valle de la Laguna (Samacá, Boyacá)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales - Banco de la República, Bogotá.
- BORRERO, J. I. 1976. *Mamíferos neotropicales*. Universidad del Valle, Cali.
- BROADBENT, Sylvia. 1970-1971. Reconocimientos arqueológicos en la Laguna de la Herrera. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XV. Bogotá.
- BROADBENT, Sylvia. 1989. *La prehistoria del área muisca*. Arte de la tierra. Banco Popular, Bogotá.
- CARDALE, Marianne. 1981. *Las salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República, Bogotá.
- CARDALE, Marianne. 1987. En busca de los primeros agricultores del altiplano cundiboyacense. *Maguaré*. Bogotá.
- CASILIMAS, Clara Inés y María Imelda LÓPEZ. 1982. *Etnohistoria muisca: de los jeques a los doctrineros*. Monografía de grado. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- CASTELLANOS, Juan de. 1955. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Bogotá.
- CASTILLO, Neila. 1981. *Investigaciones arqueológicas en Tunja*. Monografía de grado. Dpto. de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- CASTILLO, Neila. 1984. *Arqueología de Tunja*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

- CONCEJO DE BOGOTÁ. 1943. *Libro de Cabildos de la Ciudad de Tunja 1539-1542*. Vol. I. Bogotá.
- CORREAL, Gonzalo. 1977. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama*. Biblioteca del Banco Popular, Bogotá.
- CORREAL, Gonzalo. 1990. *Aguazuque. Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
- CORREAL, Gonzalo y María PINTO. 1983. *Investigación arqueológica en el municipio de Zipacón, Cundinamarca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.
- CUERVO A., J. HERNÁNDEZ y A. CADENA. 1986. Lista actualizada de los mamíferos en Colombia. *Caldasia*, Nos. 71-75. Bogotá.
- EQUIPO ARQUEOLOGÍA UPTC. 1988. *Estudio arqueológico de la UPTC. El Establo*. Informe de Investigación. ICFES, UPTC, U. Nacional. Tunja.
- EQUIPO ARQUEOLOGÍA UPTC. 1990. *Estudio arqueológico de la UPTC. Laboratorio-La Muela*. Informe de investigación. COLCULTURA, UPTC, U. Nacional. Tunja.
- EQUIPO ARQUEOLOGÍA UPTC. 1991. *Estudio arqueológico de la UPTC. El Corazón*. Informe de Investigación. UPTC. Tunja.
- EQUIPO ARQUEOLOGÍA UPTC. 1992. *Arqueología del Cercado Grande de los Santuarios. América Latina 500 años después*. CENES-UPTC. Tunja.
- EQUIPO ARQUEOLOGÍA UPTC. 1994. *Patrimonio arqueológico. Hacia una política de manejo*. UPTC. Tunja.
- GARCÍA COOK, Angel. 1967. *Análisis tipológico de artefactos*. Serie Investigaciones Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- GONZÁLEZ DE PEREZ, María S. 1987. *Diccionario y gramática Chibcha. Manuscrito anónimo de la Biblioteca Nacional de Colombia*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- GUTIERREZ W, Jaime. 1990. *La cerámica del Establo. Tunja. Estudio arqueológico*. Trabajo de grado. Escuela de Ciencias Sociales y Económicas. UPTC. Tunja.
- HERNÁNDEZ DE ALBA, Gregorio. 1937. El Templo de Goranchacha. *Revista de Indias*. Ministerio de Educación Nacional, No. 7, págs. 10-18. Bogotá.
- HESSE, Brian y Paula WAPNISH. 1985. *Animal Bone Archeology. Manuals on Archeology*, 5. Smithsonian Institute, Washington.

- IJZEREEF, Gerard F. 1978. Faunal Remains from the Abra Rock Shelters. *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleoecology*, 25. pg. 163-177. Amsterdam.
- JIMENEZ, F y N. MORANTES. 1990. *Informe geológico de un sitio arqueológico*. Informe de Geología de Campo II. Escuela de Ingeniería Geológica. UPTC-Sogamoso.
- JUSTICIA MAYOR DE TUNJA. [1610] 1983. Descripción de la ciudad de Tunja sacada del informe de la Justicia Mayor del 30 de mayo de 1610. *Cespedesia*, No. 45-46. Suplemento No. 4. Cali.
- KAPALAN, L y E. SMITH Jr. 1988. Carbonized Plant Remains from the Calima Region, Valle del Cauca, Colombia. *Procalima*, No. 5. págs. 43-44. Basilea.
- LANGEBAEK, Carl H. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los Muiscas, Siglo XVI*. Banco de la República, Bogotá.
- LANGEBAEK, Carl H. 1987a. Informe preliminar sobre tusas de maíz arqueológico encontradas en Pasca (Cundinamarca). *Boletín de Arqueología*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. No. 3. págs. 50-57. Bogotá.
- LONDOÑO, Eduardo. 1984. *Los cacicazgos muiscas a la llegada de los conquistadores españoles. El caso del Zacazgo o «Reino de Tunja»*. Tesis de grado. Depto de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.
- LONDOÑO, Eduardo. 1989. Santuarios, Santillos, Tunjos. Objetos votivos de los Muiscas en el siglo XVI. *Boletín Museo del Oro*, No. 25. Bogotá.
- MOJICA SILVA, José. 1948. *Relación de visitas coloniales*. Academia Boyacense de Historia, Tunja.
- PIEDRAHITA, Lucas Fernández de. 1973. *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*. Ministerio de Educación Nacional, Instituto de Cultura Hispánica. Bogotá.
- POLANCO, H., B. HERAZO, y J. V. RODRÍGUEZ. 1990. *Morbilidad oral en una comunidad de cráneos prehispánicos. Tunja, Boyacá, Colombia*. Facultad de Odontología y Dpto. de Antropología, U. Nacional de Colombia. Bogotá.
- PRADILLA R., Helena. 1988. *Estudio de los enterramientos humanos en el altiplano cundiboyacense*. Trabajo de ascenso UPTC, Tunja. (Ms).
- PRADILLA R., Helena y María E. PLATA S. 1993. *Estudio arqueológico de las Provincias del Norte y Gutiérrez. La colección del Museo Arqueológico de Tunja*. UPTC-U. Javeriana, Tunja.

- ROBERTS L., y otros. 1957. Razas de maíz en Colombia. D.I.A. *Boletín Técnico*. No. 2. Ministerio de Agricultura de Colombia. Bogotá.
- RODRÍGUEZ FREYLE, Juan. 1973. *El Carnero*. Bedout, Medellín.
- RODRÍGUEZ, José Vicente. 1987. *Informe preliminar del análisis craneológico de los materiales de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia*. Bogotá. (Ms).
- ROJAS, Ulises. 1962. *Corregidores y Justicias Mayores de Tunja*.
- ROZO GAUTA, José. 1978. *Los muiscas. Organización social y régimen político*. Suramericana, Bogotá.
- RUIZ GÓMEZ, Fernando. 1989. *Informe preliminar de excavación. Informe de laboratorio de investigación (arqueología)*. Depto. de Antropología, Universidad Nacional, Bogotá.
- SÁENZ SAMPER, Juanita. 1990. Los antiguos alfareros del bajo Valle de Tenza, su poblamiento y manufacturas. *Boletín Museo del Oro*, No. 27. Bogotá.
- SILVA CELIS, Eliécer. 1947. Sobre arqueología y antropología chibcha. *Revista Universidad Nacional*, Vol V. Bogotá.
- SIMÓN, Fray Pedro. 1981. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.
- TOVAR PINZÓN, Hermes. 1970. *Documentos sobre tributación y dominación en la sociedad chibcha*. Universidad Nacional, Bogotá.
- TOVAR PINZÓN, Hermes. 1980. *La formación social chibcha*. CIEC-Cooperativa de Profesores Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- TRIANA, Miguel. 1924. *El jeroglífico chibcha*. Banco Popular, Bogotá.
- TRIMBORN, Hermann. 1949. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.
- UBELAKER, Douglas H. 1984. *Human Skeletal Remains. Excavation, Analysis, Interpretation*. Manuals on Archeology, 2. Smithsonian Institution, Washington.
- URICOECHEA, Ezequiel [1854] 1971. *Antigüedades neogranadinas*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.
- URICOECHEA, Ezequiel. 1871. *Gramática, vocabulario, catecismo y confesionario de la lengua chibcha*. París.

- VILLAMARÍN, Juan y Judith VILLAMARÍN. 1981. Parentesco y herencia entre los Chibchas de la Sabana de Bogotá al tiempo de la conquista española. *Universitas Humanística*. No. 10, págs. 90-96. Universidad Javeriana. Bogotá.
- VILLATE S., Germán. 1975. *Algunos apuntes para el estudio del estado entre los Muiscas*. Bogotá.
- VILLATE S., Germán. 1987. Algunos apuntes para un estudio de la organización económica de los Muiscas. *Maguaré*, No. 5. Dpto. Antropología, Universidad Nacional, Bogotá.
- VILLATE S., Germán. 1989. Tunja hace 452 años. *Boletín del Museo Arqueológico de Tunja*, No. 1. Tunja.
- VILLATE S., Germán. 1992. Aspectos de la organización política de los Muiscas. *América Latina 500 años después*. Cenes - UPTC, Tunja.
- VILLATE S., Germán. 1993. *El agro entre los Muiscas*. Informe de año sabático. UPTC, Tunja.
- WIESNER GRACIA, Luis. 1985. *Monolitos de Boyacá. Hallazgos, interpretación y controversia. Entrevista a Antonio Gómez*. Tunja. (Ms).
- ZAMORA, Fray Alonso. 1980. *Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. Instituto de Cultura Hispánica. T. I. Kelly, Bogotá.
- ZERDA, Liborio. 1883. *El Dorado*. Silvestre y Co., Bogotá.